

JUAN BOSCH

**CLASES SOCIALES EN LA
REPÚBLICA DOMINICANA**

Colección *Bosch para Todos* República
Dominicana 2012
Colección
Bosch para Todos

© Ediciones Fundación Juan Bosch ©

Fundación Juan Bosch Inc., 2012
Paseo de los Locutores No. 43 Ensanche
Evaristo Morales,
Santo Domingo, D. N.
Teléfono: (809) 472-1920

www.juanbosch.org

Coordinación editorial Farah Hallal

Diseño de la cubierta y arte final Eric Simó

Impresión

Impresora Soto Castillo S. A.
Calle Caonabo No. 44, Calero, Villa Duarte,
Tels. 809-596-4106 y 809-592-4551 Santo
Domingo Este, Rep. Dominicana, email:
sotoimpresora@yahoo.es

ISBN: 978-9945-8740-9-9

República Dominicana

INTRODUCCIÓN

Clases sociales en la República Dominicana es un libro formado con artículos y entrevistas, o partes de ellos, que habían sido publicados a partir del mes de agosto de 1974 en el semanario *Vanguardia del Pueblo* y la revista *Política, teoría y acción*, órganos, ambos, del Partido de la Liberación Dominicana.

Este libro no debe confundirse con el titulado *Composición social dominicana*, que es una historia del Pueblo dominicano vista como resultado de la lucha de clases que se ha venido llevando a cabo a partir del momento en que del territorio de nuestro país se adueñaron los conquistadores traídos por Colón en el segundo de sus viajes a América.

Clases sociales en la República Dominicana no es un libro de historia aunque en algunas de sus partes lo parezca. Lo que se hace en él es clasificar y describir las clases y las capas de clases que forman el conjunto de la población nacional y además presentar aquellos de sus aspectos que no se exponen a la vista de los más y son, sin embargo, los que las definen como clases y capas de un país dependiente, de esos denominados del Tercer Mundo, que están en el grupo de los que ni son socialistas ni se cuentan entre los capitalistas desarrollados.

Debo aclarar que si bien el tema de esta obra lo remite a aquellos tramos de las bibliotecas donde se colocan los libros de Sociología, el lector no va a encontrar en él el lenguaje que

usan los sociólogos sino el que habla cotidianamente el Pueblo dominicano, cuyo léxico es más corto de lo que se requiere para tratar cualquiera de las ciencias sociales que preocupan hoy a millones de seres humanos en países como el nuestro.

Dicho en otras palabras, éste es un libro político, no un tratado destinado a satisfacer exigencias propias de obras de texto. Su fin es el de ayudar a formar opiniones útiles en el terreno político acerca de cómo está compuesta la sociedad dominicana, porque si no conocemos su composición no podremos transformarla para que deje de ser dependiente y se convierta en lo que no ha podido ser hasta ahora: Libre y Justa.

JB

Santo Domingo,
9 de octubre de 1982.

LA EDUCACIÓN ES UNA ACTIVIDAD CLASISTA
(Una entrevista para *Vanguardia*)*

Usted habló en San Cristóbal del caso de los bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres y de la educación, o mejor dicho, de la ninguna educación que reciben. Me parece que a los lectores de Vanguardia les interesaría que usted repitiera en esta entrevista lo que dijo en San Cristóbal sobre ese punto.

Sí, de eso voy a hablar. Yo también pienso que a muchos lectores de *Vanguardia* puede interesarles ese punto. Lo que dije en San Cristóbal fue que hay casos especiales de educación,

casos que se dan en la República Dominicana pero no en todos los demás países que viven dentro del sistema capitalista, y pasé a referirme al caso de la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre que tenemos aquí. El burgués, según se sabe o debe saberse, es el dueño de los medios de producción, es decir, de las fábricas, las tierras, los bancos, las minas, los barcos, los aviones, y el pequeño burgués es el dueño de medios de producción pequeños o limitados. De la pequeñez de sus medios de producción, y del hecho de que él sea dueño de ellos, viene la clasificación de pequeño burgués. Al hablar en San Cristóbal puse un ejemplo de burgués y uno de pequeño burgués; puse el de un dueño de una fábrica de tejidos que es conocido en San Cristóbal y el de mi hermano Pepito, y dije

Vanguardia del Pueblo, Año I, N° 6, Santo Domingo, Órgano del PLD, 16-31 de octubre de 1974, pp.4-5.

que el primero recibe el beneficio que le proporcionan muchos trabajadores y que por eso es un burgués, pero que mi hermano Pepito, que tiene un taller de mecánica, vive de su trabajo y del de dos oficiales y uno o dos aprendices, y con el trabajo de dos oficiales y uno o dos aprendices trabajando en un local pequeño donde hay un torno y algunas otras herramientas, mi hermano Pepito, clásico pequeño burgués, no puede ganar ni remotamente lo que gana el dueño de la fábrica de tejidos de San Cristóbal.

Pues bien, en la República Dominicana hay varias capas de pequeños burgueses, pues en nuestro país la mayor parte de la población pertenece a la pequeña burguesía, y entre los muchísimos, los incontables pequeños burgueses dominicanos los hay que o son dueños de talleres de mecánica o de otros oficios, como mi hermano Pepito, o son comerciantes, dueños de comercios pequeños y hasta muy pequeños, o son agricultores que tienen 10 ó 20 tareas de tierra no buenas, y todos esos están agrupados en capas; la capa de la alta pequeña burguesía, la de la mediana y la de la baja; pero cuando llegamos a la capa baja tenemos que pararnos a analizarla con cuidado y de manera muy detallada, porque ahí es donde aparece lo que podríamos llamar la originalidad de nuestro país desde el punto de vista social; originalidad si lo comparamos con Francia o con Inglaterra, no si lo comparamos con otros países dependientes, como Honduras y Bolivia.

Usted ha explicado en otras ocasiones esa tesis, la de la existencia en la República Dominicana de las capas pobre y muy pobre de la baja pequeña burguesía, y perdone que le interrumpa.

No, no tengo nada que perdonarte, pues efectivamente he explicado varias veces la existencia de esas capas de la baja pequeña burguesía de nuestro país, pero nunca la he explicado desde el punto de vista de la educación; y mira, al hablar de la educación, como al hablar de la producción y hasta del lenguaje, para referirme sólo a tres aspectos de la actividad

social, aparecen siempre datos de tipo sociológico que alumbran (en el sentido de dar luz o iluminar) todo el panorama social. La baja pequeña burguesía dominicana en sus capas pobre y muy pobre está compuesta por el mayor número de los hombres y las mujeres del país. Nadie sabe cuántos son porque aquí no sabemos ni siquiera cuántos habitantes tiene la República. Los bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres no tienen prácticamente de qué vivir y sin embargo son pequeños burgueses; no son ni obreros ni burgueses. Lo que sucede con ellos es que sus bienes de producción son sumamente limitados, son muy pequeños; tan limitados que no dan para mantenerlos en un nivel que les permita satisfacer o llenar sus necesidades más urgentes, ni siquiera la de la comida. Los medios de producción de que ellos disponen son, por ejemplo, para los vendedores callejeros de víveres, una carretilla en mal estado, que podrá valer diez pesos, tal vez doce, y un capital quizá de diez a doce pesos para comprar plátanos, guineos, auyamas, tomates; o es una bandeja de paletero y un capital de veinticinco pesos para comprar cigarrillos, fósforos y dulces; o es un ranchito de yaguas que tiene alquilado por quince pesos.

Fíjate en la diferencia que hay entre esos bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres, que forman la mayor parte de la población del país, y los pequeños burgueses de la capa baja propiamente dicha, o de la capa mediana. Vamos a seguir hablando de mi hermano Pepito. Pepito tiene su casa de concreto, con teléfono y nevera, y no le falta el dinero necesario, digamos, para una emergencia. Pepito tiene un negocio estable, con una clientela fija. Es más, si se mudara a cualquier sitio, en la Capital o en sus vecindades, esa clientela iría a buscarlo donde fuera porque está acostumbrada a que él le resuelva sus problemas de mecánica. Algunos de esos clientes son hijos de clientes que empezaron a darle trabajo a Pepito

ANALIZANDO A LA PEQUEÑA BURGUESÍA*

hace más de cuarenta años. Pepito aprendió la mecánica porque papá lo puso a aprender en el taller de Manuel María Domínguez, en La Vega, y el hijo de un pequeño burgués comerciante aprende el comercio en su casa, desde niño. Pero al bajo pequeño burgués pobre y muy pobre, ¿quién le enseña nada? Ni siquiera se le forma el hábito de comer a una misma hora cada día, porque desde que nace come cuando la mamá o el papá consiguen en la calle con qué llevarle comida, y a veces eso sucede mucho después de pasado el medio día, y a veces en la noche; y generalmente se pasa el día solo en un ranchito, tal vez acompañado de sus hermanitos o de vecinitos que son, como él, retoños de la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre. ¿Me hago entender o no?

Claro que sí, compañero Juan. Lo entiendo bien. Creo que lo que ha dicho es que la baja, la mediana y la alta pequeña burguesía aprenden, o en su medio social o en las escuelas; aprenden a producir, pero que el bajo pequeño burgués pobre y muy pobre no aprende nada.

Sí y no. Eso es lo que he dicho, y sin embargo la intención con que lo he dicho es otra. No es que el bajo pequeño burgués pobre y muy pobre no aprenda nada; sí aprende; aprende lo que le enseña la calle, pero eso que le enseña la calle, es decir, el tigueraje, que es la parte negativa de la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre de nuestro país; eso no les sirve para nada ni a él ni a la sociedad. Lo que he querido decir no es que el bajo pequeño burgués pobre y muy pobre no aprende sino que la sociedad no le enseña nada porque no le tiene destinado un lugar en las relaciones de producción. El burgués tiene un lugar en ellas, que es el del dueño de los medios de producción; el obrero tiene otro, que es el del que vende su fuerza de trabajo; los pequeños burgueses desde los bajos a los altos tienen también los suyos; y dentro de unos y otros los campesinos tienen funciones muy concretas. Todos ellos

reciben, o de la sociedad o de las escuelas, la educación que les corresponde según sean sus clases respectivas. El burgués aprende en colegios y universidades a usar su dinero de manera que le deje beneficios y a manipular a los trabajadores y a los compradores, y aprende a más, aprende también a actuar con sentido clasista de miembro de una clase dominante; el pequeño burgués bajo, medio y alto adquiere los conocimientos de su capa, y desde su primera infancia recibe en su casa lecciones de hábitos de trabajo, de disciplina, de estudios. Pero el bajo pequeño burgués pobre y muy pobre no recibe nada del medio, ni de su casa ni del barrio ni del oficio de sus padres, que no tienen oficios. Los pequeños burgueses de las capas baja, mediana y alta tienen un lugar en las relaciones de producción de este país. No sabemos a cuánto alcanza la participación de esa pequeña burguesía en la producción nacional, pero debe ser un tanto por ciento alto. Ahora bien, lo que produce la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre no llega ni siquiera al nivel de poco. Desde el punto de vista de la producción, el bajo pequeño burgués pobre y muy pobre vive improvisando; vive como la cigua, que levanta el vuelo sin saber a dónde va a ir a dar. Si Pepito se muda, su clientela irá adonde él vaya; si tú te mudas, no te acordarás, en el orden económico, del platanero que pasaba todos los días por la calle donde vivías ni del palettero de la esquina a quien le comprabas los cigarrillos. Adonde vayas a vivir habrá otro platanero y habrá otro palettero que te servirán igual que los anteriores. En dos palabras, la sociedad dominicana desconoce al bajo pequeño burgués pobre y muy pobre porque no tiene papel en la producción, y como lo desconoce no lo prepara para nada porque no tiene un lugar para él. Nuestros bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres ocuparán cada uno un sitio mínimo en el campo de la producción allí donde encuentran huecos, lugares abandonados, pero la sociedad no los tomará en

ANALIZANDO A LA PEQUEÑA BURGUESÍA*

cuenta. Hay educación para los demás, a cada uno según su posición en las relaciones de producción. No la hay para el que en esas relaciones no tiene lugar definido.

¿Y qué recomienda usted, compañero presidente, para que se les dé educación a nuestros bajo pequeños burgueses pobres y muy pobres?

Lo que estamos haciendo en el Partido: educarlos para la revolución. Si la sociedad actual no les concede, y no puede concedérselo, un lugar en las relaciones de producción, la sociedad revolucionaria, que es la del porvenir opóngase quien se oponga, les reserva un lugar en la dirección del proceso revolucionario con una sola condición: Que se capaciten para esa tarea, la más hermosa que pueden llevar a cabo aquellos que aman a la humanidad y aman a su patria, y necesitan verla libre.

31 de octubre de 1974

Compañero presidente, usted ha estado hablando mucho en estos días; dio una conferencia, aunque no le guste esa palabra, en el Club Cultural Los Nómadas de Los Minas el 12 de octubre; dos semanas después hizo la historia de algunos de sus libros en el Centro Cultural Dominicano y dos días después empezó en ese mismo lugar un cursillo sobre la crisis económica mundial, pero todavía no ha terminado de explicar para los lectores de Vanguardia del Pueblo lo que dijo en San Cristóbal acerca de nuestra baja pequeña burguesía y su relación con la educación. Por esa razón vamos a hacerle más preguntas sobre ese tema. Por ejemplo, usted dijo en San Cristóbal, y lo repitió al responder las preguntas que le hicimos para el número 6 de Vanguardia, que el bajo pequeño burgués pobre y muy pobre de la República Dominicana no tiene ningún lugar en las relaciones de producción. ¿Se refería usted a las relaciones de producción aquí, en nuestro país, o en todas partes?

Aquí, en nuestro país, y si no recuerdo mal, en esa entrevista, que salió hace ahora menos de dos semanas y por eso tengo fresco en la memoria lo que dije en ella, expliqué que en otros países, como Inglaterra y Francia, no hay ese tipo de bajo pequeño burgués pobre y muy pobre que tenemos aquí; que tal vez lo hay en países dependientes, y creo que mencioné

Vanguardia del Pueblo, Año I, N° 7, Santo Domingo, Órgano del PLD, 1-15 de noviembre de 1974, pp.4-5.

entre ellos a Honduras y a Bolivia. Es aquí donde la gente de esa capa social (que no aparece descrita en los tratados de Sociología europeos o norteamericanos porque ellos no la conocen debido a que no la hay en sus sociedades) no tiene lugar alguno en las relaciones de producción. Si se les reconociera un lugar en ellas, en la educación que dan las escuelas dominicanas habría materias dedicadas a darles a los niños y a los jóvenes de esas capas algunos conocimientos, alguna preparación, algún entrenamiento que los capacitara para hacer un trabajo provechoso para la sociedad. ¿Sabes adonde van a parar los jóvenes de esas capas, especialmente si son campesinos? A la guardia, a la policía y a los servicios de caliesaje; los que no quieren ser ni guardias ni policías ni calieses ponen un tarantín para vender lo que sea, o, como expliqué en el número pasado de *Vanguardia*, consiguen una carretillita y se hacen

plataneros o paleteros; y ahora van a la Universidad Autónoma porque no tienen que pagar transporte para ir a las clases y porque allí pueden comer barato. Creo que para el año académico que empezó el día primero de este mes hay unos 30 mil estudiantes inscritos en la UASD, y de ellos posiblemente 25 mil son miembros de las capas pobre y muy pobre de la baja pequeña burguesía.

Así es, compañero presidente; pero también es verdad que de esas capas sociales salen muchos revolucionarios. Los partidos revolucionarios de nuestro país están formados casi en su totalidad por bajos pequeños burgueses de las capas pobre y muy pobre.

Sí, pero hay más en los partidos que no son revolucionarios. Mira, nosotros no nos damos cuenta, porque tenemos ojos en la cara y no vemos, de la enorme cantidad de hombres y mujeres de todas las edades y todas las razas que en nuestro país son bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres, y tampoco nos damos cuenta de lo que eso significa social, económica y políticamente para el país. Vamos a hablar, por ejemplo, del caso de la mujer dominicana. En tu casa y en la mía y en las de todos los pequeños burgueses de las capas alta y mediana y en las de muchos de los de la capa baja hay una cocinera y en muchas además de cocinera hay una mujer que cuida a los niños y arregla la casa y lava la ropa. Pues bien, todas esas cocineras y niñeras o lavanderas y sirvientas proceden de los sectores pobre y muy pobre de la baja pequeña burguesía, y todas son trabajadoras pero no obreras, es decir, son trabajadoras no productivas porque ninguna de ellas le vende su fuerza de trabajo a un patrón.

¿Cómo? ¿Pero entonces la cocinera de mi casa, que hace la comida de seis personas, no está vendiéndonos a nosotros su fuerza de trabajo? ¿El trabajo que ella hace no beneficia a toda la familia?

Mira, vamos a aclarar las cosas. El trabajo que ella hace es beneficioso para ustedes pero no desde el punto de vista que sería el trabajo de esa señora que cocina en tu casa si en vez de

cocinar trabajara en un taller de tu familia haciendo camisas. Cocinando para ti, tu mamá y tus hermanos, esa señora no les proporciona a ustedes plusvalía, no contribuye a enriquecerlos, y por esa razón su trabajo no es productivo. Para ser productivo, el trabajo de una persona tiene que producir todos los días el salario de ella, los gastos generales de la empresa o fábrica donde trabaja (es decir, lo que vale la fábrica, lo que valen las materias primas, lo que vale la propaganda de lo que produce esa fábrica, lo que cuesta la administración de la empresa, siempre, desde luego, en proporción a lo que esa persona está produciendo, pues si la fábrica produce 10 mil pares de zapatos y esa persona de quien estamos hablando produce 10 pares, ella tendrá que producir cada día la milésima parte de todo lo que acabo de mencionar), y además tiene que producirle también todos los días una ganancia al patrón, es decir, una plusvalía. Y la cocinera de tu casa no produce nada de eso porque tu casa no es una empresa industrial.

Ella no produce diariamente su salario, es decir, no lo reproduce, ni produce diariamente una plusvalía porque ustedes no le venden a nadie lo que ella produce; ustedes consumen lo que ella hace. El beneficio que ella les proporciona es de carácter muy personal y subjetivo. En la división del trabajo de la familia ella realiza un trabajo especializado, que es el de cocinar, y eso les deja tiempo a tu mamá y a tus hermanas para hacer otras cosas o para pasear o para estudiar, y a cambio de ese trabajo que ella hace ustedes le dan habitación y comida y quizá otras atenciones, pero no les venden a otras personas el producto del trabajo de ella, no reciben plusvalía de ella. ¿Y cuántas mujeres que trabajan, como ella, en servirles a otras personas, no a un patrón que comercia con el trabajo ajeno, crees tú que hay en la República Dominicana?

No lo sé, pero debe ser un número muy grande.

Muy grande no; es grandísimo, porque la señora que cocina en tu casa recibe un salario de tu mamá o de tu papá (pues

supongo que el que lo paga es tu papá, aunque quien le entrega el dinero a fin de mes es tu mamá), pero hay cientos y cientos de miles que trabajan tanto o más que la cocinera de tu casa y no reciben ningún salario. Esas son las que les cocinan a los maridos y a los hijos, es decir, a los maridos y a los hijos de ellas, o las que cuidan a los viejos de las familias y a los niños y a los enfermos. ¿Quién sabe cuántas son? En este país nadie lo sabe porque aquí no hay organización oficial, o del Estado, que se ocupe de recoger esos datos. Es más, te aseguro que ahora mismo, en este mismo momento, no hay un solo dominicano que sepa cuántas cocineras pagadas hay en el país; y tal vez ni siquiera hay quien pueda decir con certeza cuántas mujeres trabajan en fábricas. Y sin embargo esos datos son necesarios, muy necesarios si aspiramos a conocer nuestra sociedad tal como ella es, no como alguna gente se imagina que es. Por ejemplo, hay una enorme diferencia, hablando en términos de sociología, no ya en términos económicos, entre una cocinera y una obrera; es más, hay una enorme diferencia entre una mujer que trabaja de cocinera en una casa de familia y esa misma mujer si pasa a trabajar de obrera en un taller donde se fabrican camisas de hombre.

¿Es la diferencia que explicó usted hace un rato; que la cocinera no le está vendiendo a nadie su fuerza de trabajo porque no le proporciona plusvalía al dueño de la casa donde cocina, y la obrera sí le proporciona todos los días plusvalía al patrón?

No. Eso ya lo dije, bien o mal, pero lo dije. Hablo de otra cosa. Lo que voy a decir es que la obrera de una fábrica de camisas o de cualquier otro producto es, sociológicamente hablando, un ser social, una persona que está produciendo para la sociedad. Ya hablé de este asunto en las tres conferencias sobre la crisis económica mundial que mencionaste al comenzar la entrevista, y entonces expliqué que cuando esa mujer hace una camisa, o la parte de la camisa que le toca hacer, no sabe quién se la va a poner; no se imagina qué hom-

bre es el que va a comprarla. Su trabajo, pues, no está destinado a una persona conocida, a una persona que es así y asá, es un trabajo destinado a la sociedad, a alguien que es un ser humano, un ser social, uno que usa camisas. Como es natural, la naturaleza social del trabajo que hace esa trabajadora, esa camisera, la convierte intelectualmente y emocionalmente en un ser social. Aunque sea de un campo muy apartado y no tenga letras, como dice la gente del Pueblo, el hecho de que trabaje para la sociedad y no para una persona que ella conoce, una persona cuya cara y cuyo tamaño ella pueda reproducir en su imaginación; ese hecho la convierte en un ser social, y eso sucede como estoy diciéndotelo aunque la obrera no llegue a darse cuenta de ello. En cambio, la mujer que cocina en tu casa, o la que cocina para su marido y sus hijos, no son seres sociales en el sentido en que lo es la camisera, son, si acaso, seres familiares. Trabajan para una familia, la tuya o la suya, y desde el momento en que llegan al mercado a comprar los víveres y las verduras que van a cocinar ese día ya saben para quién van a hacer los platos. “Esa yuquita le va a gustar a don Luis”, piensa la cocinera de tu casa; o si es la que cocina para su marido y sus hijos pensará: “Déjame ver cómo le consigo un aguacatico a Ramoncito, que le gustan tanto...”. Y al hacer un plato están pensando en la persona que se lo va a comer; ya conocen los gustos de cada quien en la casa; saben que a Fulano no se le puede poner mucha sal y a Mengano no le gusta la carne muy cocinada. Su tipo de trabajo hace de esas señoras personas dependientes, ideológica y emocionalmente dependientes de las gentes a quienes les sirven, y como es natural, sus preocupaciones tienen el tamaño de la familia para la que trabajan; no pasan del círculo familiar.

Profesor, pero eso que usted está diciendo tiene una gran importancia desde el punto de vista político.

Claro que la tiene, ¿y por qué crees que lo digo? Si no tuviera

importancia política no hablaría de eso. La importancia es en varios niveles, pero el que debe interesarnos, como miembros que somos de un partido revolucionario, es el de la dependencia ideológica de las mujeres que trabajan para una familia, aunque sean sus propias familias. Esa dependencia ideológica es lo que las mantiene en un estado perpetuo y generalizado de retraso político. Si la mujer dominicana, y de países parecidos al nuestro, no se incorpora masivamente a la lucha política, hay que buscar la explicación en el hecho de que la gran mayoría de ellas no ha pasado todavía de ser dependiente. Las grandes mayorías de las mujeres dominicanas no son todavía seres sociales porque aun no han llegado a ocupar un lugar en la producción para la sociedad. Hay una minoría de mujeres de todas las capas de la pequeña burguesía, incluyendo las capas pobre y muy pobre de la baja, que piensan y sienten en términos sociales, no familiares, y esas, naturalmente, no son dependientes en el orden ideológico. Nosotros tenemos muchos ejemplos de mujeres así en el PLD y tú mismo puedes seguramente recordar en este momento no menos de cien, si te lo propones. Imagínate durante un minuto que a una de esas mujeres peledéistas que no son políticamente dependientes le dice el marido, o el novio, o el hermano o el papá: “Te prohíbo que sigas yendo al Partido. En ese mismo instante se produce un conflicto, o comienza a producirse un conflicto entre el hombre que dijo esas palabras y la compañera a quien se las dijo. Y supón que un patrón, el patrón de la camisería que he estado mencionando, le dice el día antes de unas elecciones (si nos figuramos que en este país hay elecciones propiamente dichas y no mataderos electorales): “Mira, mañana vas a votar por Mengano y por Perencejo”. Ese patrón estaría perdiendo el tiempo, porque una mujer a quien la naturaleza de su trabajo ha convertido en un ser social es una persona políticamente independiente, y lo es también en otros aspectos, en casi todos los aspectos que se relacionan con sus sentimientos y con sus

opiniones. En cambio, la cocinera de una familia está esperando que el dueño de la casa le diga por quién va a votar porque ella no tiene posiciones tomadas en nada que sea de carácter social; tiene posiciones tomadas en lo que se relacione con la familia para la cual trabaja, y si trabaja para su familia, hará lo que le mande su marido o le mande alguno de sus hijos o hará aquello que a juicio de ella es lo que su marido o sus hijos quisieran que ella hiciera.

¿Entonces, compañero presidente, el carácter de una persona, digamos de una mujer cambia si cambia la posición de ella en las relaciones de producción?

Cambia la manera de sentir y de actuar, no digo de una mujer, hasta la de un pueblo cambia si hay cambios en la posición de las gentes en las relaciones de producción. Pon a una mujer al frente de una empresa capitalista y a su marido en un empleo público y verás como al cabo de cierto tiempo la mujer es la jefa de la casa. ¿Por qué sucede eso? Pues porque la mujer pasa a ser la jefa o el jefe debido a que desarrolla capacidad de mando, capacidad para tomar decisiones, y desarrolla todas las condiciones de carácter y de mente que acompañan a esa capacidad, y mientras tanto el marido no las ha desarrollado porque en su trabajo de empleado público o burócrata no se ponen en función esas condiciones o cualidades. No hay sino que fijarse en la manera de actuar de las mujeres de los países desarrollados y comparar esa forma de actuar con la de las mujeres de un país como la República Dominicana para darse cuenta de que son diferentes. ¿Qué es lo que las hace diferentes? ¿Es que las de Francia, Alemania, Suecia o los Estados Unidos pertenecen a una raza superior a la de las mujeres dominicanas? Nada de eso; es que las de esos países que acabo de mencionar han pasado a ser seres sociales porque intervienen en la producción social mientras las de aquí, en su inmensa mayoría, no han pasado de ser seres familiares, y por lo tanto mujeres ideológica y socialmente

dependientes de una familia, de la familia para la cual trabajan, que muy bien puede ser, y es, en la mayoría de los casos, su propia familia. Y para acabar de responder tu pregunta te diré que si la cocinera de tu casa pasara a ser cocinera de un restaurante o un hotel o una fonda, en un tiempo dado, digamos un año o dos o tres años, su manera de ser cambiaría porque ella pasaría de ser un ser dependiente a ser un ser social. Tú dirás que cómo se explica ese cambio si esa mujer no dejó de ser cocinera, y yo te diría que siguió siendo cocinera, pero cambió su naturaleza social porque en vez de cocinar para ti, para tu papá, para tu mamá y tus hermanos pasó a cocinar para desconocidos; antes hacía la comida dedicándole un plato a tu papá, cuyos gustos conocía muy bien, y además tenía interés afectivo, sentimental en que tu papá se sintiera satisfecho con ese plato y con la sazón del pescado, al que le daba exactamente el punto que le gusta a tu papá; pero ahora, en el restaurante, cocina para cincuenta personas distintas a quienes no conoce, cuyos gustos ignora; cocina para una clientela anónima, es decir, para la sociedad, y le da a la comida una sazón buena para todo el mundo. En pocas palabras, de trabajadora improductiva que era en tu casa pasó a ser trabajadora productiva en una empresa a la que tiene que proporcionarle todos los días los gastos de producción de la comida que hace y además una plusvalía, un beneficio; cambió su posición en la relaciones de producción y eso determina que haya un cambio sustancial en su actitud ante la vida. Cuando ese cambio se generaliza, es decir, si en vez de ser la cocinera de tu casa nada más la que ha cambiado en su manera de ser porque cambió su posición en las relaciones de producción, se produjera el mismo tipo de cambio en el caso de todos los dominicanos, o de la mayoría de los dominicanos, habría un cambio en la manera de sentir, de actuar, de pensar de todo nuestro pueblo.

¿Y qué relación tiene eso que acaba usted de decir con la

existencia de la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre?

Una relación muy estrecha, de causa a efecto, o para decirlo de manera más simple para que lo entienda la gente que va a leer esta entrevista, aquí tenemos una proporción muy grande de bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres (y ésta es la causa) y eso tiene resultados, entre ellos que hay muchísimas mujeres de esas capas sociales que por ser miembros de la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre carecen de un lugar determinado en las relaciones de producción, lo que equivale a decir que la sociedad no tiene para ellas un lugar en esas relaciones y por eso la sociedad no las prepara, no las capacita para que participen en la producción; no las prepara para producir porque no hay lugar para ellas en la producción, y entonces esas mujeres se acogen a lo único que tienen a la mano, que es el trabajo de cocinera, de sirvientas, de niñeras; o hacen ese trabajo en una casa ajena o lo hacen en la suya. De paso quiero preguntarte algo: ¿Tú sabes si aquí hay escuelas para enseñar a esas mujeres a cocinar, a tender una cama, a cuidar a un niño? ¿No lo sabes? Pues yo puedo decírtelo: no las hay.

Las mujeres del Pueblo que trabajan como cocineras, sirvientas, niñeras, no aprenden en ninguna parte; aprenden de oídos, es decir, mirando lo que hacen otras. Por otra parte, debo aclarar que la existencia de tanta baja pequeña burguesía pobre y muy pobre en nuestro país es también un efecto de una causa, un resultado de un hecho anterior (o tal vez sería mejor decir de la falta de un hecho anterior), que es el poco desarrollo clasista del Pueblo dominicano, y ese desarrollo clasista a su vez se debe al atraso económico en que hemos estado viviendo durante cuatro siglos. En el año 1937, que es como decir el mes pasado porque menos de cuarenta años es como un mes de la historia de un país, todos los establecimientos industriales de la República Dominicana, con la excepción de los ingenios de azúcar, que eran 14, tenían 9 mil 20 empleados y obreros y aprendices, y los empleados y los trabajadores de los ingenios eran en su gran

mayoría extranjeros; yanquis y puertorriqueños los empleados, y cocolos y haitianos los trabajadores. Desde luego, si no había oportunidad de trabajo para los que iban llegando a la edad de trabajar, ¿qué sucedía? Que la gran mayoría de los hombres y las mujeres se quedaban sin ocupar puestos de obreros en las relaciones de producción, y mientras tanto la población crecía, y dentro de la población lo que crecía era la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre, que procedía más que nada de la mediana y la baja pequeña burguesía de los campos.

¿Cómo, o mejor dicho, por qué procedía de esas capas campesinas?

Porque el campesino dueño de 100 tareas, ó de 50 ó de 30, se moría y les dejaba a 8 ó 10 hijos esas tierras, que repartidas tocaban a 3, 5, 10 tareas, y en esos años la tierra dominicana era muy barata, era baratísima, de manera que los hijos pasaban a trabajar sus tareítas o las vendían, y en los dos casos, si no cambiaban de posición en las relaciones de producción, si no hallaban trabajo de obreros o no pasaban a bajos o medianos pequeños burgueses, caían en la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre, y estas dos capas se multiplicaron tanto bajo el Gobierno de Trujillo y se han seguido multiplicando tanto desde la muerte de Trujillo, que actualmente el país está siendo ahogado por ellas; es decir, la sociedad dominicana está siendo ahogada por un mar agitado de bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres. Entre otras cosas, eso es lo que explica que desde la muerte de Trujillo la Universidad Autónoma haya pasado a tener diez veces el número de estudiantes que tenía en 1961 a pesar de que desde entonces se han establecido en el país dos universidades y la escuela de medicina de San Pedro de Macorís. La gran mayoría de los estudiantes de la UASD proceden de las dos capas de bajos pequeños burgueses de que estamos hablando. Y eso, que no cuento el altísimo número de bajos pequeños pobres y muy pobres que se han ido a vivir a New York y a Puerto Rico.

Profesor,, pero el tema de esta entrevista y de la anterior quedó desviado porque el interés de hacérselas estaba en que nos hablara en ellas de la escuela Hostosiana, o de Hostos, que fue de lo que usted habló en San Cristóbal en su conferencia... digo en su charla sobre Educación y clases sociales en la República Dominicana.

Sí, lo que estás diciendo es así, y yo comprendí desde el primer momento que lo que querías era que hablara de lo que

Para 1982, año que esta entrevista se publica en un volumen, el número de estudiantes de la UASD pasaba de 70 mil.

dije en San Cristóbal. Pero sucede que lo que he dicho hoy y lo que dije hace dos semanas son parte de lo que dije en San Cristóbal; lo que pasa es que en las dos entrevistas he ampliado el punto referente a la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre de nuestro país y su relación con la educación. ¿Por qué lo he hecho así? Porque es absolutamente necesario que se comprenda que la sociedad dominicana no tiene un lugar en las relaciones de producción para la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre, que es donde se halla colocado el mayor número de dominicanos, y especialmente de dominicanos jóvenes; que no lo tiene ni para los sectores urbanos de esas capas sociales ni para los sectores campesinos, y además que esas capas sociales no adquieren ningún tipo de educación en el medio social en que se forman; tampoco en sus casas o en las calles se les enseña nada que les sirva para trabajar, salvo en el caso de los campesinos que se quedan en el campo, que según van creciendo van recogiendo en su medio social enseñanzas relacionadas con la producción campesina. Pero yo me pregunto: ¿Y qué van a hacer con esas enseñanzas cuando salgan del campo para ir a las ciudades? ¿Y qué van a hacer con ellas los que se metan a la policía o a la guardia o al caliesaje?

15 de noviembre de 1974.

En primer lugar, hablemos del poco desarrollo clasista de nuestro pueblo. El desarrollo clasista escaso, pobre o limitado de un pueblo se debe, naturalmente, al escaso, pobre o limitado desarrollo capitalista de ese pueblo; y esto necesita a su vez una explicación: en el sistema capitalista las clases se van desarrollando al mismo tiempo que se desarrolla el capitalismo. No es que las clases aparezcan antes que el capitalismo ni que el capitalismo aparezca antes que las clases; mientras van desarrollándose, ambos promueven o provocan el desarrollo del sistema. Así pues, podemos decir que donde no hay capitalistas no hay capitalismo y donde no hay capitalismo no hay capitalistas. Es más, en un país puede haber capitalismo y no haber burguesía ni proletariado. Eso estuvo sucediendo en muchos países de la América Latina hasta el siglo pasado, y estuvo también pasando en una parte de los Estados Unidos, en la región del Sur, hasta el siglo pasado. Por eso se explica que Carlos Marx dijera en cierta ocasión, allá por el 1853, que en esa fecha todavía en los Estados Unidos no había definición de clases, y hay que tomar en cuenta que ya para 1853 Estados Unidos era una potencia, no mundial, pero una potencia; por ejemplo, para ese año ya le había arrebatado a

Vanguardia del Pueblo, Año I, N° 13, Santo Domingo, Órgano del PLD, 1 -15 de febrero de 1975, pp.4-5.

México Texas, Nuevo México, California, y había tomado Ciudad México; le había comprado a Francia La Luisiana y todo el territorio central cuya capital era New Orleans, le había quitado a España las Floridas españolas y le había comprado a Rusia lo que hoy es el estado de Alaska. Es más, para la época en que Marx decía esas palabras que acabo de repetir, Estados Unidos había hecho la guerra contra los piratas de Argel, en el Mediterráneo y en aguas africanas.

Compañero Juan, ¿usted podría explicar esas palabras de que en un país puede haber capitalismo y no haber burguesía ni proletariado? Creo que esa explicación es necesaria porque sin ella

muchos compañeros lectores de Vanguardia van a caer en una tremenda confusión.

Naturalmente que voy a aclararlas. En ningún momento pensé dejarlas dichas sin explicarlas porque tal como acabas de decir, una frase como ésa, si no se aclara, confunde a mucha gente.

Los mejores ejemplos de que en un país puede haber capitalismo pero no burguesía ni proletariado son los de Brasil, Cuba y el Sur de los Estados Unidos, para no mencionar a Haití, que está en nuestra propia isla. En esos países (y en varios más de América, que no nombro para no hacer una lista interminable) hubo durante siglos capitalismo, pero no había ni burgueses ni obreros; su capitalismo era, como dijo Carlos Marx, anómalo, palabra con la que quiso decir que se trataba de algo fuera de lo normal; y lo dijo precisamente por lo que he dicho en esta entrevista, porque era un capitalismo sin burgueses y sin proletariado.

¿Y como se explica que haya, o hubiera habido en esa época, durante varios siglos, en algunos países de América, un capitalismo anómalo, es decir, fuera de lo normal; un capitalismo sin burgueses y sin obreros?

Pues se explica porque los capitalistas de esos años empleaban parte de su capital en comprar esclavos, y los esclavos no eran obreros; los esclavos eran una propiedad de sus amos, una propiedad igual que lo eran los caballos, las reses, las tierras y los ingenios de azúcar o las siembras de algodón. Los esclavos y los obreros son dos cosas distintas. El obrero vende su fuerza de trabajo y el burgués se la compra con una determinada cantidad de dinero que se llama salario o jornal; pero para que suceda eso, es decir, para que el obrero acepte venderle al patrono Fulano de Tal (que puede ser una persona o una compañía) su fuerza de trabajo, tiene que haber entre él y el patrono un entendimiento, un trato, un acuerdo, que podemos resumir en pocas palabras: “Tú trabajas para mí tantas horas en tales y cuales tareas o tipos de trabajo y yo te pago

tanto mensual o quincenal o por día”. Si al trabajador le conviene esa proposición, acepta; si no le conviene, dice que en esas condiciones no puede trabajar; que si se le pagara medio peso más por día sí... Bueno, el caso es que el obrero trata con su patrón, negocia con él, pero el esclavo no. El esclavo era traído a América a la fuerza; lo cogían en su tierra como se coge un tigre o un elefante o un león, y lo traían a América a venderlo, y el capitalista, dueño de un ingenio de azúcar o de una siembra o plantación de algodón o de café o de cacao, lo compraba como se compra un caballo o un buey, y lo ponía a trabajar a la buena o a la mala, y si lo consideraba necesario, lo apaleaba o mandaba a apalearlo, o le ponía cepos en los pies; y comía lo que el amo quería, no lo que quería él, y lo vestían como quería el amo, no como él quería; y lo mandaban a dormir a tal hora y a levantarse a tal hora. Como puede verse había diferencias enormes entre el esclavo y lo que es un obrero. Este último vende su fuerza de trabajo y nada más que eso; no vende su cuerpo. El esclavo, desde luego, tampoco vendía su cuerpo porque él no iba a venderse para que lo trajeran a estos países; a él lo cogían como a una fiera y lo vendían como si fuera un caballo. Fíjate que el esclavo no vendía su fuerza de trabajo. A él lo vendían entero, como un animal. Ahora bien, de la misma manera que hay muchas y muy importantes diferencias entre lo que era un esclavo y lo que es un obrero, había muchas y muy importantes diferencias entre un dueño de esclavos, un comprador de esclavos, y un burgués. Y sin embargo, en los dos casos, el del esclavo y el del obrero, ambos trabajaban para enriquecer al dueño o patrono, es decir, al capitalista; y en los otros dos casos, el del dueño de esclavos y el burgués, ambos trabajaban para enriquecerse con el trabajo de los esclavos y los obreros. Pero no eran la misma cosa; es decir, un capitalista esclavista o dueño de esclavos no era igual a un capitalista burgués dueño de los medios de producción, pero no de los obreros. Por eso Marx llamo oligarcas a los

capitalistas que compraban esclavos y burgueses a los capitalistas que compraban (o compran) fuerza de trabajo, la fuerza de trabajo de los obreros y únicamente su fuerza de trabajo y nada más.

Lo que acabo de decir explica por qué en los países de América donde la producción se hacía a base de esclavos había capitalismo pero no había burguesía ni había obreros o proletariado. Lo que había era un sistema de explotación basado en la existencia de una oligarquía esclavista, pero ese sistema de explotación era ya capitalista; no era igual al de la oligarquía esclavista de la Antigüedad, por ejemplo, al que había en el imperio romano, porque en la época de Roma no existía todavía el capitalismo; en cambio, en el siglo pasado, y en el anterior (es decir, el XVIII), y desde mucho antes, el modo de producción de los países de Europa y de América era el capitalista. ¿Crees que ya quedó aclarado ese punto de la existencia de capitalismo sin burgueses y sin proletariado?

Si, ese punto quedó aclarado, pero falta por aclarar el anterior, el del poco desarrollo clasista del Pueblo dominicano.

El de su poco desarrollo clasista y la cola que eso trae o produce en las organizaciones marxistas; porque en realidad, en esto último es donde está la sustancia de lo que dejé dicho al terminar la entrevista anterior. Pero antes que nada debo aclarar, como es lógico, lo que se refiere al escaso, pobre o limitado desarrollo clasista del Pueblo dominicano y a las causas de ese pobre desarrollo.

Ya dije que las clases y el sistema se van desarrollando conjuntamente, porque los dos se influyen a la vez; el avance del capitalismo produce un desarrollo de los capitalistas y también del proletariado, y el desarrollo de esas dos clases tiene como resultado un desarrollo del capitalismo. Por esa razón en un país donde los capitalistas son poco desarrollados podemos asegurar que el capitalismo no está desarrollado; y lo mismo sucede en lo que se refiere a la clase obrera. ¿Qué quiere decir,

por ejemplo, que en la República Dominicana haya tanta gente sin trabajo: o mejor dicho, qué se deduce de eso? Pues se deduce que hay poco desarrollo capitalista; hay pocas industrias, hay pocas oportunidades de trabajo para la población. Y por supuesto, si hay pocas industrias es porque hay pocos capitalistas o por lo menos pocos que empleen sus capitales en industrias, bancos, empresas de transporte, minería, y en general en las actividades de la producción al nivel del capitalismo actual. No mencionemos el caso de los capitalistas extranjeros que vienen a explotar la riqueza de la tierra nuestra y el trabajo de nuestro pueblo, que pagan el trabajo de nuestros obreros cinco y hasta diez veces más barato que el trabajo de los obreros de sus países de origen, o traen braceros de Haití para pagar el trabajo humano más barato todavía. Precisamente, en el uso de la fuerza de trabajo barata se basa la creación de las zonas francas, que operan a base de capital norteamericano dedicado a producir artículos que van a ser vendidos en los Estados Unidos. ¿Por qué? Porque los que trabajan en las zonas francas dominicanas son mujeres y hombres de nuestro país que cobran, digamos, dos pesos diarios mientras un trabajador yanqui en su país cobra más de dos pesos y medio por hora; no el día de trabajo sino por cada hora de trabajo.

No hablemos de esos casos; hablemos del caso de los capitalistas dominicanos que prefieren invertir su dinero en casas de alquiler o en casas de comercio o en compra y venta de terrenos; es decir, en negocios que emplean poca mano de obra. Esos son capitalistas no desarrollados, que además operan o actúan en un país donde en términos generales el sistema capitalista, el capitalismo en su conjunto, es poco desarrollado porque es dependiente del gran capitalismo mundial; produce principalmente para completar el proceso industrial y financiero del capitalismo extranjero, sobre todo del norteamericano. Y en un país capitalista de desarrollo escaso, pobre o

limitado, el desarrollo de las clases sociales que son típicas del sistema capitalista resulta también escaso, pobre o limitado, porque ya está dicho: las clases y el sistema se van desarrollando conjuntamente; las clases y el sistema se influyen a la vez.

Tú sabes que los pueblos tienen historia y prehistoria, y la prehistoria es la etapa anterior a la historia conocida, a la que es conocida porque está escrita. Pues bien, en el caso del capitalismo dominicano, su desarrollo comenzó con Trujillo, y más bien en los últimos 15 años de Trujillo, y lo demás es prehistoria. Ahí se halla la explicación de nuestro escaso, pobre y limitado desarrollo capitalista, y en ese escaso, pobre y limitado desarrollo capitalista está la explicación del escaso, del limitado y del pobre desarrollo clasista de nuestro pueblo.

Perdóneme, compañero presidente, pero creía que usted iba a hablar del efecto que tiene en los grupos marxistas de nuestro país el, como dice usted, escaso, limitado y pobre desarrollo clasista.

Pero claro que de eso voy a hablar, sólo que antes tema que explicar los orígenes del problema en nuestro pueblo, porque sólo sabiendo por qué y cómo se da ese problema en el Pueblo dominicano podremos saber por qué y cómo se da en los grupos marxistas, o en casi todos, si no en todos. Pero hay algo más, sólo sabiendo qué produce eso en nuestro país, de dónde sale nuestro limitado desarrollo clasista, sólo analizando los orígenes de ese problema podemos darnos cuenta de dónde sale, en países de evolución histórica parecida a la del nuestro, ese fenómeno social que algunos llaman caudillismo en vez de llamarlo como se llama propiamente, que es caudillaje. El caudillo es el producto de una sociedad de escaso, pobre y limitado desarrollo clasista, y el escaso, pobre y limitado desarrollo clasista (por lo menos en la sociedad capitalista) es el producto de un escaso, pobre y limitado desarrollo del capitalismo. Donde hay desarrollo clasista (como consecuencia de que hay desarrollo capitalista) no puede haber caudillos; hay representantes de clases que tienen que actuar sometidos a

estas y no como sometedores de ellas. Nixon quiso actuar como caudillo, no como un representante obediente de la clase dominante de los Estados Unidos; quiso colocarse por encima de esa clase, que es una sola aunque este políticamente dividida en republicanos y demócratas, y esa clase (demócratas y republicanos juntos) lo echó del poder, pero con condiciones, con la condición de que no se le pudiera perseguir judicialmente, porque eso habría sentado o establecido un antecedente muy peligroso para la estabilidad de la clase, es decir, la clase dominante no puede presentar a los ojos de su pueblo, y menos del mundo, y muchos menos en términos históricos, el ejemplo de haber condenado a prisión, como a un delincuente cualquiera, a uno de los suyos que llegó a la presidencia del país y fue reelegido por el número más grande de votos que había recibido ningún otro candidato presidencial en 200 años; y recordemos que tampoco fue preso el vicepresidente Spiro Agnew ni fue condenado por ningún juez a pesar de que todos los norteamericanos sabían que había robado fondos públicos. En los Estados Unidos hay actualmente, aunque no lo hubiera en el 1853, un desarrollo clasista tan completo (y hablo en lo que se refiere a desarrollo de clases, no a conciencia política, que es una cosa diferente), que ese desarrollo impide de manera natural la formación de un caudillo. En cambio, entre nosotros, la falta de desarrollo clasista no solamente ha permitido sino que ha favorecido la formación de caudillos, y no de uno sino de varios, desde Juan Sánchez Ramírez hasta Balaguer. Y de ese fenómeno no escapan los grupos marxistas, aunque haya alguna que otra excepción, porque para escapar de él los líderes y los miembros de esos grupos tendrían que tener una conciencia política muy desarrollada; tan desarrollada que ese desarrollo sustituyera en sus mentes, en sus ideas y hasta en sus sentimientos el desarrollo clasista que no tenemos.

Entonces, compañero Juan, usted cree que el desarrollo de la conciencia política puede conseguirse aun en una sociedad sin suficiente desarrollo clasista, y me parece algo más, me parece que usted cree que el desarrollo de la conciencia política puede ser un sustituto para la falta de desarrollo clasista.

Pues claro que eso es lo que he querido decir. Pero es bueno que todos entendamos lo que quiero decir al hablar de desarrollo de la conciencia política, porque muy bien podría suceder que alguno por ahí crea que la conciencia política se desarrolla leyendo libros y aprendiéndose de memoria todo lo que dicen esos libros o repitiendo como cotorros lo que dijeron sus autores, digamos, por ejemplo, hombres como Marx y como Engels. Sí, hay que leer esos libros, pero hay que leerlos e incorporar las ideas que se exponen en ellos a nuestro mundo interior, es decir, a nuestra manera de pensar, de sentir y de actuar. Hay que leerlos de tal manera que sustituyamos con lo que ellos nos enseñan lo que no puede enseñarnos nuestra sociedad, que precisamente por ser poco desarrollada en el orden clasista no puede proporcionarnos muchísimas enseñanzas que otras sociedades más desarrolladas les dan a sus pueblos mediante la práctica diaria de la vida.

Para ampliar lo que acabo de decir podría referirme a ejemplos diferentes; a unos de orden que podríamos llamar material y a otros de orden intelectual y moral y espiritual. Un ejemplo de orden material sería el de la facilidad, la naturalidad con que se forman en sociedades de alto desarrollo clasista ciertas agrupaciones, como por ejemplo los sindicatos obreros. En Suecia, en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, los obreros se agrupan en sindicatos y ningún patrón los bota de su trabajo por eso o porque pidan aumento de salarios o hagan una huelga en defensa de un derecho laboral. Claro, que en los Estados Unidos no le permitirían a un sindicato afiliarse a una central o confederación marxista, pero le permiten ir a una huelga para reclamar mejores salarios, y sobre todo a los obreros

se les permite formar sindicatos. Esos obreros tienen escasa conciencia política, y sin embargo tienen desarrollo clasista; saben que son obreros y que como tales disfrutan de derechos sociales, y los reclaman, y a veces los reclaman con violencia; y los patronos capitalistas, que también tienen desarrollo clasista, aunque en el terreno político sean más atrasados que los burros, respetan los derechos sociales de clase de los obreros, aunque en el orden político no respeten ninguno.

¿Pasa aquí algo parecido a eso?

No señor; aquí no pasa nada parecido a eso. Aquí el obrero que habla de mejores salarios es sacado de su trabajo a toda velocidad, aunque en la empresa donde trabaja haya un sindicato y aunque él sea dirigente de ese sindicato. De manera que como podemos ver, la práctica diaria le enseña a un obrero norteamericano que él tiene derechos sociales y que puede reclamarlos hasta haciendo huelgas, y le enseña a un obrero dominicano que él no tiene el menor derecho social y que si pretende siquiera reclamar uno de ellos lo botan de su trabajo inmediatamente.

Si eso se da en la sociedad dominicana en el terreno de las actividades sociales, ya podemos imaginarnos lo que pasa en el de las actividades políticas. En el orden de las actividades políticas la sociedad dominicana lo único que nos enseña mediante la práctica diaria es que los que se dedican a luchar por los derechos del Pueblo y por la revolución son perseguidos, son torturados, son exiliados o son asesinados. En una sociedad como la nuestra, ampliar, profundizar y refinar la conciencia política requiere no sólo mucho estudio; requiere también que el que se dedica a la actividad política incorpore lo que estudia a su vida misma, a su manera de sentir y de pensar, a su manera de actuar; y para lograr eso hay que vivir en un estado de vigilancia perpetua; de vigilancia de uno mismo sobre sus ideas, sobre sus sentimientos, sobre sus actos, a fin de mantener esas ideas, esos sentimientos y esos actos en el nivel apropiado para el desarrollo

constante de una conciencia política real, auténticamente revolucionaria.

¿Qué le pasa al que no establece esa vigilancia permanente sobre sí mismo?

Pues le pasa que sin que se dé cuenta, va siendo arrastrado día tras día por la corriente social propia de la clase o la capa a la que pertenece; de una corriente social que en un país de escaso desarrollo clasista se dirige inevitablemente hacia un punto muerto que se llama caudillaje, aunque algunos sociólogos de nuestro país lo llamen caudillismo. Eso es lo que está pasando en la mayoría de los grupos marxistas de nuestro país, y eso es lo que explica que en vez de estar sirviendo los mejores intereses de clases, de capas y hasta de organizaciones marxistas, estén siguiendo las emociones propias de la pequeña burguesía. Y ya se sabe lo que dijo Marx de la pequeña burguesía: que no alcanza a ver la realidad en su totalidad, sea ésta nacional o regional o mundial; que su mirada termina donde terminan sus intereses o sus creencias. Y si no lo dijo con esas palabras, eso fue lo que quiso decir y no otra cosa.

Bruselas, enero de 1975.

El atractivo de la personalidad

León Trotsky tenía una personalidad sumamente atractiva, y el atractivo de su personalidad se hace patente no sólo en todo lo que escribió o hizo sino también en los libros que se han escrito sobre él, y muy especialmente en la biografía o historia de su vida escrita por Isaac Deustcher. Y el atractivo de su personalidad ha sido tan grande que los que admiran su vida por lo que hizo siguen sus ideas sin analizarlas, y naturalmente, fracasan porque las ideas de Trotsky no tienen la base teórica que les hace falta a las ideas políticas para ajustarse a la realidad.

Por ejemplo, la idea de la revolución permanente es falsa, pero como fue Trotsky quien la produjo, aquellos que admiran a Trotsky creen que es válida.

¿Y por qué es falsa la idea de la revolución permanente?

Porque la historia enseña que el desarrollo de los pueblos es desigual; no se produce ni al mismo tiempo ni en la misma forma, y es mucho más desigual en la etapa del capitalismo que en todas las demás. Y no siendo igual ni produciéndose al mismo tiempo, el desarrollo histórico, del cual la revolución es solamente una manifestación, no puede conducir a pueblos diferentes a la revolución en un mismo tiempo histórico. La

revolución se va dando de país en país según sean las condiciones en que ese país se haya desarrollado en lo económico, en lo social, en lo político; y si todos los países no se desarrollan al mismo tiempo ni en la misma forma, es imposible que la revolución se dé en todos a la vez y por las mismas razones.

Así, cuando León Trotsky produjo su tesis de la revolución permanente cayó en un error teórico gravísimo, y en errores de ese tipo no se cae, tratándose de un revolucionario de tanta importancia como era su caso, si no se parte de una base: la de la escasa o incompleta preparación teórica de su autor.

Ahora bien, ¿dónde podemos hallar la explicación de esa incompleta preparación teórica en un revolucionario de la talla de León Trotsky?

En que actuaba mucho pero no pensaba mucho o no dedicaba el tiempo necesario a leer a los teóricos de la revolución; y no sólo a leerlos sino a analizarlos, a meditar en lo que ellos habían dicho; a buscarles el derecho y el revés de sus ideas.

El que sí hizo eso fue Lenin, razón por la cual Lenin no cometió los errores teóricos que cometió Trotsky, cuyas cualidades excepcionales en todos los demás campos Lenin fue el primero en reconocer.

Trotsky y el imperialismo norteamericano Además de no darse cuenta de que el desarrollo histórico no era igual en todos los países, y que en consecuencia el mismo tipo de revolución no podía darse en todos los países al mismo tiempo; además de no darse cuenta de que la revolución permanente era un deseo suyo pero no podía ser una realidad histórica, Trotsky no alcanzó a comprender el papel que iba a jugar el imperialismo norteamericano en el proceso de la revolución mundial y muy especialmente en el caso de los países coloniales de Asia y la América Latina. Lenin sí lo vio con claridad, al extremo de que fue él quien después de un estudio detallado del imperialismo lo

presentó como la última etapa del capitalismo.

Ahora bien, el hecho de que Trotsky pasara por alto el papel que iba a jugar el imperialismo norteamericano en los países coloniales puede explicarse hasta cierto punto por el género de vida que hizo, por la actividad revolucionaria que desplegó, que fue muy intensa y en su casi totalidad dedicada a la revolución rusa. Lo que no tiene explicación es que los trotskystas de hoy, los adeptos de la llamada Cuarta Internacional, y especialmente los de la América Latina, no se den cuenta de que por detrás de las clases dominantes de nuestros países está el poderío norteamericano, y que cuando hay peligro para esas clases dominantes quien toma la dirección de la contrarrevolución en nuestros países es el poder yanqui. Y si algún trotskysta está en la obligación de no olvidar eso, es el trotskysta dominicano, porque este país fue invadido por 42 mil soldados yanquis y no para aplastar un levantamiento socialista o comunista sino para aniquilar una típica revolución burguesa por miedo a que esa revolución burguesa evolucionara hacia una revolución socialista, hecho que no podía darse porque aquí no había un partido revolucionario del proletariado capaz de repetir en 1965 lo que había sucedido en Rusia en el 1917 ó en Cuba en el 1961. La ley del desarrollo desigual de los países, especialmente dentro del sistema capitalista, se encargaba por sí sola de impedir que aquí pudiera suceder en 1965 lo que había sucedido en Cuba en 1961 y en Rusia en 1917.

Los programas, las clases y los partidos Un programa no hace una revolución ni hace un partido; es al revés, un partido puede hacer un programa y puede hacer una revolución. Pero para estar en capacidad de hacer ambas cosas un partido tiene que representar a una clase, y si se trata de un partido de tipo liberacionista, tiene además que contar con el apoyo político, si no con la militancia, de otras clases y capas de la población.

Ahora bien, la existencia de una o más clases no es cosa que se inventa; es el producto del desarrollo histórico. El desarrollo histórico del Pueblo dominicano ha sido de naturaleza tan poco común que a pesar de que nuestro país entró en la órbita del capitalismo desde el año 1493, que fue cuando llegó a la costa del norte la primera expedición colonizadora, su desarrollo capitalista vino a comenzar bajo el Gobierno de Trujillo, y no desde los primeros tiempos del trujillato sino a partir de los años de 1940 y tantos. Antes de eso había habido repuntes de desarrollo capitalista, como diría un escritor elegante, pero esos repuntes duraron muy poco y se perdieron rápidamente en el mar de la miseria general, que fue la realidad viva del país durante varios siglos.

El escaso y tardío desarrollo capitalista dominicano ha impedido que en la curva final del siglo XX tengamos desarrollo clasista. Ni los capitalistas llegan a ser burgueses en el valor teórico de la palabra ni los trabajadores llegan a ser obreros en el terreno ideológico. Y todo esto, como es natural, se refleja en los partidos, porque los partidos políticos son expresión de la sociedad en que funcionan; no son abstracciones; no son sueños o pesadillas que aparecen en la imaginación de una persona cuando al dormirse sus células cerebrales quedan fuera del control en que las mantiene la actividad a que está dedicado el cerebro en las horas del día, en las horas del trabajo, en las horas, en fin, en que el ser humano que porta o lleva ese cerebro bajo los huesos del cráneo tiene que vigilarse a sí mismo y vigilar también a los demás.

Cada realidad es ella misma y no otra

Los médicos dicen que no hay enfermedades sino enfermos, con lo que afirman una verdad como una montaña; la de que una enfermedad no produce los mismos efectos en todos los que la sufren. Y eso se debe a que en la medicina como en cualquier

ciencia, como en la vida, no hay casos generales sino casos concretos. Lo único verdaderamente cierto que se da en la política como en la vida es que cada pueblo como cada ser humano tiene su propia historia y sólo puede avanzar en el camino hacia el porvenir siguiendo la dirección que le marca esa historia suya y utilizando sus propias experiencias y sus propias fuerzas. Puede apoyarse en experiencias ajenas y en fuerzas ajenas, pero no puede suplantar con ellas las que son suyas.

Cuando el **PRD** comenzó a operar en el país bajo nuestra dirección, predicó ese llamado programa de transición de que habló León Trotsky; y eso le dio la victoria en las elecciones de 1962. Pero ese programa fue usado dentro de los marcos de la democracia representativa y por un partido populista de dirección y masas pequeño burgueses y, empezando por nosotros, nadie en el país sabía que ese tipo de programa había sido propuesto por Trotsky como fundamento práctico de su tesis de la revolución permanente y nadie sabía tampoco que la falta de una burguesía nacional hacía imposible que aquí se desarrollara el régimen de la democracia representativa, porque ese régimen es la expresión política propia del capitalismo burgués y por tanto no puede existir donde no hay la clase social que debe sostenerlo.

Cada realidad es ella misma y no otra, y lo es en cada momento de su evolución. Vamos a decir lo mismo con un ejemplo que todo el mundo puede comprender: Rómulo Pedro es Pedro y nadie puede sustituirlo, ni aun el ser que más lo quiera. Pero el Pedro de ahora es distinto al Pedro de hace diez años y el Pedro de 1985 será distinto del Pedro de hoy.

En el orden político, nosotros no somos los mismos de 1962; no lo somos como personas ni lo somos como país. Y por esa razón el programa que dio resultado dentro del marco de unas elecciones en 1962 puede haber sido el tipo de programa que predicó Trotsky para mantener vivo el fuego de su soñada

revolución permanente; pero nosotros no creemos en la revolución permanente. Creemos que el ejemplo de Trotsky como revolucionario merece mucho respeto, pero que como teórico de la revolución no dio pie con bola, y en ese terreno no lo respetamos y naturalmente no lo seguimos. Pero además, si lo siguiéramos, lo haríamos con las limitaciones que impone esa ley de la vida y por tanto de la política que afirma que cada realidad es ella misma y no otra.

Afanes electorales

Para las elecciones generales faltan dos años y siete meses y todavía nadie puede decir si en este país habrá elecciones el 16 de mayo de 1978, y sin embargo el Partido Revolucionario Dominicano se declaró en campaña electoral desde el mes de agosto, y en cuanto al doctor Balaguer, ése había iniciado su campaña desde el 17 de mayo del año pasado, es decir, desde el día siguiente de haber “ganado” las últimas elecciones.

Tenemos, pues, que balagueristas y perredeístas están metidos en una actividad que se podría calificar con toda propiedad de afanes electorales, y este pueblo nuestro, malicioso para muchísimas cosas e inocente para otras, no alcanza a darse cuenta de cuáles son las razones de esa actividad que se manifiesta tan temprano, tan de madrugada como diría un viejo campesino; mucho antes de que el sol empiece a calentar la tierra.

Lo que no ve la gente poco entendida en el oficio de la política es que nada puede ser más normal que el hecho de que los perredeístas hagan lo mismo que hace Balaguer, porque esa gente no alcanza a darse cuenta de que perredeístas y balagueristas son iguales entre sí. Unos se parecen a otros como se parecen entre ellas las gotas de agua de una misma lluvia. Unos y otros tienen los mismos apetitos y la misma necesidad de estar en el poder para hacer las mismas cosas porque unos y otros tienen la misma procedencia social y la misma posición ideológica.

¿Cuál es la procedencia social de la gran masa balaguerista?

La baja pequeña burguesía en sus tres niveles: baja propiamente dicha, baja pobre y baja muy pobre.

¿Cuál es en estos momentos la posición social de los dirigentes balagueristas? Y nos referimos a estos momentos, no a lo que eran muchos de ellos hace nueve o diez años, porque una gran mayoría de esos dirigentes han ascendido de nivel social gracias a las posiciones que han ocupado en el Gobierno en los últimos nueve, ocho, siete o cinco años.

La posición social de esos dirigentes balagueristas es la de medianos y altos pequeños burgueses con base económica muy segura, sobre todo con dinero en bancos norteamericanos o puertorriqueños; y una parte de ellos se han convertido en millonarios aunque no estén invirtiendo esos millones en negocios.

¿Cuál es en estos momentos la posición social de los dirigentes perredeístas?

Empezando por el nivel más alto, algunos de ellos son gente de posición económica muy sólida, o porque heredaron tierras que han sido altamente valoradas, por el afán de hacer obras suntuarias que tiene el doctor Balaguer o porque sus negocios se han expandido al expandirse la economía dominicana en beneficio del grupo que disponía de una base económica cuando llegó la hora de esa expansión. Otros dirigentes son medianos y bajos pequeños burgueses que en el ejercicio de la política han adquirido hábitos de gente adinerada y ya no podrán nunca más volver a vivir con la modestia con que vivían cuando se iniciaron en la vida política afiliándose al PRD.

Lo que es igual no es ventaja

Si las masas del balaguerismo son iguales a las del perredeísmo y si la dirección de los partidarios de Balaguer es semejante a la de los partidarios del PRD, hay que concluir

diciendo lo que dice el Pueblo, que lo que es igual no es ventaja; y con esas palabras, que desde el punto de vista de la corrección gramatical son un poco confusas, lo que el Pueblo quiere decir es que entre los que no hay diferencias hay igualdad, y de manera natural acaban actuando en la misma forma.

Lo único que podría diferenciar en el orden político a los que proceden de las mismas capas sociales sería la toma de posiciones ideológicas distintas. Veamos el caso de dos bajos pequeños burgueses pobres, uno que se hace revolucionario y otro que se hace policía o calié. Si el revolucionario lo es sólo de sentimiento y no adquiere una base ideológica que lo haga tomar una posición política firme, una posición arraigada, es decir, enraizada en una absoluta convicción intelectual, tan pronto el poder policial o gubernamental lo golpea o tan pronto le ofrecen dinero suficiente, abandona su posición revolucionaria y pasa a servirle al enemigo. En el proceso que lo lleva de revolucionario a policía o calié la fuerza que lo empuja es la de su origen social, y lo único que lo habría librado de esa fuerza era la adquisición de una fuerza que sustituyera a la de su origen social, y esa fuerza sustituta tenía que ser una sola, la convicción ideológica, firmemente sembrada en sus ideas, de que el camino que conduce a la liberación popular y personal es el de la revolución.

Ahora bien, sucede que ni el balaguerismo ni el perredeísmo se preocupan por el aspecto ideológico de la lucha política desde el punto de vista revolucionario. Esos dos sectores de la población dominicana tienen una posición ideológica igual, y ni siquiera se interrogan a sí mismos en relación con ella, porque se trata de una posición vivida, no pensada; se trata de una posición creada por la sociedad en que viven que ellos han adoptado de manera natural e inconsciente; y estamos hablando del balaguerismo y del

perredeísmo como de dos totalidades partidistas, no de personas aisladas dentro de cada una de ellas, porque muy bien puede darse el caso, y de hecho se ha dado, que algún balaguerista y algún perredeísta pongan en duda las bondades de la sociedad en que viven y hayan acabado convenciéndose de que se trata de una sociedad injusta que debe ser transformada de raíz.

Socialmente, perredeísmo y balaguerismo son la misma cosa con dos nombres distintos e ideológicamente entre ellos no hay diferencias. Entonces, ante esa igualdad evidente tenemos que admitir, diciéndolo con la lengua del Pueblo, que lo que es igual no es ventaja.

14 octubre, 1975

Discurso en el primer congreso*

Presenciando este acto nos preguntamos cómo se explica que en un país donde el desarrollo político es escaso, y en un día como el de hoy en que las nubes se derramaban en agua, se reúna la cantidad de personas que estamos viendo para presenciar un hecho completamente nuevo en la historia política nacional.

Ese hecho es la elección de candidatos a la Presidencia y a la Vicepresidencia de la República llamados a terciar en unas elecciones que no tienen ninguna importancia, como tales elecciones, ni para ustedes ni para el que les habla ni para los compañeros Rafael Alburquerque y Rafael Kasse-Acta. Lo natural hubiera sido que si los candidatos y el partido que los presenta consideran que las elecciones en que van a terciar carecen de importancia, este acto careciera de importancia, pero no hay duda de que la tiene, porque si no, ¿cómo se justifica la presencia en él de tanta gente entusiasta?

Aquí viene al pelo relacionar este acto con el desarrollo político del país, porque siendo ese desarrollo tan escaso

como es, lo lógico sería que nadie les diera apoyo a un partido y a unos candidatos que le restan importancia a la

Vanguardia del Pueblo, Año III, N° 90, Santo Domingo, Órgano del PLD, 6 de julio de 1977, p.4.

elección en que van a tomar parte, y sobre todo que nadie considerara de interés estar presente en la proclamación de esos candidatos.

Pero resulta que aquí están ustedes, y ustedes son varios miles, y para nosotros la presencia de ustedes tiene una significación.

¿Qué significación tiene el hecho de que ustedes estén aquí a pesar de que saben que este acto no es el punto de partida de una campaña política tradicional, de esas que hacen los partidos con el objeto de conquistar votos ofreciendo que van a resolver los problemas del Pueblo?

Tiene una significación que nos parece muy importante, porque el hecho de que hayan venido a este acto y en este día demuestra que ustedes tienen una conciencia política desarrollada, lo cual se opone al escaso desarrollo político del país.

¿Pero es que puede haber al mismo tiempo un escaso desarrollo político nacional y un alto desarrollo político en ciertos sectores del Pueblo?

Pues sí señores. No es que esos hechos pueden darse sino que se dan, y en el caso de la República Dominicana están

dándose ahora mismo; y no se dan por casualidad sino porque hay fuerzas históricas que así lo determinan; pues al mismo tiempo que nos hallamos con que el país ha venido desde hace algunos años convirtiéndose en una sociedad en la que a pesar de que todavía se emplean los métodos de la acumulación originaria las relaciones de producción preponderantes son capitalistas, las clases sociales no se han definido aún, como decía Marx que sucedía en los Estados Unidos en 1853.

Esa falta de definición se refleja en el hecho de que en la sociedad dominicana prepondere la pequeña burguesía, y en esa sociedad tienen que reflejarse, también de manera preponderante, todas las confusiones típicas de la pequeña burguesía, entre las cuales se halla precisamente la contradicción.

Carlos Marx dice que el pequeño burgués es al mismo tiempo socialista y economista; que se siente atraído a la vez por el tipo de vida que hace la burguesía y por los dolores del Pueblo; afirma que el pequeño burgués es la contradicción social en acción, y nosotros queremos explicar que si la pequeña burguesía es la contradicción social en acción así mismo tiene que ser un pueblo donde la pequeña burguesía es mayoritaria, como sucede en la República Dominicana; y por último Marx dice que “la pequeña burguesía será parte integrante de todas las revoluciones sociales” que vendrán.

Ahora bien, ocurre que en el seno de la sociedad donde predomina numéricamente la pequeña burguesía hay muchas confusiones, pero entre ellas se mueven fuerzas que provocan corrientes de avanzada, y eso es lo que explica que tantos líderes de la revolución mundial hayan salido de la pequeña burguesía.

Nada puede ser y no ser a la vez, pero todo lo que es o existe contiene elementos que se contradicen. Por falta de definición clasista, en la República Dominicana hay escaso desarrollo político, pero esa falta de desarrollo político está contrarrestada por la activa conciencia política de sectores que han encontrado en el Partido de la Liberación Dominicana la vía para organizarse y expresarse; y eso es lo que explica que ustedes estén en este acto: Están aquí porque comprenden con toda claridad las razones por las cuales el PLD proclama esta noche sus candidatos a la Presidencia y a la Vicepresidencia de la República a pesar de que ni el Partido ni sus candidatos van a hacer el penoso papel de buscavotos.

30 de junio, 1977.

POLÍTICA Y PODER*

En el ejercicio de la política nos damos con toda clase de gente, y más en un país como el nuestro, donde la política es un potrero sin puertas en el cual puede entrar todo el que quiera y muy especialmente todo el que tenga hambre de figureo, de dinero o de poder.

Normalmente, el comportamiento de una persona está determinado por la clase o la capa social a que pertenece. Los que han nacido en hogares donde había dinero en abundancia, y sigue habiéndolo en los suyos, no se inquietan fácilmente ante problemas que sacan de quicio a quienes viven en medio de estrecheces o de ciertas limitaciones; y no porque aquéllos tengan un control de sus nervios que los convierte automáticamente en superiores a los demás seres humanos, sino porque pueden resolver muchos problemas de alguna importancia con sólo poner su firma en un cheque. ¿Que la señora tuvo un accidente y el automóvil quedó destruido? Ahí va una orden para que se compre otro sin tener que esperar que la compañía de seguros pague la póliza del chocado. ¿Que un incendio le destruyó la casa o que la hija quiere darle la vuelta al mundo para consolarse de la mala conducta de su marido o el hijo quiere pasar las vacaciones en la India? Todo eso lo resuelve la secretaria haciendo cheques; a él sólo le tocará firmarlos.

I y II, en *Vanguardia del Pueblo*, Año IV, N°101 y 102, Santo Domingo, Órgano e PLD, 21 y 28 de septiembre de 1977, respectivamente p.4.

La posición que ocupa en las relaciones de producción le permite al capitalista sentirse seguro a tal punto que un problema de 25 mil o de 30 mil pesos no le perturba en lo más mínimo; en cambio, un pequeño burgués que tenga que pasarse el año trabajando para ganar 25 mil pesos se sentirá preocupado, y hasta muy preocupado, si se le presenta una novedad que le costará 25 mil pesos, ó 20 mil ó 15 mil; y para un bajo pequeño burgués cuyas entradas son de 10 ó 12 mil, la pérdida de 10 mil le provocará un estado de nerviosismo que le quitará muchas horas de sueño.

El bajo pequeño burgués, y con más razón los bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres, que son las capas sociales de donde salen los chiriperos, viven con un margen de maniobrabilidad económica muy estrecho, y eso se refleja en un alto grado de susceptibilidad. Es en esas capas sociales, y no en las que se hallan por encima de ellas, donde se dan los episodios de Fulano que mató a Zutano porque éste le debía 5 pesos o por motivos parecidos. Cuanto más insegura sea la situación económica de una persona, más se inclinará a enfrentar los problemas mediante reacciones emocionales incontrolables, y así mismo actuará en la política si adquirió durante los primeros años de su vida el hábito de dejarse llevar por las emociones a la hora de tomar decisiones importantes. Eso es lo que explica la sorprendente escasez de líderes políticos en una sociedad como la dominicana donde la gran mayoría de la población es de origen bajo pequeño burgués pobre y muy pobre así como la reserva de líderes con que cuentan los países altamente desarrollados donde las capas superiores de la burguesía están compuestas por mucha gente o los países socialistas donde la casi totalidad de la población es trabajadora y disfruta de una fuerte estabilidad económica y social.

Pero la emocionalidad o el emocionalismo a que es tan

propensa la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre no se manifiesta sólo en forma agresiva; se manifiesta también en forma de ilusiones, especialmente en relación con la conquista del poder. La historia dominicana está llena de episodios en que aparecen representantes de esas capas sociales lanzándose a la conquista del poder con tan escasas posibilidades de conquistarlo que las páginas de la historia en que figuran esos episodios nos parecen, vistas a la luz de la razón, invenciones de locos. En algunos casos recientes hallamos la influencia que tuvo la Revolución Cubana en los sueños de poder de nuestra baja pequeña burguesía en todas sus capas, y a veces hasta en miembros de la mediana y de la alta, pero en episodios anteriores, especialmente en los últimos treinticinco años del siglo pasado, la influencia venía de Haití, lo que se explica por el ejemplo que daban los haitianos de hombres que habían sido esclavos o hijos de esclavos y llegaron, sin embargo, a posiciones de poder, algunos de ellos hasta alcanzar títulos de emperadores, como sucedió con Henri Christopher y Soulouque, y después de ellos, de hombres del Pueblo que fueron presidentes de la República haitiana porque en las guerras civiles de su país habían conquistado a la fuerza grados de generales. Puestos en ese camino por el impulso del ejemplo, los dominicanos actuaron por sí mismos y en el siglo pasado llegaron a la presidencia de la República Luperón, Meriño y Heureaux, los tres nacidos y formados en las capas pobre y muy pobre de la baja pequeña burguesía.

Pero Luperón, Meriño y Heureaux fueron realistas y por tanto no cometieron el error político de apoyar sus deseos de alcanzar el poder en fuerzas que ellos no podían controlar.
20 septiembre, 1977.

CLASES Y PSICOLOGÍA*

I

¿Por qué decimos que lo determinante en la manera de actuar de una persona son sus condiciones materiales de existencia? ¿Cómo debemos interpretar esas palabras? ¿Qué significado tienen y qué relación hay entre las condiciones materiales de existencia de Fulano, de Zutano o de Mengano, y la psicología de cada uno de ellos?

Empezaremos la respuesta a esas preguntas diciendo que las condiciones materiales de existencia de una persona son las que corresponden a su posición en las relaciones de producción, y por tanto, si Fulano es capitalista, o sea dueño de medios de producción, y Zutano es obrero, lo que significa que su única propiedad es su fuerza de trabajo, y Mengano es bajo pequeño burgués muy pobre, por lo que debemos entender que sus medios de producción son mínimos y apenas le alcanzan para alimentarse, las condiciones materiales de existencia de cada uno de ellos serán desiguales.

Veamos el caso de Fulano. Sus condiciones materiales de existencia están determinadas por la capacidad económica que se requiere para poseer una casa que vale 80 ó 100 mil pesos, y puede que tenga otra, también muy cara, en Jarabacoa o en una playa; y la una o las dos tendrán una distribución de

I, II y III, en *Vanguardia del Pueblo*, Año IV, N°132, 133 y 134, Santo Domingo, Órgano del PLD, 26 de abril, 3 y 10 de mayo de 1978, respectivamente p .4.

salones, pasillos o corredores, habitaciones, baños y servicios que facilita los movimientos de los que viven y los que trabajan en ella o en ellas (la familia y además la cocinera, la criada, la niñeta, el jardinero, el chófer); la pintura de sus paredes ha sido escogida para que dé sensación de bienestar, y además de esas paredes cuelgan cuadros de buenos pintores, y en los salones y las habitaciones hay muebles que son no solamente cómodos sino también bellos y costosos. Esas condiciones materiales de existencia se reproducen en las oficinas de su negocio, donde tiene a su disposición los mejores equipos de oficinas y de trabajo (máquinas de escribir eléctricas y ultramodernas, teletipo para comunicarse con sus relaciones internacionales, copiadoras de la mejor marca, secretarias eficientes y vestidas con pulcritud y elegancia), y se reproducen en los restaurantes adonde invita a comer a sus clientes o adonde es invitado a comer por personas con las cuales mantiene relaciones económicas; se reproducen en las casas de sus amigos en el departamento de primera clase de los aviones y los barcos en que viaja cuando tiene que salir del país y en los de los hoteles en los cuales se hospeda.

Las condiciones materiales de existencia de un capitalista son el fruto natural de los medios económicos de que puede disponer, pero a la vez son una consecuencia de la necesidad que tiene ese capitalista de colocarse fuera, y por encima, del nivel en que viven los obreros que le venden su fuerza de trabajo y las capas sociales compuestas por aquéllos que forman lo que comúnmente se llaman masas populares; y todo eso se sostiene gracias a una cuenta bancaria cuyo balance se escribe con varios números.

El propietario de los medios de producción es a la vez el propietario de su tiempo, y como dueño, lo usa a su gusto y conveniencia. Para una cita de negocios o de amistad o de placer, él es quien fija el día y la hora, y si no los fija, acepta que los fije otra persona, pero sólo si le convienen. Puede

llegar a su oficina o a su fábrica a la hora que le parezca, y si no quiere ir un día, no irá y nadie se lo tomará en cuenta. Ese poder, el de hacer con su tiempo lo que le parezca bien o lo que le dé la gana, convierte al dueño de medios de producción, esto es, al capitalista o burgués, en un ser privilegiado, especialmente cuando se compara a sí mismo con el obrero, que junto con su fuerza de trabajo le vende su tiempo, y con el empleado, que además de sus conocimientos le vende también su tiempo.

Pero como contrapartida al privilegio de ser dueño de su tiempo, lo que le brinda la oportunidad de usar en placeres una parte del poder económico que le proporciona su condición de propietario de bienes de producción, el capitalista o burgués vive con el temor de perder su capital y aprende desde temprano la lección de que no debe actuar de manera precipitada porque un paso en falso puede significar su ruina o por lo menos una pérdida, que puede ser importante o puede ser pequeña, pero será una pérdida, y para un capitalista, una pérdida, por pequeña que sea, es una derrota. El temor a perder su fortuna o parte de ella acompaña al capitalista como la sombra al cuerpo, especialmente en países como el nuestro, donde la aparición de su clase es muy reciente o está todavía en su primera etapa, y son contados, y conocidos de todos, los dominicanos que nacieron en hogares burgueses.

Lo que acabamos de decir explica el hecho de que en la República Dominicana abunden los capitalistas que aún no tienen la conducta que les corresponde a los burgueses. Han llegado a ese nivel hace poco tiempo, muchos de ellos, procedentes de la pequeña burguesía, de la baja pequeña burguesía y de la baja pobre y la baja muy pobre, y padecen los efectos de las contradicciones y las inseguridades propias de gentes que se formaron en condiciones materiales de existencia sumamente cambiantes y por esa razón, muy inestables.

En respuesta al temor de equivocarse y perder su fortuna o parte de ella a consecuencia de un error, el capitalista ha creado el hábito de estudiar con calma todos los aspectos de los problemas que se le presentan, y ha podido hacerlo porque el hecho de ser dueño de su tiempo le da la base material necesaria para no actuar de manera apresurada ni siquiera cuando se trata de hacer un negocio que a simple vista parece bueno. Los verdaderos burgueses estudian con calma, por medio de los técnicos que tienen a su servicio, todos los aspectos de los problemas, especialmente los legales, los económicos y los sociales, y eso es lo que explica el uso que hace el capitalismo de economistas, sociólogos y psicólogos, que no trabajan directamente en tareas productivas a pesar de lo cual son bien pagados, y el uso de abogados, así como el cambio operado en el último medio siglo en la especialización de los abogados en países que tienen el nivel de desarrollo de la República Dominicana. Los grandes abogados dominicanos de 1928 eran penalistas, criminalistas, oradores brillantes que se lucían en las causas en que había que defender a una persona conocida que había dado muerte a otra tan conocida como ella, hecho frecuente en aquellos tiempos, o en las que había que representar a los familiares del muerto, y los grandes abogados de hoy son los que conocen al dedillo todos los vericuetos del Código de Comercio, y como para subir a estrados, como dicen ellos, a representar a sus clientes en materia comercial no hay que hablar ante los jueces, los abogados de ahora no son oradores, y sus funciones son las de consejeros, consultores y con frecuencia las de intermediarios entre sus clientes y los que tienen acreencias o deudas con ellos.

Ese detalle (orador, no orador) que distingue al abogado de 1978 del abogado de 1928 nos dice en qué medida las condiciones materiales de existencia de los hombres influyen sobre ellos. El hecho de tener que ganarse la vida en una especialidad diferente de la que ejercía el abogado de 1928, ha borrado de la profesión lo que era una característica sobresaliente de los abogados dominicanos de hace medio siglo, esto es, su capacidad para conmovir a los jueces y

al público con buenos discursos, y ese don de expresión que el ejercicio profesional les hacía desarrollar, los conducía de manera casi inevitable a la política, de manera que muchos abogados de aquellos años terminaban siendo políticos, proceso que confirma la tesis de que en la medida en que el hombre hace el trabajo, su trabajo hace al hombre.

Fueron los capitalistas los que crearon el hábito de analizar detalladamente, y con anterioridad, las consecuencias posibles de un hecho, y hace poco explicamos que ese hábito tiene su origen en el temor a los fracasos; pero los capitalistas no podían llevar ese hábito más allá del círculo de sus intereses individuales, porque el motor que impulsa las actividades de un capitalista es su decisión de obtener beneficios, lo cual lo convierte en un competidor de todos los demás capitalistas, y la competencia es, por su naturaleza, contraria al planeamiento o a la planificación en todo aquello en que poner en ejecución un plan general signifique, o pueda significar, una limitación de los beneficios para las empresas o los negocios individuales. Ahora bien, sucede que todo lo que los hombres han creado o inventado es susceptible de ser mejorado, pero siempre a partir de lo que existe y se conoce, y es partiendo de lo conocido como la humanidad ha progresado hacia el dominio de las fuerzas de la naturaleza. Por ejemplo, la capacidad de volar empezó a desarrollarse a fines del siglo XVIII (año 1783) con la invención de un globo que se elevó llevando animales en una barquilla y pocas semanas después (el 21 de noviembre de ese mismo año) con la fabricación de otro que voló con dos hombres a bordo, y de cambio en cambio ha llegado hasta los cohetes espaciales de hoy, que han llevado seres humanos a la Luna.

Los hábitos propios de una clase pueden ser desarrollados por otra, y por eso hallamos que una costumbre que se formó como fruto natural de las condiciones materiales de existencia de los burgueses, como fue la de estudiar de manera detallada lo que va a hacerse a fin de evitar las consecuencias malas o dañinas de un hecho, pasó a convertirse en uno de los métodos

de trabajo de los gobiernos socialistas, que son los gobiernos de la clase obrera. Ahí tenemos una lección de la historia profunda, la que no está a la vista de todo el mundo, de la manera como la humanidad progresa, que es marchando hacia el porvenir impulsada por fuerzas enemigas que en un momento dado se convierten en aliadas y fuerzas aliadas que pasado cierto límite se vuelven enemigas.

II

No es fácil hablar de las condiciones materiales de existencia de un obrero dominicano en el año 1978 porque aunque algunos se alarmen ante lo que vamos a decir, no conocemos en nuestro país el primer ejemplo de lo que podríamos llamar un obrero puro, que sería un obrero hijo de obreros o por lo menos criado desde su infancia en un ambiente hogareño o en un vecindario de obreros, caso que se ha dado durante mucho tiempo en varios países de Europa y que se da ahora de manera natural en cualquier país socialista.

El obrero dominicano es de origen bajo pequeño burgués campesino, normalmente de las capas pobre y muy pobre, que empezó a salir de su conuco para trabajar en industrias cien años atrás, cuando se inició en nuestro país el renacimiento de la fabricación de azúcar, pero las condiciones materiales de existencia que se le ofrecían en los ingenios no eran superiores, sino quizá inferiores, a las que tenía en un bohío o rancho tan pobre como el que había dejado en su campo;

estaba forzado a comer, en el mejor de los casos, el mismo tipo de comida que comía en el campo, pero no era dueño de su tiempo como lo era cuando explotaba el pedazo de tierra que podía considerar como el patio de su casa y tenía a su servicio a su mujer para hacerle el sancocho o el café cuando cruzaba la puerta del bohío después de haber pasado el día trabajando con el machete o la azada o la coa.

El hecho de que las condiciones materiales de existencia que encontraba el campesino dominicano que abandonaba su conuco y su familia para irse a trabajar a un ingenio de azúcar fueran no sólo diferentes, sino peores que las que tenía en su campo, determinó que el campesino no se transformara en obrero azucarero; al contrario, lo que hizo fue abandonar los campos de caña y volver a su condición de miembro de la capa pobre y muy pobre de la baja pequeña burguesía campesina o se fue a trabajar como peón en los contados y pequeños centros urbanos de la época, y a su vez ese hecho llevó a los propietarios de los ingenios a sustituir al campesino dominicano con trabajadores haitianos y cocolos (ingleses de las islas del Caribe), porque en el país no había quienes pudieran ocupar el sitio de trabajo que el campesino había abandonado.

Hubo algunos campesinos que se quedaron trabajando en los ingenios de azúcar; fueron los que tuvieron la capacidad indispensable para especializarse en algunas tareas, como la de carreteros y la de pesadores de caña o trabajadores de los talleres, pero esos formaban una minoría que tenía muy poco peso numérico en comparación con los que habían vuelto a sus campos y con la cantidad de haitianos y cocolos que pasaron a sustituir a los que se habían ido. Años después llegó a los ingenios una nueva ola de campesinos, pero no de manera espontánea sino estimulada por Trujillo, que había comprado diez de los catorce ingenios que había entonces en el país y luego hizo construir dos más, el Río Haina y el Catarey, y Trujillo quería que en sus ingenios hubiera trabajadores dominicanos, no

haitianos ni súbditos ingleses.

¿Qué se proponía conseguir Trujillo con eso de tener dominicanos, en vez de extranjeros, trabajando en sus ingenios? ¿Era favorecer a sus compatriotas porque él se sentía nacionalista?

No. Trujillo había pasado en 1938 y 1939 por una experiencia muy dura, la de verse obligado a pagarle al Gobierno haitiano 750 mil dólares como indemnización por los ciudadanos de Haití que habían muerto en la matanza de 1937, y seguramente recordaba que algunos años antes Gerardo Machado, el dictador cubano, tuvo que pagarle al Gobierno inglés una fuerte suma por la muerte de algunos cocolos, trabajadores de ingenios, que habían sido ametrallados, mientras participaban en una huelga, por miembros de la guardia rural de la hermana isla. Si en sus ingenios se producía una huelga, como las que habían estallado en 1942 y 1946 en La Romana, y tenía que matar trabajadores, como lo había hecho en 1946 después que la huelga había pasado, nadie le pediría cuentas si las víctimas eran dominicanos, y en cambio si mataba haitianos, cocolos o puertorriqueños, de los muchos que trabajaban en los ingenios del país, podía verse en una situación difícil que le obligara a pagar caro en el orden económico y en el político, y para Trujillo lo económico y lo político tenían la misma importancia y en todos los casos se entrelazaban íntimamente. Si se veía en el caso de tener que dominar una rebelión obrera en los ingenios azucareros, podía hacerlo sin temores siempre que en los ingenios no trabajaran, o lo hicieran muy pocos, ni haitianos ni súbditos ingleses, lo que exigía que se llevaran dominicanos a ocupar los puestos de trabajo de unos y otros. Ahí estuvo el origen de lo que podríamos llamar la dominicanización del trabajo en la era trujillista.

Pero esos dominicanos que pasaron a trabajar en los ingenios de Trujillo no eran obreros sino campesinos, como los que habían salido de sus conucos a partir de 1870 y tantos para ir a cortar caña en los primeros ingenios modernos que se establecieron en el país

y como los que lo habían hecho en los años de 1920 y tantos, si bien los del tiempo de Trujillo eran campesinos diferentes, o porque habían pasado a vivir en las ciudades en busca de trabajo o porque habían recibido las influencias de las ciudades a través de la radio, que a mediados de este siglo se oía ya en las zonas rurales. Una parte de esos campesinos que pasaron a trabajar en los ingenios de Trujillo volvió a las ciudades después de la muerte del dictador, pero una cantidad que no podemos determinar se quedó como obreros de transporte y de los llamados trabajos de factoría, y los puestos de los que abandonaron los ingenios tuvieron que ser cubiertos, y lo son todavía hoy, a la altura de 1978, por inmigrantes haitianos, pero de todos modos los trabajadores azucareros dominicanos deben ser ahora unos 70 mil, tal vez 75 mil, y quizá entre 20 y 25 mil sean haitianos.

En realidad, no sabemos cuántos son los dominicanos que trabajan en la industria azucarera, pero tampoco sabemos cuántos trabajan en las demás industrias, de manera que no tenemos datos concretos acerca del número de obreros industriales que hay en el país, y naturalmente, tampoco sabemos qué salarios ganan ni cuál es su aporte a la economía nacional; lo que sí sabemos de los obreros del azúcar es que trabajan durante una parte del año, lo que los sitúa en la condición de semiproletarios, de manera que en su caso es difícil determinar cuáles son sus condiciones materiales de existencia*. Si

En "Capitalismo y clase obrera", que aparece en la página 541 de este volumen, se explica que para la fecha en que se escribió este trabajo (26 de abril de 1978) no se habían publicado datos estadísticos acerca de la mano de obra empleada en el país en los años posteriores a 1976.

hemos hecho brevemente su historia es porque debido a circunstancias especiales ellos formaron la base histórica de la clase obrera dominicana y además porque numéricamente son el sector más importante de los trabajadores dominicanos.

Pero Trujillo fue determinante no sólo en lo que hemos llamado la dominicanización del trabajo en los ingenios azucareros sino que

lo hizo también en otros campos, porque como empresario y beneficiario de la creación del capitalismo nacional, y especialmente del industrial y del financiero, a él le tocó la tarea de establecer industrias como la del cemento, la de la harina de trigo, la del aceite de cocina, la del tejido, la eléctrica (mediante la nacionalización de la planta de la Capital y la organización de todas las del país en un monopolio estatal); y en todas esas industrias pasaron a trabajar dominicanos, la mayoría de ellos en condición de obreros, y el solo hecho de contar con un salario seguro, aunque fuera muy pequeño, determinó que los bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres que lo conseguían comenzaran a ser condicionados en su comportamiento social porque para ellos quedaban establecidas, a partir del día en que eran empleados como trabajadores de esas industrias, condiciones materiales de existencia de las cuales no habían tenido hasta entonces la menor noticia.

¿Cuáles eran esas condiciones materiales de existencia?

Primero que ninguna otra, la que determinaba la venta de su tiempo como consecuencia natural de la venta de su fuerza de trabajo. En la venta del tiempo del obrero, de cuya importancia no siempre se dan ellos cuenta, se manifiesta la enorme diferencia que hay entre un capitalista y el obrero que trabaja para él, porque desde el momento en que se adueña de los bienes de producción, el capitalista se adueña también del tiempo de los que trabajan en su empresa, mientras que al vender junto con su fuerza de trabajo la parte tal vez más grande de su tiempo libre, el obrero queda sometido a reglas muy estrictas, más estrictas cuanto más desarrollada, en el sentido capitalista, es la sociedad en que vive.

Esas reglas no toleran ni descuidos ni rebeldías. En primer lugar, el obrero tiene que aprender de inmediato a usar su tiempo de manera disciplinada, y si hasta el momento en que consiguió trabajo en una fábrica le gustaba acostarse tarde y levantarse también tarde, tendrá que enseñarle a su cuerpo nuevos hábitos; y si le dedicaba tiempo en horas del día a reunirse con amigos,

tendrá que cambiar esas reuniones hacia horas de la noche, siempre que sean horas tempranas porque deberá estar en su trabajo día tras día antes de que el capataz o el jefe de personal dé la orden de que pongan las máquinas en funcionamiento.

Las condiciones materiales de existencia del capitalista quedan determinadas por la cantidad de dinero que gana porque de ella dependen la extensión y la importancia de su negocio pero también su nivel de vida, pero en las condiciones materiales de existencia del obrero tiene escasa influencia su nivel de vida y en cambio la tienen en alto grado su horario de trabajo, las funciones que desempeñe en el trabajo y la mayor o menor intensidad de atención que esté obligado a prestarles a esas funciones. Si en el caso del capitalista podemos decir que su trabajo lo hace él en la misma medida en que él hace su trabajo, en el caso del trabajador eso es una verdad contundente, especialmente si se trata de un obrero industrial, porque los que manejan máquinas tienen que someterse a las leyes de esas máquinas, que por ser máquinas carecen de conciencia y de sentimientos y exigen, de manera implacable, que el obrero les sirva con obediencia absoluta.

III

Junto con la baja pobre, la baja pequeña burguesía muy pobre forma la mayor parte del Pueblo dominicano, y por esa razón no podemos conocer la realidad social de nuestro país si no sabemos por qué motivos esa porción de la sociedad en que vivimos actúa de ésta o de aquella manera; en otras palabras, si ignoramos cuáles son sus condiciones materiales de existencia.

Nadie sabe en este país cuál es la aportación de la pequeña burguesía al Producto Nacional Bruto (PNB), y por tanto no hay quien sepa cuál es la de cada una de las capas que la componen. Por observación de la realidad entendemos que el lugar que ocupa cada una de ellas en las relaciones de producción va en orden descendente; que la que más aporta es la alta seguida por la mediana, la baja, la baja pobre y la baja muy pobre, y que al llegar

a la capa pobre ese lugar es insignificante y al llegar a la muy pobre es mínimo a tal punto que sería difícil hallar su expresión en términos económicos, pero el conocimiento práctico nos lleva a algunas conclusiones. Por ejemplo, en cualquiera de los barrios marginales de las ciudades y hasta en ciertos campos cibaños es relativamente fácil darse cuenta de cuáles son las casas de los altos, los medianos y los bajos pequeños burgueses; se conocen por los materiales con que están hechas, la pintura que las adorna, la calidad de los muebles y la limpieza de los pisos y los patios, mejores, en todos los casos, cuando son propiedad de la capa alta, y se pueden distinguir a simple vista las diferencias entre las de la capa mediana y la baja, pero las distinciones se hacen menos fáciles cuando queremos hacerlas entre las que corresponden a la baja y a la baja pobre, y más difíciles todavía cuando nos proponemos aislar a las de la capa baja muy pobre; sin embargo, podemos señalar algunos aspectos formales que son característicos de los hogares de los bajos pequeños burgueses muy pobres, o lo que es lo mismo, los aspectos que nos indican cuáles son las condiciones materiales de existencia de esa capa.

Por lo general, la vivienda de una familia de bajos pequeños burgueses muy pobres está hecha con desechos de varios materiales, como pedazos de madera, cartones, yaguas, zinc, lata, a veces todos o parte de ellos juntos; a menudo esas viviendas están en lo que en la Capital se llama “parte atrás”, en callejones oscuros, estrechos, o en aceras, y pegadas a paredes que sirven como cercas de edificios o solares; las aguas negras corren por delante, por detrás y hasta por dentro de las viviendas; se cocina en un espacio muy pequeño al lado o detrás de la casa. Esos ranchitos, como les llaman, se levantan casi siempre en terrenos que nadie sabe de quiénes son y cuando la movilidad social empieza a llevar al propietario del nivel de la baja a pequeña burguesía muy pobre hacia la pobre o hacia la baja, o más allá, en esas casuchas se pone el letrero de “Se vende”. Y a veces aparecen varios compradores,

porque esa capa social se reproduce en la República Dominicana más que los conejos y los curios.

Los capitalistas son los dueños de los medios de producción y generalmente su trabajo consiste en dirigir los negocios o las empresas que emplean esos medios que les pertenecen; los obreros les venden su fuerza de trabajo a los capitalistas y trabajan en los negocios o empresas de quienes se la compran; los altos y los medianos pequeños burgueses, y a menudo los bajos, trabajan al servicio de los capitalistas (por ejemplo, cuando son abogados o ingenieros o médicos a sueldo de compañías y clínicas) o en negocios propios (cuando son médicos o dentistas que trabajan en sus consultorios o farmacéuticos propietarios de farmacias o técnicos que tienen laboratorios o talleres, y comerciantes medianos que se hallan en un nivel superior al de los ventorrilleros pero inferior al de los importadores de poco capital); los empleados, que pueden ser de alta categoría, como los profesores universitarios y los ejecutivos de bancos y compañías, y los técnicos de industrias, deben ser colocados entre los altos y los medianos pequeños burgueses; los dueños de una o dos casas con cuyos alquileres pueden sostenerse bastante bien entran en la capa de los medianos; y los bajos pueden ser todos aquéllos que tienen medios de producción en pequeña escala, como por ejemplo los choferes de carros públicos que son propietarios de los vehículos que manejan o los dueños de colmaditos de barrios pobres.

A partir de ese nivel lo que hallamos en la pequeña burguesía son bajos pequeños burgueses pobres y bajos pequeños burgueses, muy pobres, y si bien los últimos son mucho más numerosos que los primeros, la suma de unos y otros forma, como hemos dicho, la mayoría de la población dominicana.

¿Qué distingue a los bajos pequeños burgueses pobres de los muy pobres?

Que los últimos son los clásicos chiriperos, palabra que a nosotros nos suena como muy dominicana pero que es españolísima y sirve para calificar al que se gana la vida por pura

JUAN BOSCH

casualidad, a veces con ayuda de la suerte pero más gracias al coraje y a la habilidad del que se lanza a buscar el pan porque él y los suyos tienen que comer pase lo que pase, mientras que los bajos pequeños burgueses pobres saben hacer algo, y aunque les es difícil conseguir trabajo, podrían tenerlo en un país donde la distribución de la riqueza (o de la renta o del producto nacional, para decirlo con lenguaje de economista) fuera menos injusta, o sea, donde los menos no ganen tanto y los más ganen lo que necesitan para vivir.

Debido a la enorme variedad de oficios que los bajos pequeños burgueses muy pobres se ven obligados a desempeñar, resulta casi imposible describir sus condiciones materiales de existencia, y tendremos que limitarnos a presentar un caso concreto, digamos, el caso del vendedor de guineos.

El vendedor de guineos no tiene dinero suficiente para comprar un racimo de guineos, pero si consigue un peso, pidiéndoselo a un amigo o a desconocidos, deja en su casa lo necesario para la comida y emplea veinticinco centavos en comprar una mano grande de guineos maduros que sale a vender por las calles, especialmente en los puntos donde los semáforos detienen los automóviles que van hacia los barrios ricos; y si le va bien, unas semanas después habrá acumulado suficientes beneficios como para comprar un racimo. Un racimo de guineos no es tan fácil de manejar como una mano, pero el bajo pequeño burgués que vive, y mantiene a su familia de la venta de esa fruta, no tiene dinero suficiente para comprar una carretilla o los materiales que necesitaría para hacerla, y por tanto no dispone de un medio de transporte en qué llevar un racimo de guineos de una a otra parte de la ciudad; y para remediar la situación recoge en cualquier parte un pedazo de madera redondo, o que manda redondear, y coloca en sus extremos dos alambres o cuerdas que le sirven para colgar dos pedazos del racimo, y al hacerse de ese instrumento de trabajo, que le ha costado centavos, queda convertido en vendedor profesional de guineos, en un comerciante de la más baja escala, pero comerciante que al cabo de algún tiempo podrá comprar cada día o cada dos días un racimo de la fruta hasta que llegará el tiempo en que podrá disponer de un ahorro de diez y quizá de veinte pesos, y cuando haya llegado a esa altura, habrá comenzado a dejar de ser muy pobre sin que eso signifique que haya entrado en la categoría de los bajos pequeños burgueses pobres.

¿Por qué decimos eso?

Porque si algo le da carácter distintivo al bajo pequeño burgués muy pobre, ese algo es el hecho de que no tiene un oficio, no está especializado en nada, y por tanto se ve obligado a hacer el trabajo que le salga al camino, y estábamos hablando de uno de ellos que logró reunir veinte pesos de beneficio vendiendo guineos, actividad en la cual aprendió a comprar y a vender. Tal como dijimos, los bienes de ese bajo pequeño burgués muy pobre

dedicado a detallar guineos en las calles de una ciudad son mínimos, a tal punto que si tuviéramos que describirlos con una línea en un papel, la línea sería tan fina que resultaría casi invisible, mientras que la que correspondería a los de un alto pequeño burgués tendría tal vez una pulgada de ancho, pero por lo menos puede agregar a esos bienes de producción el conocimiento, que ha adquirido vendiendo guineos, de los trucos que se usan en el oficio de comprar y de vender, pero todavía no pisa el terreno en que se mueven los bajos pequeños burgueses pobres porque la miseria lo lleva a ser al mismo tiempo un explotador y un explotado, ya que su condición de comerciante del más bajo nivel no le permitiría acumular un beneficio de veinte pesos si les diera a su cuerpo y a los de su familia los alimentos que esos cuerpos reclaman, y en el caso del suyo nada más, si le diera el descanso que necesita, porque es bueno tomar nota de que el bajo pequeño burgués muy pobre que se dedica a comerciar, con frutas o con otros productos, trabaja mucho más de ocho horas.

Objetivamente, el chiripero vendedor de guineos (o de lo que sea) es un comerciante en escala mínima, pero no es eso nada más, pues al mismo tiempo que sus ideas son las de un comerciante, su cuerpo es el de un peón que carga el racimo, o los dos racimos de guineos, llevándolo calle arriba y calle abajo, y ese peón invisible que comparte su vida con el comerciante se alimenta mal, con dos o tres guineos de los que lleva colgando de un palo durante las largas horas en que cumple su tarea de cargador, y duerme poco porque debe estar en el mercado antes de que salga el Sol debido a que los camiones de frutas ponen sus cargas a la venta de madrugada.

El comerciante que hay en él explota al trabajador que vive en su cuerpo, y esa dualidad es lo que determina la posición que ocupa entre las diferentes capas de la pequeña burguesía dominicana y también lo que hace muy difícil que alguien pueda describir lo que son las condiciones materiales de existencia de un bajo pequeño burgués muy pobre de nuestro país.

10 de mayo de 1978.

CLASES SOCIALES EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

VOTACIONES Y ELECCIONES*

Votar es una cosa y elegir es otra, y no todo el que vota elige o llega a elegir. Votar es el acto de echar un voto en una urna, pero para que se convierta en un agente elector ese voto necesita ser valorizado por una serie de hechos que escapan a la voluntad, y por tanto al control, de la persona que lo puso en la urna. El último de esa serie de hechos es el reconocimiento del voto por parte de las autoridades encargadas de supervisar las elecciones; pero el primero de tales hechos se lleva a cabo a mucha distancia del último y en el seno de organizaciones que no son parte del Estado aunque sí son sus colaboradoras muy cercanas, y estamos refiriéndonos a los partidos políticos, pues es en la afiliación de un ciudadano a un partido, y hasta en la inclinación, como simpatizante, de ese ciudadano a un partido, donde empieza a tomar cuerpo el acto de echar un voto en una urna electoral; de manera que a la hora de juzgar todos los hechos que se relacionan con el acto de votar no podemos desligar el voto del partido al cual pertenece como miembro, o hacia el cual se inclina como simpatizante la persona que ha votado.

En las elecciones del día 16 de este mes los dominicanos votaron pero no eligieron, y habrá quienes digan que no eligieron porque la fuerza pública interrumpió el proceso electoral

* *Vanguardia del Pueblo*, Año IV, N°135, Santo Domingo, Órgano del PLD, 26 de abril de 1978, p.4.

en su parte final, que es el conteo de los votos; pero antes de que se llegara a la etapa de contar los votos, y antes aún de que se llegara al acto de votar, nosotros habíamos anticipado que en esas elecciones ~~habría~~ votación, pero no ~~elección~~, y el sábado día 13, en una entrevista televisada (por el programa Aeromundo, del periodista Guillermo Gómez) aclaramos que en este país había gente que estaba jugando a la política sin darse cuenta de que la política es un animal venenoso que en cualquier momento puede atacar a su propio dueño.

¿En qué partidos están esos que juegan a la política y qué posiciones ocupan en ellos?

Están en todos los que se autoproclaman democráticos y en sentido general son sus líderes más altos, pero por el peso cuantitativo que tiene entre todos los partidos del país y porque es el más viejo de ellos, así como por las características de sus líderes, el que tiene más importancia es el PRD, y por esa razón debemos analizar la composición social de sus dirigentes y seguidores si es que queremos dar con las causas de que en sus filas se hallen los mayores responsables de la peligrosa inclinación a jugar con la política.

El PRD es un partido de grandes masas y de líderes que no han hecho el menor esfuerzo por capacitarse para dirigir esas masas, y desde el punto de vista de su origen social, es el típico partido policlasista de un país dependiente que padece de un alarmante atraso social y político.

Cualquiera que sepa lo que quiere decir el prefijo poli sabe que policlasista significa varias o muchas clases, y dirá, por tanto, que aplicada al PRD, la palabra policlasista quiere decir que se trata de un partido en el que están representadas varias clases; y efectivamente así es, sólo que esa respuesta es buena y válida si sabemos qué quiere decir en la República Dominicana eso de varias clases, porque una cosa es la burguesía en Francia y otra aquí; una es el proletariado en Italia y otra es en nuestro país.

Si el PRD es un partido policlasista, debemos saber qué clases lo

forman y quiénes, en su dirección, representan a cada clase o sector de clase que se hallan en sus filas, y debemos saber también cuáles son los resultados orgánicos, ideológicos y políticos que produce en el PRD la presencia de tantas clases o tantos sectores de clases. Sabiendo todo eso nos será relativamente fácil comprender por qué en el PRD hay varios líderes que juegan a la política y quiénes son ellos.

Si para hacer este análisis adoptamos un orden, por ejemplo, el orden cuantitativo o numérico de los miembros de cada clase o sector de clase que se reúnen en el PRD, debemos empezar por la baja pequeña burguesía muy pobre, que es la más abundante en cantidad de personas que se consideran perredeístas, pues debemos aclarar que el PRD no es un partido de militantes sino de simpatizantes que en lugar de darle algo al partido lo esperan todo de él, desde unos pesos para pagar el alquiler del rancho en que se vive hasta un puesto de trabajo en una firma industrial o en el gobierno municipal o nacional cuando el Partido alcance el poder en cualquiera de los dos niveles; desde la medicina para curar una dolencia hasta el ataúd para enterrar un familiar muerto. La masa mayor del PRD está formada por la baja pequeña burguesía muy pobre seguida inmediatamente por la pobre, tanto urbana como campesina, y es de esas capas de donde sale en nuestro país lo que en Europa se llamó el lumpen-proletario y aquí llamamos tigueraje.

El representante natural, en la dirección del PRD, de esas dos capas de la baja pequeña burguesía era Casimiro Castro, pero fue suplantado en esa posición por Jacobo Majluta cuando éste, inducido por sus amigos norteamericanos de la AID a lanzarse como aspirante a la candidatura presidencial del PRD,

negoció con el Dr. Balaguer un acuerdo político secreto mediante el cual obtuvo que el Banco Central le diera, como le dio, 330 mil pesos por una tierrita que le había costado 7 mil 500, y con billetes de cien pesos y la ayuda del secretario general del PRD se hizo una base política compuesta de bajos pequeños burgueses pobres y muy pobres que aspiraban a ser delegados a las convenciones del PRD y necesitaban dinero para comprar a sus electores. Con esa base Majluta consiguió en un dos por tres la presidencia del Partido y la candidatura a la vicepresidencia de la República.

En el extremo opuesto de las masas perredeístas, tanto en número de miembros (porque son pocos) como en poder económico (que es grande), están colocados los terratenientes y hacendados perredeístas, a quienes representa uno de ellos, Antonio Guzmán; los comerciantes mayoristas y medianos, cuyo representante en el Comité Ejecutivo Nacional del Partido es el comerciante importador Manuel Fernández Mármol, y los banqueros e industriales, los más ricos y al mismo tiempo los menos en número, cuyos intereses están representados por el empresario Carlos Pérez Ricart. Como se sabe, Guzmán, Fernández Mármol y Pérez Ricart lanzaron y trabajaron personalmente sus candidaturas a presidente de la República, síndico de la Capital y diputado al Congreso, respectivamente, para las elecciones generales de este año, lo que denuncia a la legua el escaso desarrollo de la división social del trabajo en el país, que es un síntoma elocuente del atraso del Pueblo dominicano. En nuestras vecindades latinoamericanas (Venezuela y México, por ejemplo) hallamos que esos sectores de la clase dominante tienen como voceros suyos en los partidos y en la burocracia del Estado a políticos profesionales, que van desde las posiciones más altas de los gobiernos (presidentes de repúblicas, senadores, diputados, ministros o secretarios de Estado) hasta las más modestas, pero en la República Dominicana, y más concretamente en el PRD, son los terratenientes y hacendados, los comerciantes, los industriales los que tienen que asumir, en

persona, las funciones propias de personas que dedican sus mejores años a la actividad política.

En los artículos “Balaguer y la Reelección” (*Vanguardia*, números 127, 128, 129 y 130) mantuvimos la tesis de que Balaguer, como Trujillo, como Ulises Heureaux, como Báez, se mantiene en el poder porque está ocupando, igual que lo hicieron Trujillo, Heureaux y Báez, el lugar que ha dejado vacío la clase gobernante de la República Dominicana, que todavía no ha logrado formarse; y esa situación del país se refleja en el PRD, organización política en la cual están representados varias clases y sectores de clases, pero no puede estar representada la clase gobernante que el país no tiene.

¿Cuándo se forma, en cualquier lugar del mundo, una clase gobernante?

Hablamos, naturalmente, de países capitalistas, y debemos aclarar que una clase gobernante de un país capitalista no se forma mientras entre las fracciones que se dividen el poder económico no ha aparecido la que toma la dirección de todas ellas, o sea, la fracción a la cual llamamos el sector hegemónico, el más potente en recursos económicos, sociales y políticos de ese país. En un momento dado del desarrollo del capitalismo del país x, esa fracción hegemónica fue la mercantil; en otro momento, en tal o cual país, fue una coalición o alianza de dos o más sectores, como explicamos en el artículo número 3 de la serie “Balaguer y la Reelección”. En la República Dominicana no se ve todavía la fracción hegemónica alrededor de la cual deberán reunirse todos los sectores capitalistas que bajo la dirección de aquella pasarán a convertirse en la clase gobernante, pero para gobernar a través de sus representantes en los partidos políticos, y no ellas mismas en las personas de miembros destacados de cada sector. La llamada democracia representativa es el producto político de una sociedad burguesa desarrollada a tal punto que cada tarea de las que se llevan a cabo en ella sea ejecutada por especialistas, y los políticos son los especialistas de todo lo que se relaciona con el Estado, que ha sido hasta ahora la forma suprema de organización de la sociedad y lo seguirá siendo nadie sabe por

JUAN BOSCH

cuánto tiempo.

Lo que le sucede al país le sucede al PRD. Entre los que representan las varias clases y los varios sectores de clases que forman ese partido (y entre las clases está la de los trabajadores, que en el orden ideológico no son proletarios sino pequeños burgueses de la capa baja), no hay uno que tenga la representación de la fracción hegemónica porque esa fracción no ha aparecido en el país y por tanto no la hay en el Partido. El hueco que deja en el PRD esa fracción inexistente tendría que ser llenado por una persona con suficiente conocimiento de la política y con la experiencia necesaria en ese campo, y esa persona no aparece en el horizonte del perredeísmo, al menos en el presente y en el futuro inmediato.
18 de mayo, 1978.

JUAN BOSCH

NO SIEMPRE LA CLASE DOMINANTE ES CLASE GOBERNANTE*

Una clase dominante puede convertirse en clase gobernante pero conviene aclarar que si bien a menudo una clase dominante pasa a ocupar los puestos más importantes del aparato del Estado, eso no es suficiente para que pueda decirse de ella que ha pasado a ser una clase gobernante. Una clase dominante se convierte en clase gobernante cuando el país en que esa clase actúa ha llegado a un punto tal en el desarrollo de la división social del trabajo que miembros de esa clase, ideológicamente hablando, han formado un equipo humano suficiente para cubrir todos los puestos de dirección que hay en el aparato del Estado y cualitativamente capaz de conocer en todos sus matices cómo debe funcionar ese aparato en sus dos aspectos, de fondo y forma.

Para apreciar con hechos que están a la vista de todos los dominicanos la razón de lo que acabamos de decir veamos qué sucede en nuestro país. Es evidente que en la República Dominicana hay una clase que domina la economía y gracias a ese dominio domina también el aparato del Estado, ¿pero es acaso esa clase dominante una clase gobernante?

No lo es, y a simple vista tenemos muchas demostraciones de que no lo es. Por ejemplo, el secretario de Estado ministro en otros países— de Industria y Comercio del Gobierno actual es un comerciante e industrial que también es terrateniente, pero su antecesor era un conocido industrial y el antecesor del último era un empresario de transporte marítimo y socio de una industria alcoholera; y si eso fuera poco, el propio jefe del Estado es un capitalista terrateniente que ha hecho una fortuna en esa actividad. Hay otros ejemplos, pero no queremos recargar estas líneas con casos de altos funcionarios del Estado que nunca han hecho vida pública o la han hecho de manera circunstancial y no como actividad de primera importancia para ellos. Vamos a ceñirnos por ahora a casos recientes, como el discurso leído el 16 de este mes de agosto por el señor presidente de la República, cuyo antepenúltimo

párrafo decía así:

Propicia es la ocasión para enviar un mensaje de aliento y de esperanzas a los hombres y mujeres del Partido Revolucionario Dominicano. La historia del Perredeísmo ha sido rica en hazañas portentosas, pero todo eso se ha logrado gracias a la unidad indestructible que hemos exhibido. Por eso, aprovecho este momento para hacer un llamado a la Unidad y la Concordia en nuestras filas. El Pueblo, Supremo Juez de nuestras acciones políticas, espera y ansia esa unión que debe extenderse desde el Partido hasta el Gobierno. Sin ella, sería difícil que el país continúe disfrutando de las ventajas de un Gobierno inspirado en los principios fundamentales del Perredeísmo: Justicia social, soberanía nacional, libertad y democracia”.*

En el discurso en que dijo esas palabras el presidente Guzmán estaba refiriéndose a cuestiones de Estado porque hablaba como jefe del Estado, desde el Palacio Nacional y con motivo de la fecha patriótica, nada menos que el 117

Las mayúsculas que aparecen en el texto de ese párrafo del discurso del presidente Guzmán aparecieron así en la publicación que hicieron todos los periódicos del día 17 de agosto (1980)

aniversario del inicio de la guerra que hizo el Pueblo dominicano contra España para restaurar la República. Para el Pueblo, el señor presidente puede ser un miembro importante del PRD, pero para el Estado él es únicamente su jefe, el jefe del Gobierno y del poder Ejecutivo, y en el desempeño de esas funciones no puede hablar del PRD como si éste fuera parte del aparato del Estado.

¿Por qué razón el presidente Guzmán mezcla los asuntos de Estado con los políticos privativos de un partido, sea el que fuera, que no tiene participación en las estructuras estatales?

Los mezcla porque aunque él es miembro y a la vez representante dentro del aparato del Estado de la clase dominante del país, no conoce qué diferencia hay entre el Estado y el Partido Revolucionario Dominicano porque los que componen la clase dominante nacional no han pasado de ser eso: miembros de la clase dominante. No son miembros de una clase gobernante debido a que el país no ha producido aun los representantes políticos de la clase dominante, esto es, los que manejan en representación y para el beneficio de esa clase el aparato del Estado, o para decirlo de otro modo, los especialistas de la ciencia y el arte de gobernar.

En otra fecha patriótica —el 27 de febrero de 1978— otro jefe del Estado —el Dr. Joaquín Balaguer— interrumpió su discurso para que se oyera en una cinta magnetofónica lo que había dicho poco antes en un mitin el líder del Partido Revolucionario Dominicano, o lo que es lo mismo, el Dr. Balaguer convirtió un discurso de Estado en una pieza de propaganda electoral antiperredeísta. Dado el tiempo que el Dr. Balaguer ha dedicado a la política se supone que debía conocer la diferencia que hay entre un discurso partidista dicho para conseguir votos y uno del jefe del Estado dicho para cumplir con obligaciones ineludibles de un estadista, pero tanto el Dr. Balaguer como Antonio Guzmán han actuado en una sociedad en la que la clase dominante no ha pasado a ser aun clase gobernante si bien por su larga práctica como funcionario del aparato del Estado el Dr. Balaguer conoce mejor que el presidente Guzmán el complicado mecanismo de ese aparato aunque nunca

alcanzara a darse cuenta de que entre el Estado y las actividades partidistas o de otra índole hay deslindes que no pueden ignorarse. Ejemplo de lo que acabamos de decir era la exhibición anual, o casi anual, de modelos de trajes que hacía Oscar de la Renta en el salón de actos del Palacio Nacional, que debido a que es un lugar destinado a actos de Estado no puede ser usado en provecho de una empresa privada.

El caso de una clase dominante que no ha pasado a ser clase gobernante no es peculiar de la República Dominicana. Durante algunos siglos la burguesía fue dominante desde el punto de vista de la economía en varios países de Europa, pero tardó mucho tiempo para convertirse en clase gobernante. El más notable de los ejemplos de una clase dominante europea que tardó en pasar a ser clase gobernante es el de la burguesía francesa, que sólo pasó a clase gobernante después de la que Engels llamó la Gran Revolución, y no inmediatamente después de los sucesos de 1789, pues durante varios años fue sustituida en el dominio del aparato del Estado por Napoleón Bonaparte. Antes de 1789, la burguesía francesa tenía el dominio económico del país, pero la existencia de una nobleza feudal terrateniente que tenía el dominio social e ideológico obligó a esa burguesía a aceptar que el control del aparato del Estado estuviera en manos de una cadena de reyes absolutos. Esos reyes favorecían económicamente a los burgueses pero retenían autoridad que les proporcionaba ese control del Estado que se resume en la monopolización de la violencia organizada de la sociedad.

Un caso que llama la atención es el de Estados Unidos, del cual dijeron Marx y Engels (en Feuerbach: *Oposición entre las concepciones materialistas e idealistas*) que era “el ejemplo más acabado de Estado moderno”. Aunque la independencia norteamericana fue declarada en 1776, el primer jefe de Estado del país vino a aparecer en el 1789, cuando ya había sido redactada y aprobada la Constitución, y desde el primer momento el Gobierno de George Washington funcionó de tal manera que nadie puede

poner en duda que para entonces ya había en los Estados Unidos una clase gobernante.

¿Cómo explicar la existencia de una clase gobernante norteamericana en época tan temprana? ¿Dónde y cómo se había formado?

Se había formado mientras el país era territorio inglés y su sociedad se hallaba gobernada por funcionarios del Estado inglés, al frente del cual había una clase gobernante bien adiestrada en el manejo del aparato de ese Estado que ejercía su poder desde la India hasta América pasando por Europa. Hay constancia histórica de que el propio Washington pasó largos meses redactando él mismo y muy cuidadosamente el protocolo que debía regir los movimientos y los hechos de todos los funcionarios públicos de los Estados Unidos. El protocolo de la monarquía inglesa era, naturalmente, apropiado a una corte real; pero los ingleses que fundaron las colonias americanas que iban a formar los Estados Unidos salieron de Inglaterra porque eran ideológicamente burgueses, de manera que tenían una posición ideológica firme desde antes de establecerse en su nuevo país, y además, aunque siguiera siendo una monarquía, Inglaterra había pasado a ser una sociedad capitalista desde el siglo XVII, más de cien años antes que Francia; y esa sociedad burguesa inglesa estuvo gobernando en sus colonias inglesas de América del Norte hasta 1776, o sea, hasta trece años antes de la Revolución Francesa. Así pues, la clase dominante norteamericana que hizo la guerra de independencia contra el poder inglés tenía para 1789 las condiciones necesarias para pasar a ser, como efectivamente sucedió, una clase gobernante.

{Al llegar a este punto me veo en el caso de introducir unos párrafos que no figuraron en el original de este artículo porque debo aclarar que la composición social norteamericana tuvo cambios apreciables al ritmo al que iba desarrollándose en Estados Unidos el capitalismo moderno, lo que coincidía con la llegada al país de millones de emigrantes europeos. La asociación de comerciantes y terrateniente que formaba la clase dominante en los últimos treinta años

del siglo XVIII no lo era ya en 1820, cuando las luchas entre los esclavistas del Sur y los antiesclavistas del Norte parecían haber llegado a un remanso con el Compromiso de Missouri. La actitud contraria a la oligarquía esclavista del Sur, que iba a llegar a su más alta expresión al estallar en 1861 la Guerra de Secesión, fue fortaleciéndose al mismo tiempo que el desarrollo capitalista se demostraba con la rápida expansión de los ferrocarriles y se daban los primeros movimientos de huelga. Como la del 8 de julio de 1842, llevada a cabo en una mina de carbón, datos que nos indican claramente que una oleada de capitalistas industriales había pasado, o estaba pasando a ocupar el lugar de la asociación de comerciantes y terratenientes que habían formado la clase dominante del país en los últimos años de la colonia y los primeros de la República.

La violencia del desarrollo capitalista era de tal magnitud que grandes cantidades de personas pasaban, a menudo casi manera improvisada, de la pequeña burguesía a la burguesía, y en los niveles de la burguesía el paso de ricos a muy ricos era común. Esos traslados sociales se expresaban e orden político por medio de la formación de grupos y partidos. El panorama de la movilización social era tan fácil de apreciar desde lejos que en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Marx lo comentó diciendo que en los Estados Unidos, “si bien existen ya clases, éstas no se han plasmado todavía, sino que cambian constantemente y se ceden unas a otras sus partes integrantes, en movimiento continuo” (24 de agosto, 1982)].

Al tomar el poder, el proletariado se convirtió en clase dominante en Rusia, China, Yugoslavia y Cuba, pero no podía pasar a ser clase gobernante debido a que era imposible que de las fábricas de esos países salieran obreros especializados en la ciencia y el arte de gobernar, y mientras no se convirtiera en clase gobernante, el proletariado tenía que ser sustituido en el poder por hombres como Stalin en Rusia, Mao en China, Tito en Yugoslavia, Fidel Castro en Cuba, y con ellos equipos humanos formados generalmente por intelectuales pequeño burgueses y hasta algún que otro burgués

JUAN BOSCH

revolucionario. Fue después de la muerte de Stalin, y aun diríamos que después de la caída de Kruschev cuando el proletariado pasó a ser clase gobernante en la antigua Rusia, que a su vez había pasado a ser la Unión Soviética.

En un país como la República Dominicana —ya lo hemos dicho— la burguesía, que es económicamente dominante, no podrá convertirse en clase gobernante mientras no pasen a tener una ideología política burguesa todos los sectores de esa clase dominante, desde los que estén en las alturas del aparato del Estado hasta los que cumplan funciones de policías y de guardias rasos.
5 de agosto, 1980.

En el conocido capítulo XXIV de *El Capital* (la llamada acumulación originaria) decía Marx que “la estructura económica de la sociedad capitalista brotó de la estructura económica de la sociedad feudal. Al disolverse ésta, salieron a la superficie los elementos necesarios para la formación de aquélla”.

¿Y en los países de la América Latina, donde no se conoció el feudalismo, de dónde salió el capitalismo?

En la América Latina, como en África y otras tierras del mundo, el capitalismo no brotó de las estructuras económicas de una sociedad que existió antes de la llegada de los conquistadores españoles, portugueses, ingleses, franceses u holandeses. El capitalismo les fue impuesto a los países latinoamericanos desde Europa y los Estados Unidos como parte del proceso de explotación de las riquezas mundiales, y con ellas de la mano de obra que producía la humanidad de nuestros países, como sucedía, y sigue sucediendo, con los pueblos indígenas, o que era traída a estas tierras mediante la violencia más espantosa, como era el caso de los esclavos africanos. En cuanto a los Estados Unidos, donde fueron explotados en igual forma los pueblos indios y los esclavos llevados de África, la incorporación al sistema capitalista de lo que hoy son sus territorios y con ellos de sus pobladores originales fue obra de emigrantes ingleses y después de toda Europa que salieron hacia América del Norte porque debido a que eran ideológicamente capitalistas y no podían desarrollarse como tales en Inglaterra, se asfixiaban en sus países de origen y salieron hacia el llamado mundo nuevo -tierras vírgenes- a fundar allí la Ciudad del Futuro, esto es la sociedad capitalista que no tuviera gérmenes de contaminación feudal.

En el caso de los Estados Unidos, allí se dio un trasplante de población europea mal llevada con los restos feudales que impedían el desarrollo capitalista de los países donde esos emigrantes habían nacido; en el caso de la América Latina, la

emigración europea no española comenzó después de haber sido alcanzada la independencia, y no precisamente tan pronto salieron las autoridades y los ejércitos españoles y portugueses sino muchos años después, cuando ya se habían formado las estructuras económicas necesarias para que nuestros países produjeran las mercancías que reclamaban los mercados de Europa y los Estados Unidos y sobre esas estructuras habían comenzado a desarrollarse los núcleos de organización o sea que respondían a los requerimientos de la producción de tales mercancías.

El capitalismo, pues, no brotó de una raíz social latinoamericana sino que nos fue impuesto desde afuera, y se nos impuso tarde, después que ya estaba instalado, en Europa por lo menos en el orden económico, y en gran medida, en el económico y el político en los Estados Unidos, de manera que la América Latina fue escenario de la acción de un capitalismo tardío que no reprodujo aquí la formación social del capitalismo europeo si no que produjo una caricatura de la sociedad capitalista francesa o inglesa de los siglos XVIII y XIX. Muchos oligarcas esclavistas cubanos de esos tiempos tenían títulos de marqueses y de condes, pero esos títulos no se alimentaban en la propiedad de señoríos poblados por siervos feudales a los que había que reconocerles ciertos derechos consagrados por muchos siglos de ejercicio; de lo que los nobles azucareros de Cuba eran dueños era de esclavos africanos a los que habían comprado como si fueran animales, y si de un siervo feudal salía a menudo un hombre libre, de un esclavo podía salir a lo sumo un liberto, que casi nunca era admitido en la sociedad esclavista de la América Latina o de los estados sureños de Norteamérica con igual categoría que un blanco, aunque se tratara de un blanco muy pobre.

La burguesía latinoamericana es una clase social políticamente débil a causa de su dependencia del capitalismo exterior, que en gran medida ha venido a concentrarse en los Estados Unidos. Esa condición de dependiente la moldea a tal extremo que su debilidad se refleja en los gobiernos de su clase, pero también en la clase

obrero, que no ha podido desarrollarse al punto que lo ha hecho en Europa porque en situaciones normales en ninguna parte del mundo la clase obrera puede ir más allá de adonde ha llegado el capitalismo. Esos límites pueden ser rebasados en países como los nuestros sólo en situaciones coyunturales muy concretas, cuando sectores avanzados de la pequeña burguesía se ponen al frente de la clase obrera y de las capas más bajas de la pequeña burguesía para hacer lo que se hizo en Cuba en los últimos años de la década de 1951-1960 y en Nicaragua en los últimos de la década 1971-1980.
3 de septiembre, 1980.

ALGO MÁS SOBRE LA CLASE DOMINANTE
QUE NO ES CLASE GOBERNANTE*

La tesis de que la clase dominante dominicana no ha llegado a ser todavía clase gobernante ha quedado demostrada de manera irrefutable en los primeros días de este mes de enero con varios hechos, de los cuales sobresalen dos porque son ejemplos que pueden ser apreciados objetivamente por todos los que observan con cierto detenimiento la vida pública del país; y estamos refiriéndonos a la designación como director general de Aduanas y Puertos del ingeniero electromecánico Pedro Porrello Reynoso, que hasta ocho días antes había sido el secretario de Educación y Bellas Artes, y a la escandalosa muestra de improvisación que ha dado el Gobierno nacional a la hora de poner en ejecución el papel que le tocaba desempeñar como firmante del Acuerdo de San José.

Por sí solo, el nombramiento de secretario de Estado de Educación en favor de Porrello Reynoso fue una demostración de que el país no tiene una clase gobernante porque el nuevo ministro no tenía antecedente alguno, ni político ni técnico, que justificara su designación para ese cargo, uno de los más importantes, desde varios puntos de vista, que hay en el aparato del Estado. Pero haberlo llevado a esa posición pudo haber sido un error si no hubiera sido, como fue, resultado del hecho de que la falta de una clase gobernante hace muy difícil escoger altos funcionarios que llenen a cabalidad los requisitos que demandan las funciones que van a desempeñar.

A la hora de buscar un sustituto del Dr. Castaños Espaillat para ocupar la jefatura de la escuela dominicana, el presidente Guzmán no lo encontró y echó mano del ingeniero Porrello como hubiera podido hacerlo con otra persona tan desconocida y tan incompetente como Porrello, y eso explicaba que lo pusiera en la alta y delicada posición en que lo puso ¿pero que explica que ocho o diez días después de haberlo destituido y de haber nombrado en su lugar a una persona que no tiene mejores condiciones que

* *Política, teoría y acción*, Año II, N° 15, Santo Domingo, Órgano del Comité Central del PLD, marzo de 1981, pp.1-3.

Porrello haya decidido designar a Porrello director general de Aduanas y Puertos, y sobre todo, como puede nadie explicar que Porrello haya aceptado esa nueva posición para la cual no tiene, hasta donde se sepa ninguna clase de preparación?

Pasar de buenas a primeras de la Secretaría de Estado de Educación a la dirección general de Aduanas y Puertos es una manera de dar un salto en el vacío y al mismo tiempo descender en forma vertiginosa ante la opinión pública, pero ese salto y ese descenso no afectan para nada al ingeniero Porrello debido a que el no tiene noción de lo que le ha pasado; y no la tiene porque no forma parte de una clase gobernante cuyos miembros tendrían, en caso de existir, conciencia de cuál es su papel social y por tanto tendrían también ese tipo de dignidad formal, si no sustancial, que es propio de las personas que ocupan posiciones más altas que el común de los mortales.

En cuanto a la solicitud del Gobierno para que el de Venezuela retirara su negativa a seguirle vendiendo a la República Dominicana petróleo reconstituido en la misma cantidad y en las mismas condiciones que lo hacía antes de que nuestro país firmara el Acuerdo de San José -en virtud del cual debíamos empezar el 1ro. de enero a recibir diariamente 14 mil barriles de crudo mexicano y 14 mil del reconstituido venezolano en vez de los 28 mil del último que nos vendía Venezuela—, el hecho de firmar un acuerdo con dos países que habían sido visitados por el presidente de la República para negociar ese acuerdo y pedir después que no se pusiera en vigor, demuestra que el Gobierno dominicano no tiene idea de lo que significa la firma de un jefe de Estado o de los que legítimamente lo representan al pie de un documento que lo compromete con otros Estados; y esa ignorancia de lo que es una obligación a nivel de Estados contraída sin que hayan mediado presiones de ninguna especie sólo se explica si aceptamos que los hombres de Estado que actúan así no forman parte de una clase gobernante.

¿Cuánto tiempo necesita una clase dominante para

convertirse en clase gobernante?

No lo sabemos, pero la velocidad a que marcha hoy la historia hace difícil que la clase dominante dominicana pueda convertirse en clase gobernante antes de que le toque desaparecer por desaparición del sistema que le ha dado vida.

4 de enero de 1981.

APARIENCIAS Y SUSTANCIA DEL CAPITALISMO EN LA REPÚBLICA
DOMINICANA*

El hecho de que en la lengua del Pueblo se le llame capital al dinero ha dado origen, al menos en la República Dominicana, a la idea que tiene mucha gente, algunas de ellas no precisamente incultas, de que la existencia del dinero en un país dado y en una época dada marca el inicio en ese país del modo de producción capitalista, lo que se explica porque donde circula dinero hay ya un desarrollo económico relativamente complejo que confunde a personas no preparadas para conocer los secretos de la ciencia que llamamos Economía Política.

Si nos limitamos al ejemplo de Europa hallamos que en algunos lugares de ese continente había dinero metálico hace 4 mil años, si bien no era todavía el dinero acuñado o en monedas que conocemos hoy, y en un pequeño Estado de Asia Menor donde iba a nacer Creso, al que se le atribuye haber sido uno de los grandes potentados de la antigüedad, se acuñaron monedas hace 2 mil 500 años.

Esos son datos muy concretos que nos autorizan a negar la creencia de que la circulación de dinero signifique capitalismo, pero hay otros. Jenofonte, que murió hace más de 2 mil 300 años, decía, en lo que fue el último de sus trabajos de escritor que podría ser calificado de ensayista, que cuantos

* *Política, teoría y acción*, Año II, N° 15, Santo Domingo, Órgano del Comité Central del PLD, marzo de 1981, pp.1-3.

“más extranjeros vayan y vengan entre nosotros, más aumentarán las importaciones y las exportaciones, las compras y las ventas, los salarios acordados y los impuestos a percibir” (en *Las Rentas del Atica*, Editorial Iberia, Barcelona. 1965, Volumen II, página 294).

Ese párrafo del autor de *Anábasis* parece describir de manera breve pero aguda un centro comercial muy parecido a los que se conocen en varios países del llamado Tercer Mundo menciona la moneda, pero la presencia de ese agente de cambio está implícita en la descripción cuando se habla de importaciones y exportaciones, de compras y ventas, de salarios y de impuestos. En otros párrafos de la misma obra Jenofonte explica cómo funcionaba en Grecia lo que muchos siglos después iba a ser bautizado en Europa con el nombre “ley de la oferta y de la demanda”. Decía él que “cuando hay vino y trigo en abundancia, estos productos se mantienen a un precio ínfimo. Y disgustados de un cultivo infructuoso (la mayoría de los dueños de esos cultivos) abandónanlos... para abrazar el comercio, abrir tabernas o dedicarse a la usura (págs. 295-6), palabras que parecen estar refiriéndose a situaciones conocidas de todos nosotros. Digamos estos conceptos tal como nos los transmite Jenofonte (página 297): Al llegar el oro a ser común baja de precio y hace subir la plata”; y refiriéndose a la producción de plata menciona a Nicias, que tenía mil hombres trabajando en las minas de ese metal, “y que se los contrataba el tracio Sosías mediante (el pago de) un óbolo neto por hombre y por día” (página 298). Lo descrito en esas líneas no tiene nada que ver con el capitalismo, pero los que creen conocer el modo de producción capitalista por sus apariencias y no han llegado a penetrar en su sustancia pensarán que donde había un Nicias y un Sosías y mil personas trabajando para el primero por un jornal de un óbolo diario tenía que haber necesariamente capitalismo, y capitalismo desarrollado porque la empresa de

Nicias usaba el trabajo de mil operarios.

Pero esos hombres que Nicias empleaba no eran obreros sino esclavos, y quien cobraba un óbolo al día por cada uno de ellos era el tracio Sosías, que seguramente los compraba en los campos de batalla donde habían caído prisioneros. El modo de producción de Grecia, como el de Roma, era el esclavista, y aunque circulara la moneda y se pagaran salarios y se hiciera comercio doméstico o, como decimos hoy, nacional, y comercio exterior, como se hacen en el capitalismo, aquello no era capitalismo ni podía serlo porque faltaban varios siglos para que la humanidad estuviera en capacidad de organizarse en un modo de producción tan complejo como es el capitalismo.

Antes de llegar al capitalismo, Europa vería agotarse el modo de producción esclavista en su modelo romano y vería formarse el modo de producción feudal que empezó en el siglo VI de nuestra era con características de feudalismo rural, cuya duración se prolongó tres siglos, y tras un siglo de transición aparecería el feudalismo urbano, en el cual, como en el esclavismo, circulaban monedas, se hacía comercio interno y externo, y como parte de ese comercio externo se celebraban ferias en las que participaban los comerciantes de muchos países.

Por cierto, que en esas ferias se vendían y se compraban monedas, y de las bancas y banquetas que usaban los negociantes de monedas salió el nombre de banco que le damos hoy a un establecimiento financiero. A las ferias de la Champaña, que eran seis anuales, concurrían comerciantes de varios lugares de Europa que llegaban con las monedas de sus países, y las operaciones de cambiarlas eran numerosísimas y además muy provechosas. Fue en esas ferias de la Champaña donde aparecieron los documentos llamados hoy letras de cambio o pagarés que se cruzaban comerciantes de diferentes nacionalidades, de cuya existencia en los años iniciales de la República Dominicana no hay pruebas. Según han dicho

JUAN BOSCH

historiadores autorizados, de las ferias de la Champaña salieron los fundamentos del crédito moderno, y sin embargo todavía se estaba lejos capitalismo, si bien ya se hallaba en proceso de formación la clase que iba a dirigir el establecimiento de ese nuevo modo de producción; y nos referimos a la burguesía.

Antes del siglo XIV de nuestra era había habido circulación de monedas, comercio interno y externo, creación de un sistema de contabilidad por partida doble, pago de dinero a cambio de trabajo, y habían aparecido los documentos de pago que iban a facilitar enormemente las operaciones comerciales. En resumen, desde hacía miles de años en diferentes lugares de Europa se habían estado echando las bases de lo que los inventores del capitalismo necesitarían para establecer ese modo de producción, que comenzó a actuar en forma de capitalismo mercantil en el siglo XVI, unos setenta años después de haber sido descubierta la América de la cual somos parte. Sin esas bases que le dieron apoyo habría sido imposible montar las piezas que iban a formar el modo de producción llamado capitalista.

Que a un hachador de árboles dominicano de la primera mitad del siglo pasado se le pagara su trabajo no significaba que en este país estuviera funcionando entonces el capitalismo, no importa que esos troncos de árboles se destinaran a ser vendidos en Europa. El corte, la extracción o arrastre y la exportación de troncos maderables tal como se hacía en nuestra tierra para esa época era una actividad típicamente precapitalista, y por tanto no capitalista. Para que hubiera sido capitalista habría hecho falta que al llevarla a cabo se cumplieran dos condiciones que para entonces no se daban República Dominicana; la primera de ellas era la existencia de dos clases contrapuestas y sin embargo unidas por una forma de contrato en virtud del cual una de ellas era dueña de los bienes de producción y por tanto de lo que se

produjera como fruto de ese contrato, y la otra era dueña nada más de su fuerza de trabajo, y esa fuerza de trabajo se la vendía a la primera a cambio de equis cantidad de dinero que en el caso de los cortadores de madera dominicanos de 1825 ó 1840 no constituía salario porque se trataba de un pago circunstancial, no permanente; y la otra condición era la producción de plusvalía, de la que se apropiaban los dueños de los bienes de producción, y la plusvalía no es un simple beneficio que se obtiene en un negocio, que beneficio de ese tipo era el que obtenía Nicias con el trabajo de los esclavos en la Grecia de la antigüedad y el que obtenían los mercaderes medievales que tomaban parte en las ferias de la Champaña.

La plusvalía es la única forma de beneficio que puede transformarse en capital, y para que sea capaz de cumplir esa transformación, la plusvalía tiene que llenar ciertas condiciones sin las cuales sería algún tipo de beneficio, pero no propiamente plusvalía.

15 de marzo de 1981.

Hay sociólogos que no nos perdonan haber dicho que la pequeña burguesía dominicana tiene cinco capas: la alta, la mediana, la baja, la baja pobre y la baja muy pobre. No nos perdonan esa clasificación porque nadie la había hecho antes que nosotros, como si los conceptos hubieran brotado de la Tierra cuando todavía no estaba poblada de seres humanos; como si no fuera el hombre el que ha producido los conceptos, razón por la cual lo único que se necesita para que un concepto tenga validez es que se apoye en la realidad; y la realidad social dominicana está a la vista de todo el que quiera estudiarla.

Pero conviene aclarar que la realidad social dominicana no es un caso aislado; al contrario, sus líneas generales corresponden a la de cualquier país de los que llamamos del Tercer Mundo o de capitalismo tardío, en los cuales las estructuras sociales han sido el fruto natural de un desarrollo económico distorsionado, que se ha ido estableciendo a saltos y además por asaltos.

En los países de capitalismo tardío las clases antagónicas o son o equivalen a las dos clásicas en Europa: burguesía y proletariado. Y decimos “o son o equivalen a las dos clásicas” porque en aquellos donde el capitalismo, aun siendo tardío, ha alcanzado una expansión y una profundidad apreciables hay ya una burguesía desde el punto de vista socio-económico aunque no desde el político, y donde hay burguesía hay proletariado, y viceversa; pero en la República Dominicana del siglo pasado y de parte de este siglo lo que había era una pequeña burguesía comercial alta y mediana y una oligarquía terrateniente —a veces el comerciante era a la vez terrateniente—, y como no había una burguesía no podía haber un proletariado, de manera que el antagonismo se daba entre la alta y la mediana pequeña burguesía y las capas más bajas de este mismo sector social.

Cuáles eran esas capas más bajas?

La baja propiamente dicha, la baja pobre y la baja muy pobre. Los sociólogos del mundo capitalista agrupan a todo ese conjunto de capas en un montón denominado el de los marginados, palabra que no tiene sentido cuando se usa en una ciencia como la Sociología, porque no es ni puede ser cierto que millones y millones de personas que no viven en países socialistas pueden vivir o están viviendo al margen de la sociedad capitalista, lo que equivaldría a decir que viven fuera de las relaciones de producción y por tanto también del mercado consumidor. En realidad, llamar marginados a esos muchos millones de seres humanos es una manera de esconder su existencia de explotados, condición que no debe denunciarse para que esos explotados no hagan conciencia de su situación y por tanto no se sumen al proletariado en la lucha contra el sistema que los explota.

Oscar Lewis, sociólogo norteamericano, intentó disfrazar la situación de esos explotados metiéndolos dentro de un saco que envolvió en un mar de confusiones denominado *cultura de la pobreza* y describiendo su vida en el libro que tituló *Los hijos de Sánchez*. La descripción era fiel; lo que carecía de legitimidad era la clasificación, o para decirlo de manera más correcta, la falta de clasificación que dentro de la sociedad mexicana, típica de un país de capitalismo tardío, les correspondía a los millones de hombres y mujeres de México que vivían en la misma situación que los hijos de Sánchez.

Marx no calificó a las capas más bajas de la pequeña burguesía, entre otras razones porque él no conocía el tipo de sociedad que el capitalismo tardío ha producido; pero a su mirada de águila no escapó la existencia de algunos casos que no tenían cabida ni entre los burgueses ni entre los proletarios de Europa. De esos casos se ocupa él en uno de los cua-

dernos de notas publicados en español por la Editorial Ciencias Sociales de La Habana, Cuba (1978) con el subtítulo de *El trabajo de los artesanos y los campesinos en la sociedad capitalista* que figura en las páginas 330 y siguientes del tomo I de *Teorías de la plusvalía*.

Al iniciar el tema correspondiente a ese título Marx pregunta: “¿Y en qué caso se hallan los artesanos o campesinos que trabajan solos y no producen, por tanto, como capitalistas?”. Y a seguidas se responde: “puede ocurrir como acontece siempre con el campesino (aunque no es ése el caso del jardinero que trabaja a domicilio), que sean *productores de mercancías, las cuales venden...* Para nosotros esos productores serán vendedores de mercancías y no vendedores de trabajo; su situación no tiene, por tanto, relación con el intercambio del capital ni por consiguiente, con la distinción *de trabajo productivo e improductivo...* Aun si producen mercancías, estos trabajadores no son productivos ni improductivos, pues su producción no entra dentro del tipo de producción capitalista”.

De acuerdo con Marx, no son capitalistas porque lo que producen “no entran dentro del tipo de producción capitalista”; pero está o debe estar claro que tampoco son obreros porque no le venden su fuerza de trabajo a un capitalista.

Entonces, ¿qué son?

Esta pregunta demanda una respuesta, sobre todo si la hace una persona de un país de capitalismo tardío en cuya población forman mayoría los hombres y las mujeres socialmente semejantes a los que describe Marx en los párrafos que hemos copiado.

Si no son capitalistas ni son obreros, y sin embargo producen algo o venden algo que ellos no producen pero que compran con el propósito de venderlo, ¿dónde los situamos?, ¿en qué grupo social?

Desde luego, no puede ser en esa invención de los *marginados*. Marx dice que “dentro del tipo de producción capitalista el campesino independiente y el artesano aparecen incluso desdoblados cada uno de ellos en dos personas distintas”, y no puede haber duda de que se refiere al campesino que es propietario pero no explota trabajo ajeno, puesto que habla de un campesino “considerado como propietario de los medios de producción” y dice que desde ese punto de vista tal campesino “es un capitalista”, y que “considerado como obrero, es su propio asalariado”.

¿Podríamos situar a ese campesino en el lote de los burgueses y al mismo tiempo en el de los proletarios?

De ninguna manera; pero sí tiene cabida en cualquiera de las capas bajas de la pequeña burguesía —la baja, la baja pobre y la baja muy pobre— que proliferan en los países de capitalismo tardío. Tendría que ser en esas capas, que no explotan de manera directa trabajo ajeno porque los que figuran en ellas son a la vez capitalistas y sus asalariados; y nunca en las capas alta y mediana, que en todos los casos de trabajo productivo compran fuerza de trabajo.

La realidad social dominicana —como la de Colombia, la de Perú, la de Brasil; la de cualquier país del Tercer Mundo— está a la vista de quien quiera analizarla, y el que la analice hallará en ella muchas, muchísimas gentes que ni son capitalistas ni son obreros, y además un número alto de

personas que son al mismo tiempo, como dice Marx “su propio capitalista y su propio obrero asalariado”, duplicidad que se engendra en el hecho de que esa persona “es propietaria de los medios con los cuales trabaja”.

Marx explica tal situación de la siguiente manera:

“En los casos referidos, el productor, el obrero, es poseedor, propietario de sus medios de producción. Estos no constituyen capital, ni él es tampoco asalariado. A pesar de eso, se consideran como capital; y el obrero, dividido en dos, es un capitalista que se explota a sí mismo como asalariado”.

Ese capitalista que se explota a sí mismo abunda en el Tercer Mundo; lo tenemos a montones en la República Dominicana y lo hay a montones en Indonesia o en Marruecos. Ideológicamente, lo mismo el capitalista que el obrero de uno de esos países que conviven en una misma persona son burgueses; su aspiración es enriquecerse, y tan pronto como es posible hacerlo porque ha habido cierta acumulación de capital, el asalariado desaparece en la figura del capitalista y es sustituido por otra persona que le vende a ese capitalista su fuerza de trabajo; y ahí comienza una nueva etapa en la vida de ese capitalista en estado naciente que de semilla de burgués ha pasado a ser parte de la burguesía, tal vez en el nivel de la mediana pequeña burguesía comercial, del cual pasará luego al nivel inmediatamente superior —la alta pequeña burguesía— y de ahí a la burguesía propiamente dicha.

Si ese capitalista-proletario vendía plátanos en una carretilla y después pasó a tener dos o tres y cinco carretillas que ponía en manos de otros tantos proletarios, y de ahí saltó a tener un triciclo y luego una pequeña camioneta y más tarde un camión y ahora tiene tres camiones que traen plátanos

de Salcedo o de Vicente Noble, ¿cómo podríamos explicar su paso a la alta pequeña burguesía comercial si el punto de partida no estuviera en la baja pequeña burguesía muy pobre? ¿De qué medios hay que valerse, y en qué forma usarlos, para pasar de marginado a mediano o alto pequeño burgués?

En estas líneas hemos hablado del caso de los pequeños burgueses de las capas más bajas que actúan dentro de lo que Marx llamó trabajo productivo, porque hay gente que hace trabajos no productivos, esto es, que no producen mercancías y por tanto no generan plusvalía. ¿Pero donde situaremos a los hijos de esos bajos pequeños burgueses que no hacen ni trabajo productivo ni no productivo porque no trabajan, como es el caso de los muchos millares de jóvenes que estudian en las universidades dominicanas?

La pregunta es pertinente porque la abundancia de pequeños burgueses de las tres capas bajas que tenemos en el país refleja en la existencia de muchos miles de universitarios que son, subjetivamente, el capital con que cuentan sus familias para salir de los niveles en que viven. Gracias al título que cada uno de ellos conquistará en la universidad, toda su familia ascenderá socialmente en la misma medida en que el hijo ascienda en el campo económico.

Por esa razón hay un vínculo de acero entre el hijo y los padres; un vínculo que no es meramente el del sentimiento paternal o filial sino clasista aunque de orden subjetivo. Y por eso podemos decir que en el caso de los pequeños burgueses dominicanos de las capas más bajas, hay que atribuirles a los hijos la posición clasista de los padres, por lo menos mientras vivan en el mismo núcleo familiar.

6 de abril de 1981.

LA PEQUEÑA BURGUESIA Y EL PROGRAMA SOCIALISTA

La casi totalidad de los llamados marxistas-leninistas dominicanos son pequeños burgueses, y la mayoría de ellos proceden de las tres capas más bajas de la pequeña burguesía.

El origen social no determina necesariamente una posición política y mucho menos una definición ideológica; pero cuando la última se basa nada más en razones emocionales y no se afirma en la práctica diaria, en el estudio, en el aprendizaje y el hábito de razonar que se adquieren en el trabajo político colectivo, la persona que adopta una definición ideológica, sobre todo si se trata de marxismo, alimenta esa definición con sentimientos e impulsos emocionales propios de su condición social, que están divorciados casi siempre del marxismo.

De esos sentimientos e impulsos el más vigoroso es el que empuja a los pequeños burgueses de las capas baja, baja pobre y baja muy pobre a destacarse socialmente; a escalar, en competencia con sus compañeros, alturas que lo distinguen en los grupos u organizaciones a los cuales pertenecen. Algunas veces la vía para lograr los propósitos de distinguirse es el ejercicio del terrorismo, pero con frecuencia es la de pavonearse en los círculos de los llamados revolucionarios luciendo un título de nobleza que no conocieron los

JUAN BOSCH

señores feudales: el de marxistas-leninistas. En estos casos lo que persiguen esos bajos pequeños burgueses no es actuar como marxistas-leninistas sino que se sepa que ellos lo son, pues lo que les da prestigio entre sus amigos y compañeros no es *ser* sino *parecer* lo que dicen que son.

En nuestro país no son pocos los izquierdistas emocionales que buscan de esa manera una notoriedad que los lleva a satisfacer una necesidad característicamente pequeño burguesa, que es la de darse a conocer del medio en que se desenvuelven; pero lo que llama la atención es que por ese camino se hayan dejado llevar varias organizaciones políticas de izquierda por ejemplo, la mayoría de las que se aferran a la tesis de que los partidos marxistas-leninistas que van a terciar en las elecciones generales de 1982 deben hacerlo llevando un programa socialista.

Si alguna de esas agrupaciones creyera que en las elecciones de este año va a sacar un diputado, se explicaría que quisiera vincular desde antes de la elección a ese posible representante suyo con un programa que deberá defender y sostener en la cámara de Diputados; pero todas ellas saben que ni una de ellas ni todas juntas podrán elegir a un miembro del poder legislativo.

¿Para qué, entonces, va a servir el programa socialista?

Para que el Pueblo identifique como marxistas a sus autores, y al parecer también para educar a las masas, lo que indica que quienes dirigen a esos grupos no tienen idea de cuál es la realidad social dominicana.

Lenín se refirió varias veces, de manera especial en los años de su gobierno, a la pequeña burguesía rusa de la cual dijo en más de una ocasión que en relación con el resto de la población de su país era numéricamente mayoritaria, pero esa pequeña burguesía rusa era productiva, detalle muy importante porque él marca la diferencia entre los pequeños

burgueses de la Rusia de 1920 y los de la República Dominicana de 1982. Los de nuestro país forman también, y de manera abrumadora, la mayoría de la población, pero dentro de esa mayoría hay tres capas que en términos de cantidad sobrepasan con mucho al resto de la pequeña burguesía; son los bajos pequeños burgueses, los bajos pobres y los muy pobres, entre los cuales los productivos son contados, y su número más alto está en los campos mal sosteniéndose con los escasos frutos que sacan de tres o cinco tareas de tierra que a veces son tan pobres como los hombres que las trabajan.

De la millonaria multitud de campesinos pobres del país salen los cientos de miles de hombres y mujeres que año por año van a establecerse en las ciudades más importantes; y resulta que todos ellos, por razones que tienen su explicación en sus condiciones materiales de existencia, son ideológicamente burgueses, y burgueses capaces de matar por esa posición. De esa masa salen los policías y los soldados así como los militantes de partidos como el PRD, el Reformista, el PQD. Con excepción de los muy pocos que se adhieren a organizaciones marxistas-leninistas, a ninguno de ellos le importa para nada qué cosa diga o deje de decir el programa electoral de un partido, cualquiera que sea, pero si se les habla de un programa socialista y se les dice que deben votar por él, creerán que quien les hace una proposición como ésa está burlándose de ellos o es un loco, porque de no ser así, ¿cómo se le ocurre pensar que ellos le darían su voto a un partido comunista?

El bajo pequeño burgués pobre y muy pobre dominicano no vota como lo hace un pequeño burgués francés, italiano o español. El nuestro transforma su voto en una inversión cuya existencia y valor conoce bien, cree él, y lo cree a toda fe, en el candidato presidencial del partido por el cual ha votado.

Ese voto representa en su imaginación, y sobre todo en sus esperanzas, un vínculo poderoso entre él y el candidato; más aún, el bajo pequeño burgués, el bajo pobre y el muy pobre cree que el candidato le atribuye a su voto el poder decisivo en las elecciones; cree, por tanto, que es él, únicamente él y nadie más que él, quien hace presidente de la República al candidato por quien votó; pero además está convencido de que el candidato está creyendo también eso.

El autor de este artículo sabe lo que dice por experiencia propia, no ajena. Habiendo sido elegido en diciembre de 1962 jefe del Estado, no tardó en hacerse cargo de que un número muy alto de miembros de la pequeña burguesía dominicana pensaba que fue el voto de cada uno de ellos el que determinó su elección, y también cada uno de ellos pretendía que se le retribuyera inmediatamente la parte de bienes materiales que correspondían a ese voto.

¿A quién se le ocurre pensar que una masa de electores que tiene tal creencia va a apoyar un programa socialista?

30 de enero de 1982.

CONCIENCIA POLÍTICA Y PROGRAMA SOCIALISTA

La existencia de la pequeña burguesía rusa, y sobre todo su número tan alto en relación con los demás habitantes de Rusia, preocupaba a Lenín cuando ya era jefe del Gobierno revolucionario, porque ese conjunto de capas sociales reproducía constantemente, como lo habían dicho Marx y Engels, y la reproducían por cierto de manera muy activa, a la clase que la Revolución Rusa se proponía aniquilar, esto es, a la burguesía.

¿Qué quería decir eso de reproducir a la burguesía?

Quería decir que los pequeños burgueses rusos aspiraban a ser burgueses, a vivir como ellos, a hacer lo que hacían ellos, para lo cual era necesario que pensaran y sintieran como esos modelos a quienes imitaban de manera tan apasionada que los sustituían en todo hasta inconscientemente. Como la mayoría de los marxistas-leninistas dominicanos no han estudiado ni a Marx ni a Lenín, no se han dado cuenta de la atención que uno y otro ponían en la existencia de la pequeña burguesía, el uno en la de todos los países y el otro en la de Rusia; pero, cosa más importante que ésa, no se han dedicado a estudiar las características de la pequeña burguesía dominicana, que es tan abundante, en relación con la población del país, como lo era la rusa, y mucho más compleja que la rusa debido

* *Manguardia del Pueblo*, Año VIII, N° 331, Santo Domingo, Órgano del PLD, 17 de febrero de 1982, p.4.

JUAN BOSCH

A que en la dominicana hay capas que no se conocieron en Rusia, y sin embargo todas las capas reproducen a la burguesía y no ya a la nacional sino a la que tienen como modelo y pretenden imitar en todo a los pequeños burgueses criollos, y manera más vehemente los que pertenecen a las capas más bajas de nuestra pequeña burguesía.

El modelo de los bajos pequeños burgueses nuestros, incluyendo a los bajos pobres y los bajos muy pobres, es la burguesía norteamericana, cuyos automóviles quieren usar, cuyo nivel de vida quieren reproducir en todos los terrenos. Ese modelo se les presenta a través de los medios de comunicación de masas, de manera especial la televisión, el cine y la prensa escrita, sobre todo con sus secciones dedicadas a la publicidad, en las cuales aparecen mujeres y hombres elegantes vistiendo y comiendo y divirtiéndose con lo mejor de lo mejor. Esa publicidad vende Coca Cola, trajes, casas, muebles, pero también vende ideología, la ideología burguesa en sus esencias más atractivas, porque cuando se admira tanto un tipo dado de vida, los admiradores quedan adheridos de manera automática al sistema político y social que se ha establecido en los lugares o países donde está más avanzado y extendido.

Ese tipo de vida a la norteamericana se refleja en la República Dominicana no sólo en los medios de comunicación social sino además en tiendas, supermercados, barrios de lujo, grandes restaurantes, sitios por los cuales pasan a diario miles de pequeños burgueses de las capas más bajas; pero sobre todo lo hallamos en la atmósfera ideológica en que viven los dominicanos.

Con la excepción de unos pocos miles de pequeños burgueses de inclinaciones revolucionarias que hay en el país, entre los cuales figuran miembros de las dos capas superiores de la pequeña burguesía —la mediana y la alta—, puede decirse sin temor a caer en error que la gran masa pequeño burguesa

dominicana es ideológicamente burguesa, y eso lo demuestra la presencia abrumadoramente mayoritaria de esa masa en partidos como el Reformista, el PRD, el Social Cristiano*, el PQD.

La atmósfera ideológica burguesa a que nos hemos referido hace un momento es mucho más pesada cuanto más se descienda en el orden de las capas de la pequeña burguesía. En las capas altas y medianas podemos hallar fanáticos de derechas, pero son contados; entre los bajos pequeños burgueses pobres y los muy pobres se cuentan por muchos miles los que son o han sido soldados, policías y agentes secretos, y por cientos de miles de miembros y simpatizantes de partidos como los que hemos mencionado al final del párrafo anterior, todos los cuales son agencias políticas del sistema capitalista. En total, las masas de esos partidos están formadas por más de dos millones de personas, esto es, una gran mayoría de la población adulta del país.

Hasta ahora hemos estado refiriéndonos en este artículo a la pequeña burguesía nacional, y como es natural, los dirigentes de los grupos y partidos marxistas-leninistas dirán que a ellos no les interesa lo que sean o dejen de ser los pequeños burgueses dominicanos; que ellos luchan en favor del proletariado. Pero sucede que los trabajadores dominicanos, esos a quienes llamamos obreros, son casi en su totalidad, en el orden ideológico, pequeños burgueses de las capas más bajas. No conocemos ni hemos conocido un obrero, uno solo, que se proponga para sus hijos un destino proletario; todos quieren que los hijos sean profesionales universitarios.

Naturalmente, que si al obrero dominicano le falta conciencia de clase, es deber de los marxistas darle esa conciencia, transmitirle la ideología propia de su clase; pero eso no puede hacerse mediante un programa de gobierno socialista, llamado a tener una vida de cuatro meses, y sobre todo que será puesto

en circulación en los días en que estarán más excitados los ánimos de la pequeña burguesía por el entusiasmo que genera en ella una campaña electoral, y esa excitación es promovida y sostenida en el orden ideológico por todos los medios que tienen en sus manos los partidos de la burguesía.

Hablando de los problemas del comunismo inglés, Lenin decía, en *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, que “si no se produce un cambio en las opiniones de la mayoría de la clase obrera, la revolución es imposible, y ese cambio se consigue a través de la experiencia política de las masas, nunca con la propaganda sola”. Y efectivamente, la propaganda produce conocimientos, pero no experiencias. La experiencia es un producto de la vida, no de las palabras de unos cuantos oradores ni de las que aparecen escritas en programas de gobierno, en folletos, en libros.

Pretender que con propaganda pueden ser convertidos los trabajadores dominicanos en marxistas es un error que sólo se explica porque los líderes de la izquierda del país, o la mayoría de ellos, creen que la publicidad que el capitalismo usa para vender desde Coca Cola hasta la ideología burguesa tiene un don mágico que sirve también para transformar la conciencia de los obreros.

1ro. de febrero de 1982.

¿CUANDO PASA UNA CLASE A SER GOBERNANTE?*

I

El periodista Eugenio Bueno, que publica en *El Sol* una columna titulada “Breverías”, dijo en días pasados que nuestra tesis de que en la República Dominicana no hay todavía una clase gobernante debe aplicársele también a Estados Unidos porque según él “allí es corriente y normal que millonarios, inclusive familias enteras, se dediquen a la política”, y explica que “los casos Kennedy y Rockefeller son muy famosos como para no ser conocidos, y por tanto, en su opinión no debe negárseles a los hombres de empresas de nuestro país el derecho de ser políticos.

Esos argumentos indican que el autor de “Breverías” cree que millonarios y empresarios son palabras equivalentes, y no lo son. Una persona puede ser millonaria y no tener o dirigir ninguna empresa, como ha sido el caso de los hermanos Kennedy y de los Rockefeller, pero además una persona puede ser político profesional sin que sea a la vez miembro de la clase gobernante de su país aunque se halle al servicio de esa clase gobernante, caso que se da, por ejemplo, en la República Dominicana.

En los Estados Unidos sí hay una clase gobernante, y nada lo demuestra mejor que el hecho de que algunos miembros de esa clase nacidos millonarios y archimillonarios, en vez de dedicarse a dirigir empresas de las cuales son accionistas, y a menudo grandes accionistas que han heredado esas acciones, se han dedicado a ser políticos, tal como ocurrió en los casos de los tres hermanos Kennedy, John F., Edward y Robert, y de los hermanos Rockefeller, Nelson Aldrich y Winthrop, y como lo demuestra el hecho de que todo empresario o alto funcionario -ejecutivo— de empresas que pasa a servirle al Gobierno en cargos públicos debe renunciar a mantener relaciones económicas con su empresa o con aquella en la cual había trabajado durante el tiempo en que desempeñe sus funciones

I al XX, en *Vanguardia del Pueblo*, Año VII, N° 302/ 305-327, Santo Domingo, Órgano del PLD, del 29 de julio de 1981/ 19 de agosto de 1981 al 20 de enero de 1982, p.4.

en el aparato del Estado, y violar ese principio es un delito que se castiga con sanciones penales.

Debemos advertir que por el solo hecho de ser millonarios dueños de acciones de empresas grandes o medianas, los hermanos Kennedy y los hermanos Rockefeller eran, antes de dedicarse a la actividad política, miembros de la clase dominante norteamericana, y esa clase dominante se había convertido en clase gobernante mucho tiempo antes de que ellos nacieran; de manera que desde el momento mismo de su nacimiento ellos eran miembros de la clase gobernante de su país. Téngase esto presente, porque el periodista Eugenio Bueno parece haber entendido que los hermanos Kennedy y los hermanos Rockefeller habían pasado a ser miembros de la clase gobernante a partir del momento en que se dedicaron a la actividad política.

Ser miembro de la clase gobernante no significa ser político profesional. Se es miembro de la clase gobernante de un país sin que sea obligatorio ni necesario desempeñar tareas políticas de por vida o durante una parte de la vida, y en sentido opuesto, abundan las gentes que se dedican a *la* actividad política como profesional o manera de vivir sin que pertenezcan a la clase gobernante, cosa que sucede sobre todo en países de capitalismo tardío como son los del Tercer Mundo, donde generalmente los políticos son pequeños burgueses, el mayor número de ellos provenientes de las capas más bajas de la pequeña burguesía.

Ser miembros de la clase gobernante no significa que se es, o se tiene que ser, funcionario del Gobierno. La clase gobernante no necesita desempeñar los puestos públicos para retener bajo su control el poder del Estado. Para eso le basta con que el Estado le sirva a ella y sólo a ella, nunca a las clases que ella explota o que ella tiene sometidas a su autoridad, y consigue y retiene el control del Estado porque ha conseguido poner a su servicio los instrumentos políticos que manejan el

aparato del Estado, entre los cuales están, en primer lugar, las fuerzas llamadas del orden público (ejército, policía, servicios secretos), en segundo lugar los partidos políticos y en tercer lugar todas las instituciones sociales que aparentemente no tienen nada que ver con la política, como son los grupos religiosos, los medios de comunicación de masas, los establecimientos de enseñanza y los económicos. Teniendo a su servicio los partidos políticos quedan bajo su control las diferentes ramas del Gobierno, esto es, el Poder Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, no importa cuáles de esos partidos ganen las elecciones, puesto que los candidatos a presidentes de la República y a senadores y diputados son escogidos por los partidos y los senadores eligen a los miembros del poder Judicial, al menos en la República Dominicana.

Más aún (y hemos hecho un punto y aparte para decir esto a fin de que quede claro en la mente del lector), la clase dominante sólo se convierte en clase gobernante cuando ha logrado el dominio de todas esas fuerzas sin las cuales no podría mantener el control del poder del Estado, y es ese control, ese y ningún otro, el que le da la categoría de clase gobernante.

La clase gobernante se va formando a lo largo de un proceso que puede durar mucho tiempo, como ha sido el caso de la República Dominicana. En los diecisiete años de la Primera República —de 1844 a 1861— la lucha de la pequeña burguesía comercial contra los hateros por el control del Estado condujo el país a la Anexión porque los hateros, cuyo jefe político y militar era Pedro Santana, prefirieron la disolución de la República y su retorno a la condición de colonia antes que aceptar el establecimiento de un Estado burgués, que era lo que se proponía la pequeña burguesía comercial, y de manera especial la que se oponía a Báez y acabó aliándose con los hateros. Esa alianza fue determinante en el paso hacia la Anexión, pues gracias a ella Pedro Santana recuperó el poder y desde el poder negoció la entrega del país a España.

En esos diecisiete años la clase económica y socialmente dominante fue la hatera, y había pasado a ser dominante también en el orden militar desde los primeros días de julio de 1844. El dominio de la fuerza armada del nuevo Estado que quedó formado a partir del 27 de Febrero determinó el paso de los hateros de clase dominante a clase gobernante, pues la toma del poder militar les facilitó la conquista del poder político que era lo que les faltaba para organizar el Estado a su gusto y medida. Debemos advertir, sin embargo, que la condición de clase gobernante no les daba a los hateros el control absoluto de la sociedad dominicana, lo que se explica por la debilidad estructural de esa sociedad debido a que sus grupos más avanzados eran los y medianos pequeños burgueses comerciantes que se movían en un medio sumamente atrasado. Los hateros no pudieron evitar el fortalecimiento de esa pequeña burguesía comercial y las consecuencias de tal fortalecimiento fueron las luchas contra el poder hatero que iban a desembocar en la solicitud de anexión a España hecha

por el Gobierno de Pedro Santana.

La Anexión fue el canto de cisne de los hateros, una clase que se hallaba para 1861 en extinción, y fue al mismo tiempo un revulsivo para las diferentes capas de la pequeña burguesía que se lanzaron a la guerra y tuvieron la capacidad necesaria para derrotar el poder militar español pero no podían convertirse en clase gobernante porque ninguna de esas capas llegó a ser la clase dominante en lo social, en lo económico y en lo militar a la vez, y no podían serlo todas juntas debido a que la lucha a muerte que había entre ellas les impedía unirse.

Pasada la guerra de la Restauración, Buenaventura Báez, que se había convertido en el líder de las capas más bajas de la pequeña burguesía, sustituyó durante doce años a la clase gobernante que no se había formado después de la extinción de la hatera, pero la sustituyó no en forma sostenida sino a saltos, tal como lo habían hecho los hateros en los años de la sociedad dominicana no tenía las estructuras indispensables para que se estabilizara en el país una clase gobernante o el hombre y su equipo humano que la sustituyeran.

Espailat, Luperón, González, Guillermo, Meriño: ninguno de esos jefes de gobiernos pudo sustituir a la clase gobernante que no se había formado. Quien lo haría sería Ulises Heureaux, que se apoyaba a la vez en los contados burgueses mercantiles nacionales y extranjeros que había en la Capital, Santiago y Puerto Plata, en las capas bajas de la pequeña burguesía y en algunos medianos y altos pequeños burgueses. Sin representar a una clase dominante como había sido el caso de Pedro Santana, Heureaux se convirtió en el jefe militar del país en los días en que se iniciaba el desarrollo del capitalismo con la instalación de ingenios de azúcar, un proceso del cual se aprovecharía Heureaux para mantenerse durante diecisiete años como sustituto de la clase gobernante que no se había formado todavía al terminar el siglo pasado.

¿Cuál era la clase económica y socialmente dominante en años de Heureaux?

Debía ser la de los capitalistas azucareros, pero muy pocos de ellos eran dominicanos. En su defecto debió ser la de los comerciantes que habían escalado el nivel de los burgueses, pero entre ellos los dominicanos eran pocos, y esos pocos, lo mismo que los extranjeros, vivían aplastados por el terror lilisista.

Los grandes terratenientes y ganaderos o los que cosechaban café y cacao en cantidades importantes —pues los había que cosechaban cantidades pequeñas— no tenían la coherencia social que se requería para formar una clase. Y por último, los capitalistas azucareros, los burgueses comerciales, los terratenientes ganaderos y los productores de cacao y café formaban algo así como islas de poder dispersas en medio de una socie- que venía generando cambios importantes desde que terminó la guerra de la Restauración pero que todavía no había creado las estructuras sobre las cuales pudieran desarrollarse de manera normal los elementos que se requerían para que se formara una clase, o un frente de clases dominante. Fue a esa dispersión, a ese aislamiento social a lo que se debió el hecho de que la eliminación de Heureaux no fuera la obra de una clase sino la de una conjura de comerciantes y agricultores pertenecientes a la alta y la mediana pequeña burguesía de una ciudad de cuarta o quinta categoría, lo que equivale a decir que desde el punto de vista objetivo estuvo más cerca de ser una avenura que el producto de la decisión política de una clase.

III

Ramón Cáceres —más conocido de sus amigos y del Pueblo por su sobrenombre de Mon, lo cual es un índice de que no pertenecía a una clase gobernante— dio muerte en Moca a Ulises Heureaux el 26 de julio de 1899, y a partir de ese

momento el país entró en una era de desórdenes que durarían hasta que se produjo la intervención militar norteamericana de 1916.

Si se analiza la historia de esos años —1899 a 1916— se advierte que al morir Heureaux desapareció de manera casi total la autoridad que mantenía cohesionada a la sociedad dominicana, lo que nos indica que cuando se produjo la muerte del dictador lo que quedó en el lugar que él ocupaba fue un vacío porque detrás del férreo gobernante no se hallaba una clase a la cual estuviera representando; y esa clase inexistente era la que debió haber pasado a gobernar el país el mismo día en que Heureaux moría en Moca; o dicho de otra manera, esa clase debió ser la clase gobernante, o un frente formado por más de una clase que se encargara de dirigir la vida económica, social y política dominicana.

La situación de desorden general que sucedió a la muerte de Ulises Heureaux venía dándose en el país desde que terminó la Guerra de la Restauración, pero nos parece que en la etapa que siguió al magnicidio de Moca es cuando pueden verse mejor, en conjunto y en detalle, los efectos explosivos de la lucha de clases que sacudía al país, una lucha que había sido contenida durante años por Heureaux pero que al morir él estalló en varios frentes y en varios niveles de manera espontánea con consecuencias tan desintegradoras para la sociedad nacional que por momentos se advierte con precisión cómo se hundían en los pantanos sangrientos de esa lucha las estructuras del aparato del Estado debido a que la falta de una clase gobernante lo dejaba a merced de cuantos grupos y personas se propusieron ponerlo a su servicio.

Como hemos dicho de manera tal vez machacona, allí donde no hay una clase gobernante, caso que se ha dado con frecuencia en los países del Tercer Mundo o de capitalismo tardío, aparece el dictador que la sustituye, lo que viene a ser el mecanismo natural de sustitución que impide la disolución

de una sociedad que se halle expuesta a los efectos de un caos, tal como le sucedía a la República Dominicana tras la muerte de Heureaux. Quien restauraría el orden sería el Gobierno militar que nos impuso Estados Unidos durante ocho años sometiendo a su voluntad a todas las fuerzas sociales que tomaban parte en la lucha de clases iniciada a tiros sobre el cadáver todavía caliente del dictador.

En esa lucha iban a tomar parte la oligarquía terrateniente y ganadera, los comerciantes grandes, que eran pocos y en su mayoría extranjeros, cuyo líder natural sería Juan Isidro Jimenes porque era el más rico de todos. Por su parte, la alta y la mediana pequeña burguesía ligada al comercio por razones económicas, representada por Horacio Vásquez, que había sido el jefe político de los conjurados para darle muerte a Heureaux, tomó la delantera cuando Vásquez pasó a ser presidente provisional en sustitución del Gobierno que había dirigido Heureaux, pero a la hora de elegir un presidente constitucional, Jimenes fue el candidato propuesto por Vásquez, y éste fue elegido junto con el primero como vicepresidente. Ambos tomaron posesión de sus cargos en noviembre de 1899, pero al finalizar abril de 1902, Vásquez iniciaba un movimiento armado contra Jimenes, quien abandonó el país al comenzar mayo mientras Vásquez pasaba a ocupar su puesto en la jefatura del Estado y del Gobierno.

Tan pronto Vásquez tomó el poder comenzaron a darse levantamientos armados en el Cibao y en la Línea Noroeste, primeras formas de manifestación de los dos partidos caudillistas en que iban a mantenerse divididas todas las clases y las capas sociales del país durante más de veinte años: los horacistas o rabuses y los jimenistas o bolos. Esas dos corrientes se enfrentaron con tanta violencia como si estuvieran formadas por clases antagónicas y su enfrentamiento iba a desembocar en una rebelión de los presos políticos que se hallaban en la Fortaleza del Homenaje, en la

capital de la República. Como la mayoría de los presos eran partidarios de Heureaux, aclamaron presidente a Alejandro Woss y Gil, que lo había sido como testaferro del dictador. El presidente Vásquez organizó fuerzas con las cuales le puso a la ciudad de Santo Domingo un sitio que duró varias semanas, costó muchas vidas, algunas de ellas de jefes horacistas importantes, y provocó un incendio que destruyó la mayoría de las casas de San Carlos.

Vásquez se fue del país para vivir en Cuba y Woss y Gil pasó en agosto de ese año —1903— a ocupar el cargo que había dejado Vásquez, pero lo ocupó por poco tiempo porque el 24 de octubre comenzó otro levantamiento armado, el que se conocería con el nombre de la Unión debido a que en él participaron juntos los enemigos que lo habían sido a muerte hasta abril de ese año, esto es, los horacistas y los jimenistas, los cuales combatirían bajo el mando de un guerrero improvisado llamado Carlos Morales Languasco, que había sido sacerdote católico.

IV

Una clase gobernante toma el poder y establece determinadas reglas del juego político cuya aplicación le asegura, en primer lugar, el dominio del poder por largo tiempo, y en segundo lugar, su existencia como clase llamada a disfrutar privilegios que sólo da el uso del poder.

Para que se cumpla lo que acabamos de decir tiene que haber una condición previa sin la cual sería imposible alcanzar esos propósitos; y esa condición previa es que exista la clase que va a gobernar. En el caso de que la clase no exista lo sabremos mediante la observación de los hechos, que serán caóticos desde el punto de vista social y político, o serán todo lo contrario debido a que se hallarán bajo el control de un orden arbitrario, como el que mantuvieron en la República Dominicana Ulises Heureaux en el siglo pasado y en este siglo

JUAN BOSCH

Rafael L. Trujillo aquí, Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez en Venezuela, y Duvalier padre y Duvalier hijo, también en este siglo, en Haití.

A la muerte de Heureaux nuestro país estaba muy lejos de contar con una clase gobernante y todavía no la tenía cuando la vida de Trujillo terminó a tiros en una avenida de la Capital el 30 de mayo de 1961. La situación de caos social y político que brotó, como la lava de un volcán que empezaba a hacer erupción, tan pronto Heureaux cayó abatido por Mon Cáceres, no cambió con la victoria del levantamiento armado conocido con el nombre de la Unión, según veremos a seguidas.

Morales Languasco entró en la ciudad de Santo Domingo con una columna armada el 6 de diciembre de 1903 y tomó posesión de la presidencia de la República mientras Woss y Gil y sus colaboradores más cercanos salían del país en condición de exiliados, lo que al parecer iba haciéndose ya una tradición política nacional; pero en vez de entregar el poder Jimenes, como había dicho que lo haría cuando encabezó el movimiento de la Unión, Morales Languasco decidió quedarse él en la jefatura del Gobierno —y del Estado— para lo cual se rodeó de horacistas y lanzó su candidatura presidencial para unas elecciones que se celebrarían en 1904, lo que nos indica que el ex-sacerdote no había encabezado un levantamiento armado porque estuviera sirviendo los fines políticos de una clase sino porque en la lucha de clases que sacudía al país, llevada a cabo por las diferentes capas de la pequeña burguesía, él había entrevisto que tenía por delante una oportunidad de ascender rápidamente, por la escala política, hacia la posición más alta a que podía llegar un dominicano, que era la presidencia de la República.

A quien Morales Languasco escogió como el candidato vicepresidencial que le acompañaría en las elecciones de 1904

fue a Mon Cáceres, que por el hecho de haber dado muerte a Ulises Heureaux se había convertido en un héroe nacional, y por el de ser primo hermano de Horacio Vásquez, jefe del partido horacista o rabudo, era la segunda figura de esa corriente política en la que los dominicanos veían la contraparte del partido jimenista o bolo. La presencia de un horacista tan importante como Mon Cáceres en la segunda posición de la candidatura moralista determinó un levantamiento armado del jimenismo, que fue bautizado por el Pueblo con el nombre de la Desunión.

La lucha de clases llevada a cabo por las diferentes capas de la pequeña burguesía no era la de una clase que se proponía tomar el poder para imponerles a otras clases sus intereses, su concepto particular o clasista del Estado. No era ni podía serlo porque la sociedad dominicana no había llegado aún, en ese año de 1904, ni llegaría en el año 1961 ó 1963, al grado de desarrollo de la división social del trabajo necesario para que se formara en su seno la clase gobernante. De lo que se trataba en ese momento era de que tal o cual sector de una de las capas de la pequeña burguesía tomara el poder para satisfacer propósitos personales o a lo sumo de grupos.

Por eso se explica que Morales Languasco estuviera dispuesto a conceder lo que le pidiera el Gobierno de Estados Unidos a cambio de que le diera apoyo para seguir gobernando, y que entre otras cosas aceptara que los impuestos de aduanas fueran cobrados por funcionarios norteamericanos, los cuales enviarían al Gobierno de su país el 55 por ciento de los ingresos generados por esos impuestos, para que ese gobierno, y no el dominicano, pagara con tales fondos a los empleados de aduanas y a los ciudadanos extranjeros de los que era deudor el Estado dominicano. Esa decisión de Morales Languasco conduciría de manera inevitable a la aceptación, por parte del Gobierno que le sucedería -que sería encabezado por Cáceres—, de la Convención Domínico-Americana de 1907, que

JUAN BOSCH

iba a ser la antesala de la intervención militar de 1916.

Debido a que en 1905 el país no tenía un clase gobernante a falta fue sustituida de hecho por el Gobierno de los Estados Unidos, tal como lo dice el convenio negociado con ese gobierno el 7 de febrero de ese año, que terminaba con estas palabras:

“El Gobierno de los Estados Unidos, a solicitud de la República Dominicana, auxiliará a ésta en la forma que estime conveniente para restablecer el crédito, conservar el orden, aumentar la eficacia de la administración civil y promover el adelanto material y el bienestar de la República”.

Obsérvese la amplitud ilimitada del concepto que iba contenido en las palabras “auxiliará a ésta (la República Dominicana) en la forma que estime conveniente...”.

¿Es posible que una clase gobernante acepte una disminución tan escandalosa de sus atributos?

V

Tal vez el episodio más demostrativo de que en la República Dominicana no había en 1905 una clase gobernante sea el del abandono de sus funciones de jefe del Estado que hizo el presidente Morales Languasco cuando tuvo la peregrina idea de iniciar un levantamiento armado nada menos que contra su propio gobierno. Es difícil que en otro país se haya visto algo semejante.

En esa ocasión el antiguo sacerdote y guerrillero iba a encabezar una guerra civil para librarse de los horacistas que él había nombrado en su gabinete y en otras posiciones importantes, y para actuar como lo hizo se apoyó en los jimenistas con el mismo desenfado con que en la revuelta de la Desunión se apoyó en los horacistas para combatir a los jimenistas.

Un alto jefe del jimenismo acompañó al presidente en una fuga de la Capital al final de la cual debía empezar el levantamiento que se había planeado, pero dada la posición de presidente de la República que desempeñaba el líder de ese levantamiento y dados el día y la hora en que se llevaba a cabo 24 de diciembre de ese año de 1905— la fuga fue fácilmente descubierta por los personajes horacistas que ocupaban altos cargos en el Gobierno.

Tan pronto se corrió la voz de que Morales Languasco estaba huyendo de su propio gobierno y se hallaba en algún lugar de la cercana sección de Haina, se organizó la persecución del prófugo, espectáculo inconcebible en lugares del mundo donde se aplican las reglas del juego político que pone en vigencia una clase gobernante.

En su huida, el presidente de la República se rompió una pierna, lo que equivalía a hacer más patente el ridículo en que habían caído él y el país. En ese momento el jefe del Estado dominicano no halló otra persona a quien pedirle ayuda que al representante diplomático de Estados Unidos, y con su protección consiguió salir hacia la pequeña isla de Santomas donde puso un puesto de venta de frutas con el cual se ganaba la vida.

Cinco días después de la fuga de Morales Languasco se hizo cargo de la presidencia de la república el vicepresidente Ramón Cáceres, y al comenzar el mes de enero de 1906 estallaba un movimiento armado jimenista encabezado por Desiderio Arias y Demetrio Rodríguez. El último iba a morir en los primeros días de la contienda mientras dirigía el sitio de Puerto Plata, pero su muerte no le puso fin al nuevo brote de guerra civil, que iba a durar hasta mediados de 1907.

A esos estallidos de violencia colectiva se les llamaba en el país revoluciones. En ellos tomaban parte fundamentalmente campesinos pobres que seguían a pequeños y medianos pequeños; burgueses convertidos en “generales” por el hecho de que eran hombres audaces y de mucho valor, en la mayoría de los casos procedentes de las capas baja y mediana de la pequeña

burguesía, sobre todo campesina, y en ciertas ocasiones de mediana y la alta pequeña burguesía de ciudades y pueblos. En sentido general, los jefes y las masas que hacían esas “revoluciones” luchaban porque necesitaban conquistar la seguridad económica y el ascenso social en un país muy pobre, pero en algunos casos los jefes eran de familias conocidas y de centros urbanos a quienes llevaban a las guerra civiles sus tendencias aventureras y el aura de popularidad que rodeaba a los que se destacaban en los numerosos combates que se libraban entre fuerzas “revolucionarias” y las del Gobierno.

La “revolución” de 1906 se extendió por la Línea Noroeste y por la costa norte con tanta violencia que el Gobierno de Cáceres tuvo que hacerle frente con medidas nunca antes vistas en el país, como fueron, por ejemplo, la concentración de familias y ganados en lugares de la Línea Noroeste que estaban bajo control de los soldados gobiernistas. Animal que anduviera en terrenos que no se hallaran bajo ese control era sacrificado sin contemplaciones.

Hasta ese momento a la jefatura del Gobierno de la República no había llegado un hombre con tantas condiciones naturales de estadista como Ramón Cáceres, pero a él le tocó actuar en una sociedad que no había dado aún una clase gobernante, lo que en la vida diaria se traducía en una situación de cuasi caos perpetuo. Para dominar ese caos en el más dañino de sus aspectos, Cáceres tuvo que darle carácter oficial, y con el derecho a cobrar sueldos sin rendir trabajo alguno, a numerosísimos supuestos generales, única manera de evitar los brotes de violencia colectiva que venían sucediéndose desde los días de la Guerra Restauradora.

En cualquier sociedad que se halle en una etapa de su evolución similar a la que estaba viviendo la dominicana, los que llegan a la jefatura política tienden a sustituir a la clase gobernante que no se ha formado todavía. Ramón Cáceres actuó en consecuencia con esa inclinación, y cuando terminaba su mandato presidencial presentó

su candidatura al mismo cargo, fue elegido e inauguró ese período el 1º de julio de 1908. Como había sido elegido para gobernar seis años, debió entregar el poder, si no se reelegía, el 1º de julio de 1914; pero fue muerto a tiros el 19 de noviembre de 1911, y lo mismo que había sucedido cuando él mato, también a tiros, a Ulises Heureaux doce años antes, tan pronto murió Cáceres el país vio reproducirse rápidamente el estado de caos social en que estaba viviendo desde hacía casi medio siglo, pero en esa ocasión con una violencia multiplicada.

Había empezado la llamada “guerra de los quiquises”, en la cual tomaron parte todas las capas de la pequeña burguesía dominicana para librar una lucha salvaje que sólo cesaría cuando el país fuera ocupado militarmente por los Estados Unidos, hecho que se produjo en el año 1916.

VI

A partir de la muerte de Ulises Heureaux la lucha de clases que se llevaba a cabo, en su última etapa, entre las diferentes capas de la pequeña burguesía, se fue encauzando políticamente a través de los partidos horacista o rabudo y jimenista o bolo. Lo de rabudos se explica porque el símbolo de los primeros era un gallo de pelea que tenía una cola o rabo abundante y el de los segundos era otro gallo de pelea que no tenía cola, y los gallos de esa característica se conocían con el nombre de bolos.

Los cauces políticos que ofrecían los dos partidos corrían más o menos paralelos, pero como hemos visto en los artículos anteriores, de vez en cuando se unían, y por tanto se confundían, como sucedió cuando se produjeron los movimientos armados de la Unión y la Desunión. Una de esas confusiones se dio bajo el Gobierno de Cáceres y llevó a unirse a fracciones del partido bolo con fracciones del rabudo, pero sucedió algo que le dio a esa última unión una significación excepcional; y fue que el partido rabudo, cuya segunda figura era el presidente de la República, se dividió entre caceristas y horacistas, y con la división comenzaron a

organizarse grupos de horacistas, entre los cuales alguna que otra vez había uno, dos, tres bolos, que se dedicaban a conspirar para derrocar el Gobierno. Una de esas conspiraciones fue la que culminó en el atentado a tiros que le costó la vida Ramón Cáceres, o, como le llamaba la generalidad de la gente, a Mon Cáceres.

Con la muerte del presidente Cáceres se puso de manifiesto de manera dramática la ausencia de una clase gobernante que condujera los acontecimientos forzándolos a obedecer las reglas del juego favorables a los intereses de esa clase, y surgió de manera automática el hombre que iba a sustituirla: era un joven de menos de treinta años llamado Alfredo Victoria a quien Cáceres había puesto en el cargo militar más alto del país, el de comandante de Armas de la Fortaleza Ozama, lo que equivalía a decir jefe de la guarnición de la capital de la República.

Gracias a ese cargo Alfredo Victoria, conocido por el apodo de Jacagua debido a que había nacido en la sección de Santiago que lleva ese nombre, tenía bajo su mando el poder decisivo en cualquier sociedad, y sobre todo en una como la Dominicana, de manera especial la de principios de este siglo, época en la que sólo se hacía respetar el que tuviera armas y hubiera demostrado su decisión de usarlas para decidir con ellas una controversia pública o privada, y Alfredo Victoria había demostrado que las usaba; lo demostró de manera convincente en la persecución de los matadores del presidente Cáceres y poco después cuando obtuvo que el Congreso eligiera como sucesor de Cáceres a su tío, el senador Eladio Victoria, apodado Quiquí.

Quiquí Victoria tomó posesión de la jefatura del Estado el 27 de febrero de 1912 y casi inmediatamente estalló una guerra civil de ferocidad impresionante, en la que actuaron unidos, de una parte, “generales” bolos y rabudos respaldados por sus seguidores, y de la otra, las fuerzas militares que pudo controlar Alfredo Victoria, entre las cuales estaban el Batallón Ozama y la Guardia Republicana. Esas fuerzas fueron bautizadas por el Pueblo con el nombre de *los*

quiquises, derivado del apodo del presidente Victoria, y la feroz contienda sería llamada *la guerra de los quiquises*.

La guerra de los quiquises dejó demostrado de manera irrefutable que en el país no sólo no había una clase gobernante sino que tampoco había una clase dominante. Los partidos políticos a través de los cuales se encauzaba la lucha de clases de las diferentes capas de la pequeña burguesía quedaron desbordados por esa lucha, que había tomado un impulso vigoroso con el relativo desarrollo económico alcanzado bajo el Gobierno de Cáceres, y se veían revueltos no sólo grupos de “generales” bolos con grupos de “generales” rabudos que tomaban parte en la contienda, unos de un lado, otros del otro, sino que además surgían grupos nuevos, como el que acaudillaba en la región sur del país el “general” Luis Felipe Vidal.

El Gobierno norteamericano terció en esa guerra feroz, hizo sacar de la jefatura militar a Alfredo Victoria y luego de la presidencia de la República a Eladio Victoria, a la que renunció el arzobispo Nouel, jefe de la Iglesia nacional, quien desempeñaría el cargo con carácter provisional, pero lo renunció a los cuatro meses porque ni aun con la autoridad de su investidura sacerdotal podía sustituir a una clase gobernante que el país no tenía.

El “general” Desiderio Arias, que como varios otros “generales ” disponía de fuerzas armadas propias como si fuera un jefe Estado, entró en la Capital a la cabeza de su “ejército” privado, avanzó por las calles de la vieja ciudad y acampó sus hombres en el patio del palacio arzobispal, que se hallaba en la calle llamada hoy Padre Billini, entre la Hostos y la Arzobispo Meriño, lo que equivale a decir que el presidente Nouel quedó sitiado por el jefe guerrillero que le hizo un cerco armado para forzarlo a aceptar una larga lista de peticiones de nombramientos a favor de partidarios suyos y otras medidas, las cuales sumadas a la primera habrían convertido al sitiador en el poder supremo del país, lo que indica que la disolución había llegado a tales extremos que hasta fuera del aparato del poder

del Estado había hombres que aspiraban a sustituir a una clase gobernante que no existía.

La presión que cayó sobre monseñor Nouel fue de tal naturaleza que no pudo resistirla, abandonó el país y desde a bordo del buque en que viajaba hacia Europa envió al Congreso su renuncia a la presidencia de la República, lo que se explica porque aunque él no se diera cuenta de la razón que lo llevaba a actuar así lo cierto es que él no podía representar a la vez todas las capas de la pequeña burguesía que luchaban a muerte, armadas de fusiles, para tomar el control del Estado.

VII

¿Qué impulsaba a las diferentes capas de la pequeña burguesía Dominicana a batirse a tiros de manera desesperada en esos años de 1912 y 1913 para tomar el control del Estado? ¿Eran posiciones ideológicas antagónicas que se manifestaban en encuentros armados de los partidos horacista o rabudo y jimenista o bolo?

Nada de eso, pues ambos partidos tenían posiciones iguales ante los problemas del país, ambos eran caudillistas y sólo se diferenciaban en que el caudillo de uno era Horacio Vásquez y el del otro era Juan Isidro Jimenes. De los dos formaban parte las mismas capas de la pequeña burguesía; en el horacismo había tantos altos y medianos pequeños burgueses como los que había en el jimenismo y así sucedía también en el caso de las tres capas bajas de ese conglomerado social, y los que tomaban parte en los combates representaban a la totalidad de los partidarios de sus respectivos caudillos.

Si los pequeños burgueses de todas las capas que tomaban parte en las guerras civiles de esos años se lanzaban a matarse entre sí no lo hacían porque hubieran leído libros que les habían dado una determinada firmeza ideológica ni cosa parecida; lo hacían porque en la práctica de sus vidas habían aprendido la lección que les daban los que conquistaban el poder político, esto es, que quienes

alcanzaban el control del Estado se hacían de manera automática de otros poderes, y de manera especial de los que da el dinero que manejan los gobiernos. La vida misma, y no ningún libro, les había enseñado que ese dinero confería a quienes lo tenían una autoridad sin límites gracias a la cual se satisfacían todos los apetitos y se alcanzaban los niveles sociales más altos, ¿o no había sido Ulises Heureaux, el legendario Lilis, hijo natural de una cocinera de Puerto Plata, el amo y señor del país durante varios años gracias a que llegó a la presidencia de la República tirando tiros y ganando combates?

En el caso de los bajos pequeños burgueses de mejores condiciones en cuanto a sensibilidad patriótica y social, que repudiaban a Lilis por sus métodos dictatoriales, esos tenían presente el ejemplo de Gregorio Luperón, que era de origen tan humilde como Heureaux, y de su mismo color, y sin embargo había llegado también a ser jefe del Estado, una posición que Luperón no usó para hacer las cosas que haría Lilis, pero pudo haber hecho lo mismo que hizo el último si ése hubiera sido su deseo porque a los ojos de la pequeña burguesía Dominicana de las capas más bajas un presidente de la República podía hacer todo lo que le diera la gana debido que en él se unían la autoridad y la fuente de las leyes del país. Esas capas de la pequeña burguesía no tenían la menor noción de lo que eran el poder Legislativo y el Judicial, y no podían tenerla precisamente porque la ausencia de una clase gobernante se reflejaba en la existencia de un vacío de conocimientos acerca de la organización del Estado que afectaba de manera directa e inmediata a la gran masa de la población, compuesta de las capas más bajas de la pequeña burguesía.

Cuando el padre Nouel renunció a la jefatura del Estado se les debían seis meses de sueldo a los empleados públicos. Como había vicepresidente, el Senado tenía a su cargo la elección de un presidente cuya misión principal sería la convocatoria a unas elecciones en las que se escogería al sucesor del arzobispo Nouel. El elegido fue José Bordas Valdés, senador por Puerto Plata, de

afiliación horacista. Como les sucedía a todos los que ocupaban la jefatura del Estado en un país donde no había una clase gobernante, Bordas se propuso ser él quien sustituyera a esa clase inexistente, lo que significa que su candidato a la presidencia de la República era él mismo, para lo cual tenía que impedir que lo fueran Horacio Vásquez y Juan Jimenes.

Con el fin de debilitar políticamente a Vásquez, que era su jefe político, Bordas se apoyó en fuerzas que al mismo tiempo que políticas eran militares, como sucedía con las que dirigían Desiderio Arias en la Línea Noroeste y Luis Felipe Vidal en el Sur, y se las arregló para que cayera en manos de Arias el ferrocarril de Puerto Plata a Santiago, que era propiedad estatal y estaba administrado por horacistas. Esos antecedentes explican por qué el levantamiento horacista de septiembre de 1913, que fue encabezado por el propio Horacio Vásquez, se llamó la “revolución del ferrocarril”, que terminó cuando el representante diplomático de Estados Unidos le hizo saber a Vásquez, declarado por sus seguidores presidente provisional de la República, que si su movimiento tomaba la ciudad de Santo Domingo Washington no lo reconocería como gobierno del país.

Naturalmente, con esa intervención norteamericana Bordas quedó afirmado en el poder, pero tuvo que pagar un precio muy alto para el país, pues le fue impuesta la presencia de un contralor, designado por el Gobierno norteamericano, sin cuya autorización el de Bordas no podría gastar ni un centavo fuera de lo que ordenaba el presupuesto de la República, lo que significa que la soberanía quedaba cercenada en uno de sus aspectos fundamentales, que es la capacidad de un Estado independiente para crear impuestos y usar el dinero que ellos generen en el sostenimiento del aparato del Estado.

Esa limitación de los poderes del Estado dominicano era una intromisión abusiva de Estados Unidos en la vida política del país, de la cual éste no podía defenderse porque se lo impedía precisamente la situación de debilidad nacional e internacional en que lo mantenía

sumida la falta de una clase gobernante.

VIII

En 1913 las clases que ocupaban los niveles más altos de la sociedad dominicana eran la burguesía comercial y los terratenientes. La primera estaba formada por varios sectores, de los cuales los más importantes por su número eran los importadores y los exportadores, y entre ellos había algunos, que debían ser muy contados, dedicados a la vez a importar y a exportar.

No hay datos de cuántos importadores ni de cuántos exportadores teníamos entonces, pero sabemos que ese año de 1913 las importaciones fueron de 9 millones 273 mil dólares.

(Hemos escrito dólares porque desde 1905 el dólar norteamericano había sido adoptado como moneda nacional).

Ese mismo año —1913— las exportaciones llegaron a 10 millones 470 mil, una cantidad muy cercana a la de las importaciones de 1938, que fueron de 11 millones 342 mil, a pesar de que para entonces la población del país, que en 1935 fue de 1 millón 480 mil personas, debía ser más del doble de la que había en 1913, y ésta no podía ser superior a 750 mil porque en 1920 no llegaba a 900 mil.

Esos datos indican que la actividad comercial era, estimándola por persona, más o menos el doble de lo que sería la de 1938, pero debe tenerse presente que en 1938 nos hallábamos todavía sometidos a los efectos de la larga y profunda crisis económica de 1929, que se dejó sentir en el mundo capitalista, lo que significa la mayor parte de la humanidad porque para esos años sólo Rusia (la U. R. S. S.) había hecho la revolución socialista.

De todos modos, lo que correspondía a cada dominicano de las importaciones de 1913 eran menos de 13 dólares y de las exportaciones menos de 15, y eso quiere decir que en 1938 estaban reducidas a la mitad.

Cuando se escriben estas líneas, en 1981, esas cifras no dan idea de los resultados que ellas tenían en la sociedad, pero nosotros

recordamos muy vivamente cómo allá por el año 1924, y más tarde, recorrían las calles de La Vega hombres que iban de casa en casa proponiendo huevos o pollos a cambio de ropa usada, y para esos tiempos la ropa se usaba mientras pudieran hacersele remiendos. En algunas ocasiones los que proponían el trueque eran artesanos que ofrecían jarros de hojalata o molinillos de madera para mover el chocolate a cambio, también, de ropa vieja, y no pedían zapatos porque entonces la gran mayoría de la población andaba descalza lo mismo en los campos que en los pueblos y ciudades, sobre todo, en este último caso, los que vivían en las barriadas alejadas de los centros.

Si lo que acabamos de decir no da una idea clara de cómo vivían entonces el número más alto de los dominicanos agregaremos que muy a menudo llegaba a la puerta de una casa una mujer que iba de algún campo acompañada de una hija, a veces de pocos años pero a veces también de doce o quince. A lo que iban esas campesinas era a regalar hijas, y lo decían así: “Doña, le regalo esta muchachita para que me la enseñe a hacer algo, que en mi casa somos muchos y no tenemos con qué mantenerla”.

En cuanto a la posición de comerciantes y terratenientes ante los partidos políticos, y de manera especial ante las personas que se hallaban en los niveles de control del aparato del Estado, hay suficientes descripciones para hacernos una idea clara de cómo sentían y actuaban. Los grandes comerciantes vivían llenos de miedo a esos políticos y compraban su amistad proporcionándoles dinero, a veces sumas importantes en relación con las posibilidades económicas del país, y varios de ellos conseguían, a cambio de ese dinero, favores como el de meter contrabando, y en sentido general, era raro que se atrevieran a enfrentar a los gobernantes.

Hay, sin embargo, un aspecto de la vida política de esos años que debemos destacar, y es el de que cuando tomaban pueblos y ciudades, a veces a tiro limpio, los llamados revolucionarios nunca asaltaban las casas de comercio; pero ni los grandes ni los pequeños negocios conocidos con los nombres de pulperías y ventorrillos. Las

luchas de clases se llevaban a cabo en el seno de la pequeña burguesía y siempre en el terreno político. Las masas no tenían en esos años conciencia de clase en el orden social, y en el político lo reducían al odio entre rabudos y bolos, es decir, entre horacistas y jimenistas.

En cuanto a los campesinos, a menos que se tratara de algunos que se habían comprometido políticamente actuando a favor de Jimenez o de Horacio —lo que equivale a decir que hubieran tomado parte en hechos de armas de parte de uno o del otro—, eran jimenistas u horacistas de acuerdo con lo que fueran los latifundistas de sus campos, y tampoco tenían ante esos terratenientes posición clasista desde el punto de vista social; a lo sumo, lo que hacían las bandas armadas era matarles a algunos de ellos una o dos reses para comer si les venían a la mano; y lo habitual en esos casos era que si entre los que sacrificaban una vaca había un jefe que supiera escribir o siquiera firmar, se le dejara al ganadero constancia escrita de que se le había dado muerte a una res suya cuyo valor se pagaría cuando la “revolución” llegara al poder.

IX

Bordas Valdés no era ni comerciante ni terrateniente ganadero. Miembro de una familia de mediana pequeña burguesía a de Puerto Plata adonde había llegado desde Santiago, se dedicó a la política, lo que vale tanto como decir que se hizo hombre de armas porque en los últimos treinta y cinco años del siglo pasado y los primeros quince del actual, en la República Dominicana la política se ejercía a tiro limpio. Como hombre de armas Bordas se distinguió por el valor que demostró en todos los combates en que tomó parte. En poco tiempo se ganó el título de “general”, que daban las gentes del Pueblo, no los gobiernos, a todo el que mandaba hombres en acciones de guerra aunque ese mando se ejerciera sobre media docena de seguidores.

El “general” Bordas se hizo rápidamente popular, sobre todo en las regiones del Cibao y de la Línea Noroeste y pasó a ocupar cargos públicos que lo llevaron de gobernador a varios lugares del país y a senador por Puerto Plata, posición que ocupaba cuando fue elegido presidente de la República.

Como en la República Dominicana no había —y no hay todavía— una clase gobernante, y como la clase gobernante es la que pone las reglas del juego social, de las cuales forman parte las del juego político —y además de poner las reglas del juego las hace respetar valiéndose de los mecanismos represivos del Estado que están siempre a su servicio—, todo el que alcanzaba en nuestro país el nivel de jefe del Estado, así como todo el que lo alcanza actualmente, se proponía seguir desempeñando ese cargo porque el que lo ocupaba se convertía y se convierte, en sustituto de esa clase inexistente.

A fin de hacer más comprensible lo que estamos diciendo pondremos de ejemplo el caso de la sociedad inglesa:

Inglaterra ha tenido líderes muy importantes, de prestigio internacional, como fue el caso de Winston Churchill orador y escritor, ministro de la Guerra en la gran contienda mundial de 1914-1918 y jefe del Gobierno en la de 1939- 1945 que fue la época más crítica de la historia de su país; y a Churchill no se le ocurrió nunca aspirar a la jefatura del Estado inglés porque todos los británicos han crecido sabiendo desde sus primeros años que para ser jefe de Estado de Gran Bretaña hay que ser miembro de la familia real, y aun dentro de esa familia debe ser heredero directo e inmediato del que desempeña el cargo y además tener el título de príncipe de Gales.

Cualquier inglés sabe que puede ser primer ministro, ministro, diputado, embajador, pero las reglas del juego político establecen que por muy grandes que sean sus méritos, los que no son miembros de la familia real no podrán ser nunca reyes o reinas, y ninguno de ellos se atreve a pensar que puede llegar a la jefatura del Gobierno mediante un golpe de Estado, porque esas posibilidades quedaron definitivamente anuladas en Gran Bretaña por lo menos desde que el

año 1660 fueron restaurados los poderes reales.

Pero la República Dominicana no era –ni es- Inglaterra y José Bordas Valdés no era inglés sino un presidente de la República Dominicana que se movía en un vacío social carente de reglas del juego político y por esa razón nada impedía llenar ese vacío o, para decirlo de manera más descriptiva, sustituir a la clase gobernante que el país no tenía. La existencia de ese vacío social provoca el esbordamiento de la autoridad en quienes la ejercen desde posiciones públicas, pero la idea generalizada es que sucede lo contrario, esto es, que el gobernante está animado de una pasión incontrolable de poder.

Colocando en el centro del vacío social, como habían estado antes que él la mayoría de los gobernantes dominicanos, Bordas, que aspiraba a continuarse a sí mismo en la presencia de la República, aceptó el contralor financiero que le imponía el Gobierno de Estados Unidos a cambio de que se le permitiera ser candidato en las elecciones que debían llevarse a cabo en junio de 1914, mientras tanto, usó la fuerza militar para ganar las que se hicieron en diciembre en 1913 a fin de elegir funcionarios municipales a los encargados de redactar la Constitución que entraría en vigor antes de las elecciones 1914.

La violencia y los fraudes de 1913 así como la agitación preelectoral de 1914 provocaron levantamientos armados, entre ellos el del gobernador de Puerto Plata, que había sido nombrado por Bordas. Bordas sitió Puerto Plata con fuerzas militares que dirigió él mismo. El sitio, que comenzó en el mes de abril (1914), duraría hasta agosto, e en una ocasión un buque de guerra norteamericano bombardeó las baterías del Gobierno que disparaban hacia el centro de la ciudad.

Para el mes de junio los movimientos armados eran varios, lo que no impidió que el día 15 se celebraran, aunque en ellas tomaran parte sólo los partidarios de Bordas, unas elecciones en las que éste sería electo presidente supuestamente constitucional cargo que no pudo desempeñar más allá de dos meses porque el presidente Woodrow Wilson, de Estados Unidos, se negó a reconocer el resultado de las

elecciones de junio e impuso su decisión de que tanto el Gobierno de Bordas como los jefes políticos de las diferentes fuerzas guerrilleras – bolos, rabudos y vitalistas- debían escoger un presidente provisional que convocaría a elecciones en el plazo de noventa días después de hacerse cargo del poder. Wilson amenazaba con ocupar militarmente el país si no aceptaban sus condiciones, y bajo el peso de tal amenaza, Bordas renunció a la presidencia y se autoexpatrió.

X

Para dar cumplimiento a lo que exigía el llamado Plan Wilson los representantes de los partidos eligieron presidente de la República a un hijo de Buenaventura Báez, médico de buena reputación, que había nacido en Mayagüez, Puerto Rico, en 1858, es decir el año en que su padre había salido de Santo Domingo derrotado por las fuerzas que la revolución cibaena de 1857 había puesto a las órdenes de Pedro Santana. Ese médico se llamaba Ramón Báez y sus tareas serían las de organizar en el plazo de noventa días la celebración de elecciones en las que se escogerían un presidente que se obligaría a gobernar según los mandatos de la Constitución de 1908 y senadores y diputados elegidos por los votantes de las doce provincias que tenía entonces la República.

El Dr. Ramón Báez tomó posesión del cargo de presidente provisional el 26 de agosto de 1914 y algunos de los episodios de su breve actuación figuran en *Páginas dominicanas de historia contemporánea*, libro escrito por Antonio Hoepelman, publicado por Impresora Dominicana Ciudad Trujillo en el año 1951. Hasta donde sepamos, ese es el único documento en que se presenta la sociedad de nuestro país tal como era para 1914, y en él cualquier lector puede ver, moviéndose en todos los niveles del aparato del Estado, a una procesión de pequeños burgueses que actuaban sin la menor idea de lo que era una clase gobernante y ni siquiera de lo que era una clase dominante.

Hoepelman describe las elecciones en la Capital (páginas 111-117) y empieza diciendo que en el (principal lugar de votación la mesa directiva estaba compuesta nada menos que por un hijo del candidato a la presidencia por el partido bolo o jimenista, que era Juan Isidro Jimenes, un hermano del candidato horacista que era Horacio Vásquez, y algunas personas entre las cuales estaba el propio Hoepelman, y cómo era la lucha por entrar en el sitio donde se volaba: “Palos, patadas, mordiscos y empujones enardecían los ánimos y los que estábamos dentro del local tuvimos el presentimiento de que tan violento pugilato degeneraría en un gran desorden o incidente grave, como así sucedió”.

El desorden grave consistió en “una lluvia de piedras (que) comenzó a caer sobre el edificio... Y al producirse una correría, sonó un disparo de revólver seguido de otras muchas detonaciones... Una avalancha de hombres se precipitó sobre el entablado derribándolo. Dos proyectiles se introdujeron por una de las ventanas haciendo impacto en la pared, sobre nuestras cabezas... Fuera, el Parque Colón parecía un campo de desolación y de muerte con tanta gente tendida en los paseos y arriates... Más tarde se supo que la fatal ocurrencia dio este trágico balance muertos y heridos: José Altagracia Ramírez y Felipe Sanabia, muertos; León Reynoso, Vicente

Nurino, Lorenzo Magden, Rafael Porro (Fellito), Deogracia Marty hijo (Molerá), Enrique Marchena, José Mana Pérez Jorge, Antonio Mesa, Abelardo Martín, Cristian Lugo Lovatón, Natalio Cabrera, José Vicente Lora' José Romero, Isidro Guzmán, Antonio Mejía, Alfredo Buompensiere y Secundino Ramírez, heridos leves unos y graves otros”.

Los apellidos Sanabia, Porro, Marty, Marchena, Lugo Lovatón, Mejía eran de familias conocidas de la ciudad, miembros de la alta y la mediana pequeña burguesía capitalena y sin embargo aparece un Sanabia muerto y los demás heridos en un desorden que comenzó con “palos, patadas, mordiscos y empellones” para entrar en el sitio donde se votaba.

“A las 11:30 de esa misma noche”, cuenta Hoepelman “hubo una gran alarma a causa de unos disparos que sonaron por los lados de la Atarazana las consiguientes correderas. Las tropas estacionadas fuera se precipitaron bruscamente dentro del local y ocuparon las ventanas y azoteas y las puertas fueron cerradas”. Eso sucedía en la Capital, pero nadie describió lo que pasó en Santiago, donde la Corte de Apelación anuló las elecciones, que en aquella ciudad tuvieron que celebrarse por segunda vez los días 8, 9 y 10 de noviembre.

En cuanto a los conceptos de lo que era un gobierno, veamos un ejemplo de cómo actuaba un pequeño burgués dominicano de esos tiempos (págs. 24-126):

En enero de 1915 el secretario de Estado de lo Interior y Policía recibió telegrama del gobernador de Puerto Plata, general Quirico Feliú, en el cual éste le decía “Pueblo, en imponente manifestación, pidióme suspender varios empleos que no son gratos Puerto Plata. Por utilidad general y paz pública accedí petición. Suplico Gobierno apoyarme, pues situación Provincial muy delicada... Debemos corresponder sacrificios Puerto Plata y evitar complicaciones que puedan alterar la paz. Respondo orden Provincia si Gobierno no entorpece mi política de conciliación”. Hoepelman no nos dice a qué se debió el repudio de Puerto

Plata a los empleados públicos aludidos por el gobernador Feliú, pero seguramente la causa de la “imponente manifestación” de los puertoplateños era la afiliación política de los empleados repudiados, y como de ser así en la protesta pública iba implícito un problema de lucha partidista entre bolos y rabudos, el Gobierno, que era bolo, debió temer que el desfile de Puerto Plata fuera de horacistas opuestos a que se les irán cargos a algunos jimenistas; y había base para que fuere así porque el gobernador de Puerto Plata era conocido por vinculación con el horacismo.

Ese movimiento ocurrido en Puerto Plata podía ser el primer paso de uno más amplio, y así lo entendían sin duda los gobernantes bolos, puesto que como dice Hoepelman, “se produjo de inmediato un gran malestar en la Provincia del Atlántico (Puerto Plata) y el Gobierno, en previsión de que se alterase la paz, desplegó fuerzas (militares) movidas por el general Apolinar Rey, Gobernador de Santiago, quien marchó con ellas y ocupó la población de Altamira, listo a debelar cualquier intentona revolucionaria”.

XI

El hecho de que el Gobierno elegido para cumplir una demanda del de Estados Unidos se alarmara y movilizara fuerzas militares porque temía que un incidente tan banal como el provocado por unos cuantos empleados públicos de Puerto Plata pudiera poner en peligro la paz del país bastaría para convencernos de que la sociedad dominicana no había pasado de ser en 1915 un conglomerado de pequeños burgueses en el que los más abundantes pertenecían a las capas más bajas. Por esos años en la República Dominicana todo el mundo tenía armas; los bajos pequeños burgueses, los bajos pobres y los muy pobres, tenían revólveres, machetes y cuchillos, pero entre los medianos y los altos muchos tenían, además de armas cortas, armas largas, y seis u ocho hombres armados que actuaran bajo la jefatura de un

“general” bastaban para crearle a cualquier gobierno un problema de orden público que a menudo acababa siendo toda una “revolución”, como se les llamaba entonces a los movimientos armados en que tomaran parte ochenta o cien guerrilleros.

Pero además de los levantamientos del tipo a que acabamos de referirnos, la naturaleza díscola de una pequeña burguesía que no tenía sustancia económica provocaba constantemente situaciones que causaban alarma a los gobiernos. En la página 129 de su libro, Hoepelman refiere un episodio que de ninguna manera podía darse en una sociedad burguesa, y lo cuenta así:

“El día 6 de Marzo de 1915, un suceso sangriento, consecuencia derivada de nuestras luchas fratricidas, vino a escribir una página luctuosa en nuestra turbulenta historia: El General Remigio Zayas, alias Cabo Millo, había sido advertido de que su presencia en Azua, su pueblo natal, no sería consentida, a causa de que él, Zayas, en su condición de jefe de Operaciones a las órdenes del Gobierno de Bordas Valdés, había bombardeado a la población de Azua utilizando los cañones del vapor *Independencia*. No obstante esa advertencia, el General Zayas desembarcó con su familia del vapor *Seminole* y aunque fue protegido por las autoridades, no se pudo evitar el choque con un grupo armado que le salió al encuentro, entablándose una terrible lucha, en la cual perdieron la vida Cabo Millo y el señor Noé Pichardo y hubieron [*sic*] así numerosos heridos de parte y parte”.

Obsérvese que Hoepelman menciona el título y el nombre del personaje central del episodio de Azua, pero al final olvida que era “general” y que se llamaba Remigio Zayas para mencionarlo por su apodo de Cabo Millo. Por el apodo puede conocerse en nuestro país el origen bajo pequeño burgés de una persona, sobre todo cuando procede de las capas baja pobre y baja muy pobre de la pequeña burguesía, y en el caso de Cabo Millo se notaba más ese origen porque la palabra Cabo significaba que él había sido

cabo de un batallón formado en Azua en los años del Gobierno de Cesáreo Guillermo, según dice Rufino Martínez en su *Diccionario biográfico histórico dominicano* (Edición de la UASD, 1971, pág.). En cuanto a Millo, se trata de una corrupción del nombre Remigio.

En las quince líneas en que Hoepelman relata los hechos le costaron la vida a Cabo Millo y a Noé Pichardo se da cuenta de la causa de esas muertes, y esa causa denuncia, mejor aún que lo que hemos dicho del apodo y del título militar de cabo Millo, la naturaleza bajo pequeño de la burguesa de la sociedad dominicana de los tiempos en que sucedían los episodios que cuenta Hoepelman en su libro. Como lo dice Hoepelman, Cabo Millo había ordenado el cañoneo de Azua, llevado a cabo poco más de año y medio antes de su muerte, y cañoneo costó vidas y destruyó casas, lo que le creó enemigos que nunca lo perdonarían.

¿Por qué no lo perdonarían nunca?

Porque la necesidad de vengarse de cualquier agravio era una de las manifestaciones típicas de la pequeña burguesía dominicana, que alimentaba en su alma esa necesidad de vengarse con más intensidad cuanto más baja fuera la capa a la cual pertenecía el agraviado. Como en la medida en que era más baja su capa pequeña burguesía era también mayor su carencia de sustancia económica, el bajo pequeño burgués vivía en un estado de permanente cólera contra el ambiente en que vivía, y ese ambiente estaba representado para él por las personas que de manera directa o indirecta le habían causado algún daño. En pocas palabras, el bajo pequeño burgués dominicano desviaba la lucha de clases hacia los cauces de lucha de tipo personal, y al producirse ese desvío la lucha de clases se concentraba en odio que a su vez llegaba a grados de intensidad incontrolable cuando el motivo que lo alimentaba tomaba en su mente la forma de una venganza, esto es, cuando el agraviado creía que estaba haciendo

algo que le correspondía hacer y lo hacía con la aprobación de la sociedad, a la que él sustituía en vista de que no había mecanismos sociales que pusieran en acción el aparato de la justicia.

Las víctimas del bombardeo de Azua fueron vengadas con la muerte de Cabo Millo, hecho que puso en serios aprietos al Gobierno y que fue ejecutado por y entre personas de la baja pequeña burguesía azuana; pero apenas dos meses después sucedía en pleno corazón de la Capital del país lo que Hoepelman relató en las páginas 132 y 133 de su libro de la siguiente manera:

La tarde del 13 de mayo, un desgraciado suceso de sangre ocurrido entre dos distinguidos y apreciados elementos de esta sociedad puso luto en un hogar y zozobra y angustia en otro. En un duelo personal sostenido entre los jóvenes, Gral. Octavio Ricart, alias Pirulí, jefe del Cuarto Militar del Presidente de la República y Luis Bonetti, resultó muerto de un balazo en la frente el primero y gravemente herido el segundo. Como el hecho ocurrió en el Parque Colón, Bonetti, después de dar muerte a Ricart se refugió en las oficinas aledañas del Banco Nacional; pero hasta allí fue perseguido por el Capitán Rafael Persia y otros oficiales, para causarle, como le causaron, varias heridas graves de bala con intento de matarle, lo que no lograron por la oportuna y enérgica intervención del Secretario de Estado de lo Interior, Lcdo. Elias Brache Bonetti fue conducido al Hospital Militar, casi moribundo y Persia reducido a prisión y sometido a la justicia”.

XII

Cuando por esos años de 1915 y aún de 1930 y más se decía que una persona era de “buena sociedad” o “elemento apreciado de esta sociedad” lo que se afirmaba era que esa persona figuraba entre las familias de la gente llamada “de primera”, es, entre los que formaban el nivel más alto de la escala social para lo cual no era imprescindible ser ricos, pues la distinción social era una

condición que se heredaba si bien algunas veces también se adquiría haciendo una fortuna o ante un ascenso social pronunciado que generalmente se llevababa a cabo por la vía de la política.

Los apellidos Ricart y Bonetti estaban en la lista de los que, tal como dice Hoepelman en su libro (página 132-133), eran “distinguidos y apreciados elementos de esta sociedad”, lo que equivale a decir de la Capital. De ser así, y efectivamente así era, ¿por qué al general Octavio Ricart, jefe de los ayudantes militares del presidente Jimenes, se le conocía con el apodo de Pirulí? ¿No hemos dicho varias veces que esos sobrenombres eran distintivos de los miembros de las capas más bajas de la pequeña burguesía?

A Octavio Ricart le llamaban Pirulí como a un Lovatón le decían Piro y al presidente Cáceres Mon porque en la sociedad dominicana de esos tiempos ni siquiera las familias más encopetadas podían aislarse del contacto diario y permanente con el oleaje de la baja pequeña burguesía en sus capas pobre y muy pobre, representadas por la mujer que cuidaba de los niños, la cocinera, la lavandera, el cochero si la familia tenía coche y los artesanos que hacían la ropa y los zapatos de hombres y mujeres de la casa; y en ese contacto las familias “distinguidas y apreciadas” pagaban muy pobremente, por cierto, los servicios, y sin darse cuenta pasaban a ejercer muchos de los hábitos de sus sirvientes.

Pero no caigamos en el error de creer que una familia “distinguida” dominicana del año 1915 era algo que podía compararse con otra familia igualmente distinguida de Francia o de España o de Cuba. En esos tiempos la gente de “buena sociedad” de nuestro país componía las capas mediana y alta de la pequeña burguesía, y a menudo un comerciante rico, con mucho más poder económico que un miembro de las familias “distinguidas” no podía ir a un baile de esas familias porque aunque tuviera

dinero carecía de autoridad social. Ese era el caso, por ejemplo, de Rafael Alardo, personaje casi mítico a quien se mencionaba como el hombre más rico de la capital de la República y se le atribuía ser dueño de no menos de cien casas, pero al parecer eran contadas las personas que podían decir que lo habían tratado, y por otra parte, nadie lo vio nunca en un baile o en una de las fiestas en que se reunían lo que las crónicas sociales que publicaba el *Listín Diario* llamaban “lo más granado” de la ciudad.

Las familias Ricart y Bonetti eran conocidas en la capital por lo menos desde mediados del siglo pasado.

Los Ricart eran comerciantes y el nombre de varios de ellos aparece en las páginas 114 y siguientes del libro *La República Dominicana* de Enrique Deschamps, publicado en España en 1907, así como en *El Libro Azul*, que data de 1920. Los Bonetti aparecen en la obra de Deschamps, sin datos de sus oficios o profesiones; eran importantes desde el punto de vista social pero no el económico. Pocos años después, Ernesto Bonetti sería miembro del Gobierno que encabezó Horacio Vásquez a partir de 1924, pero no sería sino en la etapa del desarrollo capitalista de Trujillo cuando los Bonetti entrarían en las actividades económicas con el establecimiento de la fábrica de aceite de maní que el Pueblo conocería con nombre de La Manicera.

En mayo de 1915, un Ricart y un Bonetti, “dos distinguidos y apreciados elementos de esta sociedad”, se liaron a os en pleno parque Colón, que era el centro social de la capital de la República, y para salvar la vida de uno de ellos, que fue atacado por varios oficiales —se supone que compañeros del general Ricart—, fue necesario que interviniera personalmente el secretario de Estado de lo Interior y Policía, licenciado Elias Brache, abogado bien conocido en el país. La sola mención del hecho y de sus consecuencias inmediatas, entre ellas la intervención de un miembro del Gobierno de tanta categoría como lo era el jefe político de los cuerpos de orden del país,

indica que en la República Dominicana no se había formado todavía una clase burguesa que tuviera las condiciones indispensables para ser la clase económica dominante, y naturalmente, si no teníamos una clase dominante mal podíamos tener una gobernante.

Los duelos a tiros que celebraban los burgueses de Francia estaban sometidos a un ceremonial muy detallado. Para empezar, el ofendido debía golpear al ofensor con un guante de mano en la cara o entregarle una tarjeta de desafío o enviarle dos padrinos que debían entrevistarse con los padrinos del desafiado. En algunos casos los padrinos podían quedar reducidos a uno por cada uno de los duelistas; pero eran los padrinos quienes convenían las peculiaridades del duelo, como si era a muerte o a primera sangre, a tantos disparos cuando las armas escogidas eran de fuego y a cuántos pasos debían situarse los dos enemigos. El ceremonial de los duelos era tan meticuloso que se tenía el cuidado de llevar médicos a lo que se llamaba, pomposamente, el campo del honor.

Ese ceremonial obedecía a reglas del juego social, no a leyes promulgadas por el Gobierno. Con tales reglas se encauzaban de manera ordenada los actos de violencia personal en países donde había una clase gobernante; pero en la República Dominicana, donde en 1915 no había aún una burguesía que tuviera en sus manos el poder de una clase económicamente dominante, dos hombres separados por diferencias personales graves, que muy a menudo eran producto de chismes de terceros, no obedecían a ninguna regla cuando necesitaban desahogar sus pasiones de manera violenta; y donde se encontraban “jalaban” las armas de fuego que todo varón adulto llevaba en la cintura mientras estaba de pie y colocaba en una silla al lado de su cama cuando se metía en ella; “jalaban” y disparaban a matar, tal como lo hicieron el 13 mayo de 1915 el general Octavio Ricart y Luis Bonetti.

La pequeña burguesía está formada por capas o grupos de personas que no son obreros pero tampoco burgueses, esto último debido a que los medios de producción que poseen son tan limitados en cantidad que limitan su producción de bienes y por tanto limitan también el número de trabajadores que pueden emplear cuando se trata de pequeños burgueses productivos, por ejemplo, los artesanos o los pequeños propietarios campesinos.

La incapacidad para producir en gran escala le impide al conjunto de la pequeña burguesía pasar a burguesía, aunque hay siempre pequeños burgueses aislados que llegan a los niveles de la burguesía, pero por la misma razón el conjunto de los pequeños burgueses no puede llegar nunca a ser una clase dominante y mucho menos a ser una clase gobernante si bien su existencia está asegurada en todos los países que forman la cadena capitalista mundial, así se trate de aquellos que la forman en condición de eslabones pobres y por tanto dependientes como era el caso de la República Dominicana en el año 1915.

El *Manifiesto comunista* Marx y Engels dijeron que en esos países “se ha formado una nueva pequeña burguesía, que oscila entre el proletario y la burguesía, que reconstituye como parte integrante de la sociedad burguesa”, y sin duda esa reconstitución “como parte integrante de la sociedad burguesa” se da aún en aquellos lugares donde todavía no se ha formado la burguesía, como sucedía en nuestro país en los primeros años de este siglo.

Donde no hay producción capitalista no hay burguesía ni hay proletariado, fue Marx quien lo explicó cómo se inicia en un país la producción capitalista. Lo dijo en el primer párrafo del capítulo XI de *El Capital* con estas palabras:

“La *producción capitalista* tiene, histórica y lógicamente, su *punto de partida* en la reunión de un número relativamente grande de obreros que trabajan al mismo tiempo, en el mismo sitio (o, si se prefiere, en el mismo campo de trabajo), en la fabricación de la misma clase de mercancías y bajo el mando de

mismo capitalista”. (Las *itálicas* son de Marx).

Se sabe que las condiciones a que se refirió Marx se dieron en nuestro país a principio del siglo XVI, que fue cuando comenzó aquí la producción de azúcar, pero hecha con trabajo esclavo, no con el de obreros, y se sabe también que la fabricación de azúcar no pudo desarrollarse y acabó fracasando porque no se les permitió a los dueños de ingenios vender su producción fuera de España, y a partir de entonces en ningún momento de nuestra historia antes de 1870 ó 1874 pudo reunirse “un número relativamente grande de obreros” que trabajaran “al mismo tiempo, en el mismo sitio (o, si se prefiere, en el mismo campo de trabajo), en la fabricación de la misma clase de mercancías y bajo el mando del mismo capitalista.

En el libro conferencia y artículos (Alfa y Omega, Santo Domingo, 1980) al referirnos a la historia del azúcar en la República Dominicana (páginas 59-108) decimos que aunque el primer ingenio que tuvo el país al renacer en el siglo pasado la industria azucarera fue el que establecieron en Puerto Plata los cubanos Carlos y Diego Loynaz, el primero a vapor fue La Esperanza, del también cubano Joaquín M. Delgado, quien lo fundó en el año 1874, y debe ser considerado el primero porque el de los hermanos Loynaz fracasó poco tiempo después de haber sido montado.

Podemos decir, pues, que en el año 1874 se inicia la producción capitalista en la República Dominicana, y podemos agregar que su desarrollo fue extremadamente lento puesto que en el año 1893 los ingenios del país estaban produciendo tan sólo algo más de 36 mil toneladas cortas, una cantidad que estaba por debajo de lo que producía Cuba ochenta y siete años antes, o sea, en el 1806, y no hay noticias de que para el 1893 estuviera funcionando aquí otra industria que pudiera ser calificada de capitalista.

¿Cuánto tiempo necesitaba para desarrollarse dentro del sistema capitalista un país cuyos habitantes no podían llegar en

1874 a 450 mil, que no se reunían en ninguna ciudad en número superior a 15 mil, esto es, a menos de 3 mil familias, y por esa razón no podían constituir centros comerciales importantes ni aún teniendo un poder adquisitivo superior al que les era dable tener en las condiciones de miseria general en que vivía el grueso de la población?

En el mejor de los casos necesitaba de cincuenta a sesenta años, pero como la República Dominicana no se hallaba en el mejor de los casos iba a necesitar más tiempo o tendría que ser llevada a empujones hacia el tipo de organización que se requiere para adaptar al capitalismo una población de hábitos precapitalistas. Esos empujones, muy rudos por cierto, le serían dados por la intervención militar norteamericana de 1916 y por la prolongada dictadura de Trujillo.

En 1915 éramos todavía un país sin desarrollo capitalista cuyos habitantes no podían ni pensar ni actuar como burgueses, y eso explica lo que les sucedió a varios diputados según cuenta uno de ellos, Antonio Hoepelman, en las páginas 138-41 de su libro. Dice él que el 4 de agosto (de 1915) salió a la calle a averiguar por qué habían caído presos el Lic. Abigaíl Montás y el doctor Armando Aybar, los dos diputados como él por el partido horacista, y en la esquina lo detuvo el comandante Chucho García. Relata Hoepelman:

“...Me desceñí el revólver que tenía en el cinto, el cual envié a mi casa con uno de los guardias y me puse a las órdenes del Comandante García, quien... me llevó... directamente a la Fortaleza y de allí a una celda en la Torre del Homenaje..”
“presos permanecimos en aquellos calabozos los señores Luis Felipe Vidal, Lcdo. Montás, Dr. Aybar y yo durante 30 días consecutivos, incomunicados y sin haber sido interrogados ni dicho el motivo de nuestra prisión”.

¿Qué clase de sociedad era la dominicana de 1915, que no podía ofrecerles garantías legales ni siquiera a los representantes elegidos del Pueblo ni a un “general” y político de renombre

como Luis Felipe Vidal?

XIV

En las elecciones de 1914 salió ganadora una conjunción del partido de los bolos o jimenistas y del partido que dirigía Federico Velásquez. El candidato de esa conjunción a la Presidencia de la República era Juan Isidro Jimenes.

Jímenes había sido el comerciante más importante del país en el siglo XIX, y aunque no se dispone de datos históricos que lo demuestren, parece haber sido el más importante en toda la historia dominicana. La Casa Jimenes tuvo sucursales en varios lugares y en Haití y Francia, pero había entrado en declinación desde fines del siglo pasado y sin haber presentado quiebra había quedado disuelta cuando su fundador y jefe fue elegido en 1914 para encabezar el Gobierno.

Debemos suponer que para llevar su firma comercial desde una pulpería de Sabaneta hasta tener sucursales en otros países, Jimenes necesitó tener condiciones de burgués; y si lo suponemos debemos pensar que el Gobierno que él presidió sería de métodos y criterios burgueses. Pero es el caso que no fue así ni podía serlo porque la sociedad dominicana no producía políticos burgueses y para formar su gobierno Jimenes no podía importar burgueses de otros países.

Dados los antecedentes históricos que hemos descrito en esta serie de artículos, según los cuales desde que comenzó la guerra de la Restauración no había habido paz en el país excepto en los años en que la paz fue impuesta a filo de sable por una dictadura, el cargo más importante en el Gobierno de Jimenes era el Ministerio de Guerra y Marina, que le fue entregado a Desiderio Arias. Luis F. Mejía, en *De Lilis a Trujillo*, Editora de Santo Domingo, S.A., 1976, pág. 113, describe a Arias así:

“Salido de las bajas capas sociales, carretero en su juventud, al servicio de la casa comercial de Jimenes, de escasa instrucción y

muy limitada cultura, pero de cierta natural inteligencia, debió su elevación a sus excepcionales dotes de guerrillero”.

Arias era de origen bajo pequeño burgués pobre y sus compañeros en el Ministerio eran miembros de otras capas de la pequeña burguesía porque, como hemos dicho, el país no producía políticos burgueses, no podía producirlos debido a que su desarrollo social no podía ser más rápido que su desarrollo económico. La pobreza general se reflejaba en las limitadas recaudaciones de impuestos que hacía el Gobierno. Mejía dice que “como consecuencia de los tres años (anteriores) consecutivos de guerras civiles, reinaba en las finanzas la mayor desorganización. Las rentas producían muy poco. En las provincias trabajaban los alambiques (de ron) en combinación con las autoridades locales y sólo se perseguía a los infractores (productores clandestinos de ron) de la Ley de Estampillas cuando eran contrarios políticos”. Sigue diciendo Mejía (pág. 114):

“El Ministro de Hacienda, Pérez Perdomo, empeñóse en corregir esos abusos y en ajustar los diversos departamentos de la administración a las asignaciones fijadas para cada uno por la ley de Presupuesto, pero hubo de tropezar con serios inconvenientes, pues Ministros de la Guerra y de lo Interior, Arias y Brache, tenían a su cargo un gran número de oficiales (guerrilleros) y partidarios para quienes no hallaron nada dentro del tren de empleados (públicos). Había, además, contraído el primero numerosos compromisos económicos durante las últimas guerras civiles. Como el Ministro de Hacienda rehusaba dar los fondos necesarios para ambas necesidades políticas, colocóse en posición difícil con los expresados compañeros de gabinete, los más destacados personajes de la hora.

El ministro de lo Interior, abogado, de nombre Elías Brache, no procedía de la baja pequeña burguesía pobre, como Arias. El autor de estas líneas recuerda precisamente en la época a que se refiere Luis F. Mejía, entre 1915 y 1916, y recuerda al detalle su familia y la casa en que vivía en La Vega. El licenciado Brache

era un pequeño burgués del sector profesional de la capa alta, pero colocado en determinadas circunstancias actuaba igual que Arias. Lo que decimos está ilustrado por un episodio de su vida que contamos en *Composición social dominicana* (Alfa y Omega, Santo Domingo, 11ª. edición, págs. 234-5) de la siguiente manera:

“A mediados de abril (1913), el Congreso eligió presidente a un horacista, el general José Bordas Valdés, que debía gobernar provisionalmente durante un año. El día de su elección se produjo un episodio típico de la conducta caótica de la pequeña burguesía nacional. El licenciado Elias Brache, que había sido ministro en el gabinete del padre Nouel, bolo, miembro de la alta pequeña burguesía profesional del Cibao, tomó por sorpresa uno de los buques del Gobierno y se dirigió con él a San Pedro de Macorís, donde le propuso al gobernador que se levantara contra el Gobierno; no lo consiguió y siguió viaje a Monte Cristi para unirse al general Arias, quien también tenía bajo sus órdenes otro buque de guerra nacional. Desde Monte Cristi Arias y Brache pretendieron imponer a Bordas condiciones similares a las que Arias quiso imponerle a Nouel.

XV

En julio (en los primeros días, dice Mejía, obra mencionada, pág. 115) se levantó en armas en los campos de Santiago Quirico Feliú, aquel “general” que siendo gobernador de Puerto Plata había suspendido en el mes de enero de ese año (1915) a varios empleados públicos. El alzamiento se llevó a cabo en el Cibao y rápidamente tuvo eco en San Cristóbal, donde se levantó Lico Castillo, y en la región oriental, donde, según dice Mejía, (pág. 115) “aparecieron varias montoneras, capitaneadas por Chachá Goicochea, Vicente Evangelista y Calcaño”.

Hacía casi un año que había comenzado en Europa la Primera Guerra Mundial; no hacía aún dos que el Gobierno norteamericano de Woodrow Wilson había impuesto su voluntad sobre los políticos dominicanos para que fuera aceptado

como presidente provisional de la República el arzobispo Nouel y menos de uno que impuso en el cargo al Dr. Ramón Báez, y el 21 de ese mes de julio el Encargado de Negocios norteamericanos en el país les enviaba a los jefes de los contados partidos políticos (eran dos) que no compartían el Gobierno con los bolos o Jimenitas una comunicación en la que se leían estos párrafos:

"El presidente Jimenes... recibirá de los Estados Unidos cualquier ayuda que sea necesario para obligar al respeto su administración... He sido instruido por el Gobierno de los Estados Unidos para llamar la atención a los jefes de la oposición no sólo con respecto a lo que precede, sino de que en caso de que sea necesario, del desembarco de tropas para imponer el orden y respeto al Presidente electo por el Pueblo".

¿Se debió esa comunicación a que el presidente Jimenes había solicitado ayuda al Gobierno de Wilson para hacerles frente a los levantamientos de Quirico Feliú, Lico Castillo, Chachá Goicochea, Vicente Evangelista y Calcaño?

No. El presidente Jimenes no le había pedido al Gobierno de Estados Unidos ninguna clase de respaldo, ni político, ni económico ni militar. Lo que sucedía era que la etapa imperialista de la política exterior norteamericana, iniciada a fines del siglo pasado, avanzaba de manera impetuosa en la región del Caribe y la ausencia de una clase gobernante en la República Dominicana actuaba como un imán poderoso que atraía hacia el país las fuerzas imperialistas, y llevado por ese impulso y por el que le comunicaba el vacío de poder en que se hallaba la sociedad dominicana, el Encargado de Negocios de Estados Unidos envió a la Cancillería una nota —la número 167— en que le ofrecía al presidente Jimenes el apoyo del Gobierno norteamericano. La noticia de esa nota aparece en *Resumen de historia patria*. Editorial Librería Dominicana, Santo Domingo, 1966, pág. 325, cuyo autor, Bernardo Pichardo, recibió la nota en su condición de ministro de Relaciones Exteriores de la

República.

La nota del Encargado de Negocios yanqui estaba fechada el 23 de julio y el día 28 comenzaba la ocupación militar de Haití con tropas de infantes de marina que bajaron del acorazado Washington para tomar la ciudad de Port-au-Prince.

Lo que estaba sucediendo en Haití debió haber alarmado a los políticos dominicanos, sobre todo si conocían las intenciones de Estados Unidos, y debían conocerlas porque era imposible conservar en secreto las maniobras diplomáticas norteamericanas y las presiones a que estaba sometido el Gobierno de Jimenes. Pero una sociedad que está supuestamente organizada como un Estado independiente carece de cohesión si no está dirigida por una clase gobernante que ponga las reglas del juego y las haga cumplir; y en el caso de la República Dominicana de ese momento histórico, la falta de cohesión social afectaba a la propia familia del presidente de la República en tal forma que el aparato del Estado no podía funcionar de manera eficiente ni en su nivel más alto.

Las luchas entre los miembros del Ministerio, que eran un reflejo de las luchas de clases propias de los diferentes sectores y capas de la pequeña burguesía, llevaron al presidente Jimenes a nombrar ministro de lo Interior a su sobrino Enrique Jimenes, conocido en el mundillo político por su decisión y actuación en varios de los combates que tuvieron lugar en la región de la Línea Noroeste por los días de la llamada guerra de los quiquises; pero como su designación de ministro de lo Interior convertía a Enrique Jimenes en virtual heredero político de su tío, la corriente jimenista o bola encabezada por Desiderio Arias y Elias Brache, conocida como *jimenismo pata prieta*, se dedicó a obstaculizar al nuevo ministro, y la señora del presidente pedía el cargo para su hijo José Manuel, que acabó sustituyendo a su primo hermano Enrique sin que tuviera las condiciones necesarias para ocupar su puesto.

Esa sustitución dejó al Gobierno en estado de debilidad tan grande que el ministro Plenipotenciario de Estados Unidos pudo presentar a la Cancillería una nota escandalosa, que no se habría atrevido a enviar en un país donde hubiera habido una sociedad coherente. En la nota se demandaba que la fiscalización de la recaudación y los gastos del Estado se pusieran en manos de funcionarios norteamericanos y que el Ejército dominicano quedara disuelto y en su lugar se creara una Policía comandada por oficiales yanquis.

De haber habido en el país una clase gobernante, ésta habría reaccionado tomando decisiones que aseguraran su control del Estado y en consecuencia del flujo de los beneficios económicos que se derivarían de ese control; pero como esa clase no se había formado aún, lo que hicieron los jefes políticos de los diferentes sectores y capas de la pequeña burguesía fue lanzarse unos contra otros en una lucha parecida a la de animales hambrientos, que aún siendo de una misma especie se atacan entre sí con ferocidad cuando están comiendo juntos, y con esa lucha crearon las condiciones necesarias para que las fuerzas militares de Estados Unidos entraran en el país y pasaran a ocupar el lugar que debió haber ocupado la clase gobernante que no teníamos.

XVI

La lucha entre los jimenistas o bolos *pata prieta* y los *pata blanca*, así como la de los horacistas o rabudos contra el presidente Jimenes, llegó a tal grado que en abril de 1916 los *pata blanca* hicieron presos a dos jefes militares *pata prieta*, y se le prohibió la entrada en la Fortaleza del Homenaje al ministro de la Guerra, general Arias, a lo que éste respondió haciendo presos a dos jefes militares *pata blanca*. Los gobernadores de provincia, con excepción de uno, se declararon partidarios de Jimenes, y por tanto *pata blanca*, pero un general *pata prieta* pronunció la ciudad de Santiago a favor de Desiderio Arias.

En medio de esa situación de desorden general, Jimenes fue acusado en la Cámara de Diputados de haber violado la Constitución y la acusación fue hecha por diputados bolos *pata prieta*, a los que se sumaron los horacistas y los legalistas. El presidente no aceptó la acusación y se retiró a un lugar cercano a la Capital llamado Cambelén, donde empezaron a concentrarse fuerzas enviadas de varias provincias. Mientras tanto, frente a la ciudad se fondeó un buque de guerra norteamericano cuyo comandante advirtió que Si llegare a ser necesario el desembarco de fuerzas se previene por la presente que cualquier acto de hostilidad contra las tropas americanas dará por resultado una acción seria por parte de esas tropas.

Casi inmediatamente después llegaría desde Haití el contraalmirante Caperton, cuya misión era iniciar la ocupación militar del país. El día 8 de mayo presentó Jimenes su renuncia a la presidencia; el día 13 Caperton y el ministro Russell enviaban a Arias un ultimátum para que entregara los cuarteles a las fuerzas yanquis a más tardar el día 15, el 14 salieron de la capital Arias y sus soldados y oficiales y el 15 entraron en la ciudad Caperton y los suyos. Había comenzado la intervención militar norteamericana que iba a durar ocho años y dos meses.

Aunque el país había sido ocupado por un poder extraño, el Estado dominicano no quedó disuelto porque siguieron funcionando las Cámaras de diputados y senadores y el Consejo de secretarios de Estado formado por los que habían sido ministros del presidente Jimenes; pero se trataba de un Estado fantasma que no tenía a su orden ni fuerza militar ni centros de recaudación de impuestos, y mientras tanto las tropas yanquis iban adueñándose del país y la Receptoría General de Aduanas —que desde el 1905 estaba bajo control norteamericano— se incautó de los fondos que producían impuestos no aduaneros. Las Cámaras eligieron presidente de la República al Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, que vivía en Santiago de Cuba

desde hacía años, como él mismo dijo al tomar posesión del cargo, “huyendo a los horrores de las luchas fratricidas”.

El presidente Henríquez y Carvajal tuvo que abandonar la Presidencia cuando el día 29 de noviembre de 1916 el capitán de navío H. S. Knapp proclamó, desde el acorazado *Olimpia*, que se hallaba surto en el antepuerto de Santo Domingo, que el Estado dominicano había sido disuelto y que en su lugar quedaba establecido, a partir de ese momento, un gobierno militar norteamericano encabezado por Knapp.

El gobierno militar dispuso una requisita de armas en todo el país. Mejía cuenta (páginas 144-5) que “en los campos se recogieron miles de revólveres”, y afirma que “en la provincia Duarte, de setenta y cinco mil habitantes para aquellos tiempos, se confiscaron más de cuatro mil. Con esa medida terminó la etapa de las guerras civiles que a menudo no eran tales guerras sino alzamientos de pocos hombres armados que tenían, sin embargo, el poder de paralizar la vida política en una o dos regiones y a veces en gran parte del país.

A partir de esa recogida de armas los partidos debieron aplicar, para movilizar a sus seguidores, métodos que hasta entonces no se habían conocido. Antes la actividad política era ejecutada por una minoría de hombres de acción, los más de ellos analfabetos campesinos de origen bajo pequeño burgués pobre y muy pobre y los menos de origen bajo y mediano, que llevaban a cabo esa actividad a tiros. Pero cuando esos hombres de acción quedaron desarmados se entró en una época nueva, pues había que llevar en automóvil y camiones a los campesinos ante la Junta Municipal (electoral) de su jurisdicción y darles cigarros, pan, queso, un trago de ron y un *clavao*” (moneda de 20 centavos). (Mejía, página 194).

Ahora bien, los móviles de la actividad política no cambiaron; siguieron siendo personalistas. El propio Mejía lo dice cuando explica que “al decidirme en la política, mi identificación en ideales con Horacio Vásquez desde la iniciación de la

campaña nacionalista, mis amistades íntimas y fraternales de largos años con prominentes horacistas de San Francisco de Macorís, me señalaron una orientación, no obstante tener el concepto de que Peynado [*el candidato opuesto a Vásquez*, nota de JB] podría ser también un excelente Presidente... Me incorporé, pues, sin entendidos, ni promesas previas, al Partido Nacional [*nombre que había tomado para las elecciones de 1924 el partido horacista o rabudo*, nota de JB], en cuyo seno los más me recibieron con entusiasmo y algunos con celos de preponderancia”. (Mejía, págs. 191-2).

En esas líneas entrecomilladas está pintado al detalle el mural de la realidad social dominicana de 1924: Un país poblado por pequeños burgueses que actuaban como individuos, no como miembros de clases, que no había dado una sociedad burguesa porque todavía no había salido de su etapa capitalista si bien ya estaban echadas las bases —y las había echado la intervención militar extranjera— para que se pasara al capitalismo nacional en sus aspectos industrial y financiero. El autor del libro *De Lilis a Trujillo* lo dejó dicho cuando aclaró que al decidirse a afiliarse en el Partido Nacional “algunos lo recibieron con celos de preponderancia”; esto es, algunos miembros de su propia capa pequeño burguesa —la alta del sector profesional— le temían a competir con él por un puesto público, temor que se explicaba porque al nivel de mediana y la alta pequeña burguesía la lucha de clases se convertía en luchas de personas, cosa que ocurría entre los bajos pequeños burgueses pobres muy pobres. Estos eran feroces en sus luchas con las capas mediana y alta, pero fraternizaban entre sí, y todavía hoy podemos ver esa fraternización si nos internamos en los barrios de las ciudades donde viven los bajos pequeños burgueses de las capas pobre y muy pobre.

XVII

Las fuerzas militares norteamericanas estuvieron sustituyendo durante ocho años a la clase gobernante que la sociedad dominicana no había producido y salieron del país sin haber sido sustituidas por un clase gobernante. Para que ellas abandonaran el territorio nacional se convino un plan de desocupación que se hizo público el 13 de septiembre de 1922. La primera parte de ese plan sería la selección y la instalación de un gobierno provisional formado por un presidente y sus secretarios de Estado (ya no se llamarían ministros, como se llamaban antes del desmantelamiento del Estado dominicano dispuesto por la proclama del capitán Knapp), todos los cuales serían escogidos por los jefes de los partidos horacistas, velazquista y jimenista (Jimenes había muerto tres años antes en Puerto Rico y su partido estaba representado por el Lic. Elias Brache), por el arzobispo de Santo Domingo, Adolfo Nouel, y por el Lic. Francisco José Peynado, principal autor del plan de evacuación.

El presidente provisional escogido fue Juan Bautista Vicini Burgos, y su gobierno tenía que negociar con el de Estados Unidos todos los puntos políticos y económicos relativos al abandono del país por el poder norteamericano así como organizar elecciones que deberían celebrarse en marzo de 1924 para escoger un Colegio Electoral. Ese Colegio elegiría senadores y diputados los cuales propondrían las reformas a la Constitución de 1908 que fueran necesarias para darles validez constitucional a los acuerdos convenidos entre el Gobierno provisional y el de Estados Unidos, y las reformas serían sometidas a una Asamblea Constituyente que sería elegida para el caso. El presidente de la República sería elegido por la mayoría de los votos de todo el electorado.

Mejía, que fue actor en ese proceso electoral, dice que “al instalarse el Gobierno Provisional, renació vigoroso el partidatismo” (página 190). Los candidatos presidenciales fueron Horacio Vásquez, por su partido y por el de Velázquez, que

habían formado una alianza, y Peynado, que formó, basándose en el partido jimenista, la Coalición Patriótica de Ciudadanos. Mejía refiere (página 192) que “La campaña eleccionaria empezó inmediatamente por la prensa, en mítines y manifestaciones públicas”, pero olvida decir que ésa era una novedad en la historia política del país porque antes del desarme general hecho por las fuerzas militares extranjeras no se habían celebrado mítines ni manifestaciones públicas. Los primeros mítines que conocieron los dominicanos fueron los que se llevaron a cabo precisamente durante la ocupación militar yanqui para pedir que dejaran libre la tierra de Juan Pablo Duarte.

La noche anterior a las elecciones, cuenta Mejía (pág. 196), “ambos bandos celebraron fiestas en los campos, para reunir sus adeptos, con sancochos, tragos y cigarros en abundancia. Se bailaba el típico merengue al son de los acordeones. Al amanecer los directores de los comités rurales (de los partidos políticos) llevaron a votar aquellos campesinos, casi todos analfabetos, gratificando a cada uno con un clavao”.

Las elecciones fueron ganadas por la alianza de horacistas y velazquiztas, llamada Nacional Progresista, y de acuerdo con las reformas que se le habían hecho a la Constitución de 1908, el Gobierno surgido de esas elecciones duraría cuatro años, que terminarían el 16 de agosto de 1928; pero como en el país no había una clase gobernante que pusiera las reglas del juego político y social e hiciera cumplir esas reglas, año y medio o algo así antes de la fecha de la expiración del mandato presidencial empezó Enrique Apolinar Henríquez a publicar una serie de artículos en que opinaba que el Gobierno del presidente Vásquez había sido elegido según lo establecía la Constitución de 1908 y por tanto debía durar seis años; y el presidente Vásquez, que había sido durante más de un cuarto de siglo un luchador contra la prolongación de los períodos presidenciales, aprobó la tesis de Henríquez, y una vez aprobada por él fue aceptada por todos los horacistas que tenían posiciones destacadas en el Gobierno. Una

reforma constitucional llevada a cabo en junio de 1927 prolongo el mandato del presidente Vásquez, de los senadores, los diputados y del vicepresidente Velázquez hasta el 16 de agosto de 1930.

La prolongación del período presidencial, y con él el correspondiente al vicepresidente de la República y a los senadores y diputados no parecía indicar que Horacio Vásquez había resuelto sustituir a la clase gobernante que el país no tenía, sin embargo, eso era lo que se proponía el jefe del Gobierno con el apoyo de los líderes medios y bajos de su partido, pues desde principios de 1929, tal como lo refiere Mejía (página 230) “se emprendieron en la prensa, con entera libertad, intensas campañas en pro y en contra de la reelección... la reelección seguía en marcha, con las acostumbradas cartas públicas dirigidas al general Vásquez en solicitud de su aceptación. Se convocó, por último, una Asamblea Constituyente, encargada de reformar el precepto constitucional que la prohibía”.

La nueva Constitución fue votada por unanimidad el 20 de junio de 1929 y el 22 de octubre, día de su cumpleaños ante una manifestación celebrada frente a su residencia para pedirle que aceptara ser postulado candidato presidencial en las elecciones que debían celebrarse el año siguiente, Horacio Vásquez declaró que aceptaría ser candidato a la reelección. Lo que evitó que el presidente Vásquez se reeligiera fue la gran crisis económica que estalló en Estados Unidos pocos días después de la manifestación del 22 de octubre. Esa crisis sacudió al capitalismo en sus cimientos y en pocos días paralizó la economía dominicana como la de todos los países de América, empezando por los del Caribe. La parálisis le ofreció al general Rafael Leónidas Trujillo, jefe del ejército, la coyuntura necesaria para que se lanzara a tomar el poder político y pasara a ser, en forma absoluta, el sustituto, durante casi un tercio de siglo, de la clase gobernante que la sociedad dominicana no había formado y no iba a formar

ni siquiera en el largo período en que estuvo bajo el mando de Trujillo.

XVIII

Hay un rasgo común a casi todos los gobernantes de la historia dominicana que sustituyeron en el uso del poder del Estado a la clase gobernante que no hemos tenido —y que todavía no tenemos—, y es su dedicación a favorecer de manera legal y especialmente ilegal a personas determinadas. Algunas de esas personas fueron extranjeras domiciliadas en el país y otras extranjeras que no vivían aquí, pero la mayoría de los que se hicieron ricos con el apoyo oculto o abierto de un gobierno han sido dominicanos, y lo mismo en el caso de esos dominicanos que en el de los extranjeros avocindados en el país, los gobernantes que los favorecieron tomaron parte, de manera consciente o inconsciente, en la tarea de formar y desarrollar una clase económicamente dominante que más tarde o más temprano pasaría a convertirse en una clase gobernante.

Hemos dicho casi todos los gobernantes y no todos porque no hay constancia de que Ramón Cáceres facilitara o tolerara el enriquecimiento de nadie poniendo al servicio de ese enriquecimiento el poder del Estado o haciéndose el ignorante si lo ponía alguno de sus funcionarios. En nuestra opinión Cáceres sustituyó de manera instintiva —o tal vez sería más correcto decir que pretendió sustituir— a la clase gobernante que el país no había producido pero no por razones de beneficio personal, de índole política o económica, sino porque de no haberlo hecho no le habría sido posible gobernar. Cuando Cáceres tomó el poder, las consecuencias de la falta de una clase gobernante se sentían en el país de manera tan intensa que un hombre como él tenía necesariamente que tratar de imponer ciertas reglas del juego político que eran ignoradas por todas las clases y capas de clases de la sociedad dominicana.

De todos modos, los gobernantes que facilitaron o toleraron el enriquecimiento ilícito de extranjeros y de nacionales, lo mismo

si lo hicieron por razones de beneficio personal económico que por conveniencia política, estaban, al hacerlo, sirviéndole al sistema capitalista, porque éste funciona a base de la existencia de una clase que explota el trabajo de otras, y esa clase va formándose en la medida en que unas cuantas personas pueden hacer su acumulación originaria; y en la República Dominicana, como en cualquier otro país de capitalismo tardío, la corrupción administrativa, en sus variedades de robo abierto o encubierto, tráfico de influencias y soborno, es una forma de acumulación originaria que está en uso cuando faltan menos de veinte años para que termine el siglo XX, de manera que en el momento en que se escriben estas líneas* todavía nos hallamos, en ese aspecto, en la etapa inicial del capitalismo; y es precisamente el hecho de que el capitalismo no se desarrollara entre nosotros antes lo que explica que no tengamos todavía una clase gobernante a pesar de que somos un país capitalista, si bien de escaso y muy tardío desarrollo.

*El 20 de noviembre de 1981, en La Habana.

Lo que acabamos de decir no es válido si queremos aplicar esas conclusiones del lado opuesto, esto es, si creemos que en los países de capitalismo altamente desarrollado ya no se hace acumulación originaria, al menos por la vía de la corrupción administrativa, el tráfico de influencias y el soborno. Es cierto que no la hallamos en Alemania Federal, en Francia, en Inglaterra, en Suecia, pero la encontramos en Estados Unidos, donde muy a menudo se descubren y se hacen públicos sobornos a figuras importantes de la vida política, como senadores, representantes (diputados) y jueces, algunos de estos de los más altos tribunales del país, incluyendo en ellos la Corte Suprema, y se dan casos como el de Lyndon B. Johnson, que habiendo trabajado durante su vida únicamente al servicio del Estado, desde peón caminero en sus años mozos —puesto por el cual cobraba sin prestar servicios— hasta presidente de la República,

murió millonario gracias a una febril actividad comercial ilícita que llevó a cabo cobrando favores hechos desde sus cargos públicos, pero esos cobros aparecían ante las leyes como beneficios de empresas en las que no figuraba su nombre.

La acumulación originaria viene haciéndose de manera incesante en Estados Unidos desde los tiempos coloniales, cuando se hacía mediante la guerra a los pueblos indios y su dispersión para despojarlos de sus tierras, pero esa práctica se mantuvo durante la mayor parte del siglo pasado, y junto con ella se mantuvo la de la esclavitud de negros africanos, que no sólo eran vendidos a colonos ricos del Sur sino además comprados en África por negreros norteamericanos. Las bandas de cuatreros que florecieron después de la guerra de Secesión, sobre todo en el oeste del país, exaltadas en novelas y películas de los primeros años de este siglo, así como las de gánsteres o pandilleros que duraron hasta pasados los años de 1930 y tantos, y los muchos negocios que controlan las organizaciones mafiosas, entre los cuales está el de la importación y venta de drogas alucinógenas; todas fueron y son actividades propias de las épocas de acumulación originaria. Debemos decir, sin embargo, que en Estados Unidos hay desde los primeros tiempos de la independencia una clase gobernante que estableció y hace cumplir las leyes del juego social, por lo menos en el terreno político, como lo demuestra la aplicación de sanciones a importantes figuras políticas que violan esas leyes, entre ellas a jueces, senadores, representantes y hasta a un presidente de la República: Richard M. Nixon.

La etapa imperialista de la historia norteamericana, que se inició a fines del siglo pasado, y la de la aparición de las grandes firmas transnacionales, corresponden también a la del uso de los métodos de la acumulación originaria, pues en los dos casos empresas industriales y financieras se valen del poderío político y militar de Estados Unidos para someter a su dominio a pueblos

débiles con el fin de explotar sin misericordia sus riquezas naturales y su mano de obra, y para hacer negocios que les dejen millones de dólares sobornan a personajes políticos de países de capitalismo desarrollado donde desde hace tiempo no se lleva a cabo la acumulación originaria. De lo que acabamos de decir es buen ejemplo el soborno del príncipe consorte de Guillermina, la reina de Holanda, ocurrido hace algunos años.

XIX

En los Estados Unidos se han mantenido hasta hoy los métodos de la acumulación originaria, a menudo entremezclados con los de la acumulación capitalista, pero los beneficiarios de los primeros no han pretendido sustituir a la clase gobernante, entre otras razones porque esa clase les sirve a ellos cuando le conviene hacerlo para reforzar su dominio político a nivel nacional o internacional como lo demuestra el uso de un jefe de gansteres, Lucky Luciano, para resolver en Italia un problema político militar durante la Segunda Guerra Mundial o e de Sam Giancana para organizar el asesinato de Fidel Castro, pero en la República Dominicana el limitado desarrollo capitalista ha impedido el desarrollo de todos los sectores de la burguesía y de la pequeña burguesía cuyo fortalecimiento cuantitativo e ideológico burgués es indispensable cuando se trata de la integración de una clase gobernante, lo que explica que en nuestro país sigan teniendo uso los métodos de la acumulación originaria y se mezclen también con los de la acumulación capitalista, pero por razones diferentes a las que se dan en Estados Unidos.

Lo normal es que en un país capitalista la clase gobernante sea la burguesía, que pasa a esa categoría después de haber sido clase económicamente dominante, y puede llegar a formar un frente de clases gobernante dándoles participación en él, aunque de manera limitada y más bien formal, a la clase obrera y a la campesina, como lo ha hecho en los países donde se ha

establecido la llamada socialdemocracia a la manera en que puede verse en Suecia o en Alemania Federal.

A veces el tránsito de clase dominante a gobernante requiere de mucho tiempo y a veces de menos; depende de cuánto tarde en dar sus frutos la división social del trabajo, pues de ese proceso van surgiendo de manera natural los diferentes sectores burgueses: la burguesía terrateniente, la comercial, la industrial, la financiera, la técnica o profesional, la política, la militar. Los tres últimos sectores quedan formados, generalmente, por miembros de la pequeña burguesía alta, mediana y baja. Sin ellos no podría integrarse una clase gobernante porque ésta necesita contar en sus filas con personas capaces de mantener funcionando a toda capacidad el aparato burocrático estatal, los partidos políticos y las fuerzas armadas; y las últimas son la raíz misma y a la vez el tronco de cualquier tipo de Estado, no sólo del Estado burgués.

Detengámonos un poco a explicar cómo avanza, multiplicándose, la división social del trabajo. Esa división es un producto de dos hechos, uno objetivo y el otro subjetivo. El primero es el aumento de la población y el segundo es la lucha del hombre contra la Naturaleza para ponerla a su servicio; ambos se dan simultáneamente y ambos se influyen recíprocamente. Cuando la población se multiplica se multiplica también su capacidad para producir más alimentos, más medicinas, más y mejores viviendas, medios de transporte, centros de trabajo y estudios, y en consecuencia se van profundizando y extendiendo los conocimientos de todo tipo, entre ellos los de carácter social y político...

Con el desarrollo de las fuerzas productivas, que son un efecto del aumento de la población a nivel mundial pero también, aunque en grados diferentes, a nivel de cada país, se va dando la formación y la ampliación numérica de las clases sociales y también su producto político, esto es, la ideología. Lo natural es que una clase, cualquiera que sea, se integre como resultado del

desarrollo de la división social del trabajo pero tarda mucho tiempo, a veces siglos, en crearse o aceptar que se le cree una explicación ideológica —y por tanto política— de su existencia; o lo que es lo mismo, que se mantenga durante una etapa muy larga como clase en sí antes de pasar a ser una clase para sí, y esto último significa *antes de que haga el propósito de organizar la sociedad para ser dirigida por ella*.

En esa primera etapa la clase, si se trata de la burguesía en un país capitalista así sea del Tercer Mundo, ejerce una función de dominante, no de gobernante. A la de gobernante llegará después de haberse hecho consciente de su poder social y sobre todo después que de su seno hayan salido los sectores a que nos hemos referido.

De manera objetiva, el proceso que hemos tratado de explicar sigue las siguientes líneas generales:

La burguesía terrateniente, la comercial, la industrial y la financiera forman una clase dominante que se organiza por razones económicas, a efectos de una fuerza centrípeta, y arrastra consigo a la pequeña burguesía de todas las capas que a la vez que les sirve como instrumento de su dominación forma el semillero que de manera inmediata va a reproducir a esos sectores burgueses porque muchos de tales pequeños burgueses acabarán ascendiendo a burgueses, en la mayoría de los casos dentro del mismo sector burgués al cual le sirven.

En el desarrollo de los hechos que conducen a la nucleación o integración de los sectores capitalistas la burguesía terrateniente pasa a sustituir a la oligarquía latifundista; el comercio especializado acaba sustituyendo al comercio no especializado que conoció la República Dominicana hasta hace pocos años, esto es, el que vendía en un mismo local telas, zapatos, provisiones y bebidas, o el de almacenes de provisiones para vender al por mayor que tenían, también en el mismo local, ventas de esas provisiones al detalle —con lo cual competían con los comercios minoritarios a los que ellos surtían—, y a la vez

que se producía esa sustitución del comercio no especializado por el especializado se daba la del pequeño y mediano comercio por el grande, la de la pulpería y el colmado por el supermercado; y además el industrial sustituye al taller artesano y los establecimientos financieros sustituyen a los prestamistas individuales.

En la República Dominicana el proceso de las sustituciones a que acabamos de referirnos tardó casi un siglo. Empezó en los años de 1870 y tantos con la transformación en campos de caña para fabricar azúcar de latifundios improductivos o que se dedicaban a ganado que vivía en ellos de manera montaraz; pero ese proceso se dio con tanta lentitud que fue en 1963 cuando se fundó el primer banco comercial dominicano de capital privado y tras él aparecieron varios años después las empresas privadas de financiamiento. Para la fecha en que se escriben estas líneas en el país hay ya una clase dominante, pero carece de la sustancia social indispensable para convertirse en clase gobernante si bien hay signos de que comienza a preguntarse si no ha llegado el tiempo de que se convierta en clase para sí.

XX

En ninguna sociedad burguesa, y menos aun en las que corresponden a los países de capitalismo tardío —que son las del Tercer Mundo—, puede organizarse la clase gobernante si no participan en ellas todos los sectores capitalistas que forman la clase dominante, y además de ellos los sectores pequeño burgueses dedicados al ejercicio de la técnica en sentido general y al de las funciones militares en sentido particular. Este último sector juega un papel decisivo en el paso de la clase dominante a clase gobernante.

¿Qué lo lleva a jugar ese papel?

Su peso específico en el mantenimiento del aparato del Estado. Si las fuerzas armadas de cualquier país no comparten el criterio político de los que gobiernan ese país, a la menor

insinuación de enemigos internos o externos del Gobierno o por razones de un repartimiento de influencia política o de bienes económicos en que se sientan disminuidos o postergados, los militares derrocarán al Gobierno y colocarán en su lugar a personas que respondan a sus intereses o a los de los autores intelectuales de su acción. La única manera confiable, segura, de conseguir que los soldados no conspiren para derrocar gobiernos es dotándolos de una ideología que los haga capaces, en todos los órdenes, de comprender a fondo que su función de soldados es cumplir y hacer cumplir las reglas del juego que le impone a la sociedad su clase gobernante; y lo que acabamos de decir es válido para cualquier tipo de sociedad, lo mismo la esclavista que la feudal, la capitalista que la socialista.

El problema que se le plantea a una sociedad como la dominicana es que su escaso y tardío desarrollo capitalista le ha impedido producir una clase gobernante, y como ésta es la que impone las reglas del juego social y político, el país ha carecido, y sigue careciendo, de esas reglas; y las mismas causas que han determinado esa carencia han impedido que sus masas hayan alcanzado el desarrollo político necesario para comprender que los hombres no actúan en la vida política por motivos personales, como se les dice todos los días y en todas las formas imaginables; que el hombre es el producto de su sociedad y cuanto él hace en beneficio o en perjuicio de la sociedad es impulsado por ésta, o bien porque deja actuar a una de las clases que la componen o bien porque acaba aceptando, tras luchar contra esa clase, lo que ha hecho un representante de ella.

Por ejemplo, en el caso de la sustitución de la inexistente clase gobernante dominicana por un hombre, algunos lo hicieron por largo tiempo, lo que indica que sus hechos tuvieron aprobación social, y de ser así los motivos que impulsaron esos hechos no fueron personales; fueron producto de la falta de reglas del juego con que ha estado viviendo la sociedad dominicana desde hace más de un siglo. De haber habido esas

reglas del juego a ningún político o militar de nuestro país se le hubiera ocurrido la idea de ser él el elegido por quién sabe qué fuerzas ocultas para establecer y hacer cumplir esas reglas.

En la lista de esos hombres no figura Pedro Santana porque él representó a una clase, que fue la hatera, y gobernó por y para ella. Los que figuran en esa lista son Buenaventura Báez y Ulises Heureaux, en el siglo pasado, y en el actual, Ramón Cáceres, Horacio Vásquez, Rafael Leónidas Trujillo y Joaquín Balaguer. Hemos dicho que todos contribuyeron en alguna medida a la formación de la clase dominante que ya tiene el país, pero que la contribución de Cáceres no fue a través de personas sino mediante medidas de gobierno que tendían al fortalecimiento económico de las escasas individualidades burguesas que había en el país. En cierto sentido puede decirse lo mismo de Báez y de Heureaux, sólo que con la salvedad de que además de esas medidas usaron las de tipo personal y con ellas convirtieron en ricos a unos cuantos dominicanos y extranjeros aunque esos ricos, por lo menos en el caso de los dominicanos, no llegaron a integrar una burguesía.

Horacio Vásquez pretendió también sustituir a la clase gobernante que no existía y en su gobierno se enriquecieron algunos políticos, pero Vásquez mismo no figuró entre ellos; en cambio, su sucesor, Rafael Leónidas Trujillo, sustituyó de manera absoluta y por tiempo prolongado a la inexistente clase gobernante y gracias al uso de los métodos más brutales de la acumulación originaria, que se pusieron en práctica a través del aparato del Estado y por tanto contando con la fuerza de ese aparato, él mismo pasó de alto pequeño burgués a burgués terrateniente, comercial, industrial y financiero, el más importante que ha conocido la historia dominicana, y además formó con familiares y amigos un núcleo burgués pequeño pero muy poderoso en el orden político, económico y social.

A través del núcleo de capitalistas que él creó o fortaleció, Trujillo le impuso al Pueblo dominicano las reglas del juego que

él consideraba necesarias para la conservación de su poder. Esas reglas correspondieron a la breve pero justa descripción hecha por Marx cuando dijo que el capitalismo llega a un país echando sangre hasta por los codos. Debemos aclarar, sin embargo, que como a Trujillo, a pesar de todo su poder, le era imposible ir más allá de lo que se le podía pedir al desarrollo social de país, al desaparecer él no se había formado todavía la clase dominante dominicana, si bien en sus treinta y un años de control absoluto de la vida política, económica y social miles y miles de familias habían ascendido en la escala económica, varias de ellas hasta llegar al nivel de los burgueses.

El proceso de la división social del trabajo entró en desarrollo violento después de la muerte de Trujillo. A los tres años de ese hecho empezaron a verse los resultados de ese desarrollo en el establecimiento de supermercados y otros tipos de grandes comercios, como firmas importadoras de vehículos y maquinarias, fundación de bancos, periódicos, negocios de radio y televisión; y el proceso se aceleró con la llegada al Gobierno, en el 1966, del Dr. Balaguer, quien estuvo doce años sustituyendo a la clase gobernante que el país no ha tenido.

Desde el punto de vista cuantitativo, nadie en República Dominicana contribuyó tanto como el Dr. Balaguer a la formación de una clase dominante. En su gobierno se formaron cientos de millonarios, la mayor parte de ellos a través de negocios con el Estado, unas veces construyendo obras que el Estado pagaba en más de lo que valían y otras veces apoderándose, desde un cargo público —en direcciones o administraciones de empresas del Estado—, de tierras, dineros o bienes. A diferencia de lo que hizo Trujillo, el Dr. Balaguer no usó los mecanismos de acumulación originaria en provecho suyo, pero no hizo nada para impedir que lo hicieran funcionarios, amigos y favorecidos de su gobierno. En ese sentido él estaba preparado ideológicamente para aceptar que esos mecanismos son parte integrante del sistema capitalista, y

así lo dijo poco antes de las elecciones de 1978 cuando declaró que ningún gobierno —naturalmente, del sistema— podrá erradicar la corrupción administrativa.

La Habana,
30 de noviembre, 1981.

CAPITALISMO Y CLASE OBRERA*

I

En el diario *La Noticia* del 31 de agosto {1978} apareció una publicación titulada *Portuarios Piden Volver Sistema Trabajo de 1963* que puede darnos una idea bastante clara de lo que pensaba una mayoría de dominicanos cuando acudieron el 16 de mayo de este año a los colegios electorales. En esa publicación se refiere que dos líderes del Sindicato de Trabajadores Portuarios de Arrimo (POASI), hablando en presencia de un número alto de miembros de esa organización sindical, dijeron que estaban dispuestos a “sacrificar su propia vida en defensa del plan de trabajo colectivo firmado hace 15 años”, o sea, el que puso en vigor el Gobierno que fue derrocado por el golpe de Estado de 1963. Los líderes hablaron en una rueda de prensa, y el periodista que tomó sus declaraciones para *La Noticia* dijo que según esos líderes “la mayoría de sus miembros [del sindicato] pertenecen al partido de gobierno [el PRD] porque ese partido se identificó con este sindicato en 1963”, palabras que pueden ser interpretadas, sin caer en subjetividad, como la afirmación, hecha de manera consciente, ante un número importante de sus compañeros de trabajo, de que los trabajadores de POASI votaron por los candidatos del PRD debido a que proyectaron en esos candidatos el recuerdo de los beneficios que recibieron del Gobierno constitucional de 1963.

*I al X, en *Vanguardia del Pueblo*, Año V, N° 152 y 153, Santo Domingo, Órgano del PLD, 13 y 20 de septiembre de 1978, p.4; y del N° 169-176, del 10 de enero al 28 de febrero de 1979, p.4.

¿Fue esa idea la que llevó a tantos dominicanos a votar por el PRD? ¿Cuántos hombres y mujeres votaron este año movidos por el mismo impulso que los miembros de POASI?

No lo sabemos, pero no sería exagerado decir que una cantidad muy importante, si no la mayoría, de los que echaron en las urnas sus votos en favor del PRD lo hicieron pensando que un Gobierno perredeísta sería la continuación, quince años después, del que

conoció el país durante los siete meses transcurridos entre el 27 de febrero y el 25 de septiembre de 1963, y al decir esto no estamos ni por asomo haciéndole propaganda a aquel gobierno; lo que hacemos es sentar las bases para analizar las elecciones de 1978, no el Gobierno que nos tocó presidir hace quince años. Desde luego, sabemos que los líderes del PRD dieron alientos a la idea de que ahora iban a repetirse aquellos días, sólo que no durante siete meses nada más sino durante largo tiempo (uno de ellos se lanzó a anunciar cien años corridos de gobiernos perredeístas); y esos alientos, propagados con palabras superficiales, llevaron a centenares de obreros a iniciar, inmediatamente después del 16 de agosto, la organización de sindicatos en sus centros de trabajo, a lo que respondieron los dueños de empresas echando a la calle a todos los que se aventuraron a actuar en defensa de los intereses de los obreros pensando que ya habían empezado a reproducirse en el país las condiciones políticas y sociales de 1963.

Sólo el atraso político de los líderes altos y medios del PRD pudo llevarlos a ilusionar a los trabajadores, y a gran parte del Pueblo dominicano, con la idea de que el pasado podía vivirse de nuevo. Un vistazo al mundo que nos rodea nos enseña una lección que para alguna gente es difícil de aprender; la de que no hay fuerza capaz de detener la marcha inexorable del tiempo, y con ella, los cambios que van operándose en las personas, en las sociedades, en los árboles y hasta en las piedras. El Gobierno perredeísta de 1963 podía hacer cosas que no puede hacer el Gobierno perredeísta de 1978, y ésta es una verdad tan grande que para hacer desde el Gobierno algo importante, un cambio verdadero, y no de caras nada más, el PRD habría tenido que dejar de ser el PRD para convertirse en otro partido. Por eso nosotros dejamos el PRD como deja un joven de veinte años los zapatos que usaba a los quince o el pantalón que usaba a los diecisiete.

Veamos en una ojeada rápida qué era la sociedad dominicana, desde el punto de vista del poder de la burguesía nacional y del capital norteamericano, once años antes de la muerte de Trujillo. Debemos

saberlo para apreciar, por lo menos en rasgos generales, cómo fue creciendo ese poder, y aclaremos, de pasada, que el escaso desarrollo de nuestro país nos ha impedido disponer de estadísticas detalladas, con diferenciación de empresas de capital dominicano y de capital extranjero, y aún más, nos ha impedido valernos de cifras confiables y actuales debido a que las publicaciones de la Oficina Nacional de Estadísticas (ONE), que es la más importante de las fuentes oficiales de datos con que cuenta el país, no pasan del año 1974 cuando se trata de los que se refieren a la cantidad de establecimientos industriales en actividad, capital invertido, empleados y obreros ocupados en ellos y sueldos y salarios pagados por año.

De acuerdo con las publicaciones de la ONE, en el año 1950 había en el país 3 mil 412 industrias, si bien el calificativo de industrias les cabía a muy pocas de ellas como van a ver los lectores. El capital invertido en esas 3 mil 412 era 119 millones 600 mil pesos, sus empleados y trabajadores fueron en ese año 48 mil 332 y los sueldos y jornales que ganaron llegaron a 18 millones 900 mil pesos. Al analizar esos datos hallamos que si todos esos establecimientos industriales hubieran sido iguales en inversión y número de personas empleadas en cada uno, lo que se había invertido en cada unidad eran 35 mil pesos y todas tenían trabajando 14 personas que recibían 5 mil 600 pesos anuales, o sea, a razón de 400 pesos por cabeza al año.

Si hacemos un breve análisis de esos datos hallaremos que para 1950 había tantos ingenios de azúcar como ahora salvo el Haina, que empezaría a moler en enero de 1951, lo que nos autoriza a decir que de los 119 millones 600 mil pesos invertidos en establecimientos industriales, 15 de ellos se llevaban la parte del león, a tal punto que si les calculamos a esos 15 una inversión total de 59 millones 500 mil pesos, cantidad que seguramente es inferior a la real, tendríamos que para los 3 mil 397 restantes la inversión promedio sería de 20 mil 600 pesos; pero si tomamos en cuenta que para ese año en el país había funcionando empresas como la Telefónica, la Grenada, la Tabacalera, la FADOC, una fábrica de fósforos, las propietarias de plantas eléctricas en las ciudades más importantes, digamos, unas 17 que debían tener

inversiones por unos 20 millones de pesos, hallamos que las restantes 3 mil 380 no habían invertido en promedio más de 15 mil pesos cada una. Estos estimados pueden parecer caprichosos y hechos para presentar la situación industrial del país en el año 1950 en un aspecto deprimente, y lo aceptamos; pero les pedimos a los que piensan así que nos den una explicación racional, basada en datos ciertos, para el corto número de empleados y obreros que trabajaban en las industrias ese año (14 por cada unidad). Si el promedio de lo que ganaban empleados y trabajadores era 400 pesos al año (33 con 33 al mes), tenemos en ese dato una base para estimar que el mayor número era el de los que se usaban en tareas agrícolas, como pasaba en la industria azucarera, y el que le seguía debía estar compuesto no por obreros sino por artesanos y aprendices.

Para 1950 estaban echadas las bases del capitalismo industrial dominicano que se desarrollaba dolorosamente en su etapa de acumulación originaria con mezcla de acumulación capitalista, bajo la dura mano de Trujillo, empresario y al mismo tiempo beneficiario de ese capitalismo en formación. Desde octubre de 1941 se había fundado el Banco de Reservas, propiedad del Estado que se estableció sobre las estructuras que tenía en el país un banco norteamericano, The International Banking Corporation; en 1945 se estableció otro banco del Estado, el Banco Agrícola e Hipotecario, y en octubre de 1947 se habían creado el peso oro nacional y el Banco Central. Todas esas instituciones eran necesarias para que el país pudiera avanzar por la vía del capitalismo porque sin ellas no podía hacerlo ni siquiera dentro de los estrechos límites del capitalismo mercantil a pesar de que para el 1940 eran abundantes los establecimientos comerciales, que no figuran en las estadísticas que estamos analizando.

A partir de 1950 no tenemos datos hasta el 1961, que es el de la muerte de Trujillo, y lo primero que llama la atención en lo que corresponde a ese año es que para entonces ya se había iniciado el proceso de concentración de capitales puesto que los 3 mil 412 establecimientos industriales de 1950 con 119 millones 600 mil pesos de inversión y 48 mil 332 obreros pasan a ser 2 mil 331, o sea, mil 81

menos (cerca de la tercera parte) con 80 mil 54 empleados y obreros, esto es, 31 mil 722 más que los que había en 1950, lo que da un promedio de 39 por unidad industrial, cerca de tres veces la cantidad que hallamos once años atrás, y en lo que se refiere a inversión, sobrepasa en 8 millones las dos veces y media de los 119 millones 600 mil que había en 1950 para llegar a 307 millones 200 mil. Sin embargo, si nos fijamos en lo que se empleó en 1961 para pagar sueldos y jornales vemos que fue apenas el doble puesto que sólo alcanzó a 38 millones 300 mil; y en cambio la inversión promedio por unidad industrial, que había sido en 1950 de 35 mil pesos, dio en 1961 un salto a 132 mil. Este es el dato clave para comprender que ya estaba en marcha el proceso de concentración de capitales que se manifestaba en uso de más bienes de capital y en menos establecimientos y menos mano de obra en relación con la inversión, o sea, que se había invertido más dinero en máquinas y menos en obreros. Por otra parte, el promedio de sueldo y salario anual para cada empleado y obrero era 400 pesos y en 1961 llegó a 480, lo que equivalía a 40 pesos mensuales por persona en vez de los 33 con 33 que correspondieron al año 1950, pero debemos observar que con un peso de 1961 no podían comprarse las cosas que se compraban con un peso en 1950 porque en los países del sistema capitalista vivimos en un proceso de inflación que no se ha detenido (salvo en las ocasiones en que ha habido crisis en los centros de mando de la economía mundial) desde que fueron abiertas a la explotación española las minas de oro y plata de México y del Perú, allá por los años de 1520 y tantos.

II

Conviene que nos detengamos un poco a analizar el proceso de concentración de capitales que se dio en los años transcurridos desde el 1950 hasta el 1961, y si lo hacemos debemos saber, antes que nada, qué pasaba en el país en esos once años. Lo sabemos, claro; lo saben todos los dominicanos: Fue entonces cuando dio sus mejores frutos, naturalmente que para su dueño y sus familiares y asociados, la monopolización de la economía nacional

que Trujillo había empezado a organizar desde que tomó el poder político en 1930; y es fácil llegar a la conclusión de que la fuerza determinante en esa concentración de capitales era el poderío económico de Trujillo, que estaba respaldado por el control que él tenía del aparato del Estado, desde el cual se dirigía toda la economía del país.

Empecemos destacando el hecho de que si el dictador controlaba el aparato del Estado, el Estado a su vez era propietario de bancos como el Central, el de Reservas y el Agrícola, que le servían a Trujillo para financiar el emporio industrial que venía montando desde hacía algún tiempo, y el desarrollo de ese emporio requería la desaparición de muchas industrias pequeñas y talleres artesanales que no estaban en capacidad de competir con las empresas del amo del país. Eso sucedía en todos los campos; por ejemplo, se daba en el caso de la grasa comestible, que era producida por miles de familias, especialmente campesinas, a base de cerdos que en unos casos criaban ellas mismas y en otros casos compraban para sacrificarlos y freír las partes en que se hallaba la manteca. Puede decirse que ése era un método artesanal de producción de grasa y en correspondencia con él era el método de venta; pues bien, tanto la producción como la venta de manteca animal fueron barridas al establecerse la fábrica de aceite de maní, y con ellas quedaron suprimidas la importación y la distribución de la manteca de cerdo norteamericana; pero las consecuencias llegaron también a la economía agrícola, puesto que tierras que antes se dedicaban a otros frutos pasaron a ser sembradas de maní y lo mismo sucedió en el caso de las tierras de víveres situadas en las vecindades de los ingenios de azúcar que había adquirido Trujillo, que gran parte de ellas quedaron incorporadas a las tierras de esos ingenios, en muchas ocasiones por medio de la fuerza y lanzando a sus propietarios a la miseria, con lo cual el proceso de concentración de capitales se extendía a los campos con el desalojo violento de numerosos agricultores medianos y pequeños; y otro tanto se hizo en los campos de sisal del Sur y en los arrozales de la región de Nagua y se había hecho antes en la región de la Línea

Noroeste al establecerse allí la Grenada Fruit.

La concentración de capitales es un fenómeno que se da en los países dependientes de manera mucho más rápida que como se llevó a cabo en los grandes centros del capitalismo mundial, lo que se explica porque en los países dependientes el capitalismo es impuesto desde afuera, no producto de su propio desarrollo; pero lo mismo en los que dependen que en los que imponen la dependencia, el proceso de concentración de capitales no puede empezar sino allí donde hay ya una infraestructura económica en el sector industrial y por lo menos con cierta base en el sector financiero. Para dejar clara la idea que acabamos de exponer, vamos a hacer un breve recorrido por el pasado de nuestro país en lo que se refiere a desarrollo industrial.

Donde no hay datos estadísticos acerca del número de industrias y capitales invertidos en ellas no queda más remedio que usar otros que puedan suplirlos; y, por ejemplo, en el caso dominicano, la primera referencia a trabajadores industriales que aparece en la historia es la que en relación con la industria azucarera hizo Eugenio María de Hostos en el periódico *Eco de la Opinión*, de la Capital, en noviembre de 1884, y en esa oportunidad Hostos no ofreció datos, porque no los habían sino suposiciones; calculó cuánta tierra usaban los ingenios, a cuánto llegaron las inversiones para montarlos, a cuánto alcanzaban sus gastos fijos, qué pagaban de salarios y qué número de trabajadores usaban, y estimó que estos eran 5 mil 500 dominicanos y 500 extranjeros, además de que había maquinistas, maestros de azúcar y otros auxiliares técnicos que la fabricación en gran escala del azúcar ha hecho indispensables”, que a su juicio eran unos 200. En el caso de los dominicanos, Hostos pudo haber fallado por 300, por 500 de más o de menos, o sea, que pudieron haber sido 5 mil 800 ó 6 mil pero también 5 mil 300 ó 5 mil; en lo que no creemos que fallara es en el tipo de trabajo que hacían esos compatriotas, porque se refiere a ellos con las palabras “jornaleros nacionales”, y Hostos, que era un maestro en el uso de la lengua española, sabía que un jornalero

era lo que hoy llamamos un echadías, esto es, uno que trabajaba y cobraba por días, y eso identificaba a los dominicanos como trabajadores de campo, sembradores y cortadores de caña y también carreteros.

Todavía en 1884, y seguramente durante varios años más, la mayoría de los trabajos agrícolas en los ingenios eran hechos por dominicanos, pero ya al empezar este siglo, y especialmente después de 1916, los dominicanos pasaron a ser sustituidos gradualmente por haitianos y cocolos (ingleses negros de las Antillas británicas), al punto que en el año 1938, de las más o menos 30 mil personas censadas por la Dirección General de Estadísticas como población obrera, sólo 9 mil eran dominicanas, y en esas 9 mil se incluían los aprendices, que abundaban mucho para entonces porque la mayoría de las industrias que no eran ingenios de azúcar consistían en talleres de artesanos que hacían sillas, mecedoras, ataúdes, zapatos a mano; los demás, casi 22 mil, eran cortadores de caña de Haití y de las islas inglesas del Caribe.

En el artículo anterior vimos que doce años después, en 1950, los empleados y trabajadores industriales habían pasado a ser 48 mil 332, pero no sabemos cuántos de ellos eran dominicanos y cuántos eran extranjeros; sin embargo, probablemente ya la mayoría eran del país, porque hacia 1950 Trujillo era el dueño de 11 de las 15 fábricas de azúcar que había para ese año y uno de los cambios trascendentales, desde el punto de vista social, que produjo la aparición de la burguesía industrial encarnada en Trujillo y sus familiares y allegados fue sustituir con dominicanos a los haitianos y cocolos que trabajaban en los ingenios. Con ese paso Trujillo parteó el nacimiento de una clase obrera dominicana si entendemos, como debemos entenderlo, que una clase obrera no puede estar formada por unos pocos miles de campesinos que trabajan en la industria de la caña unos meses y dedican el resto del año, que es en su mayor parte, a hacer oficio de echadlas o de chiriperos.

Naturalmente, no hay lugar en el mundo donde pueda haber burguesía sin obreros, pero tampoco puede haber clase obrera

donde no hay burguesía. Al capitalismo industrial formado por Trujillo tenía que corresponder por fuerza la formación de la clase obrera destinada a trabajar en las industrias que él iba montando o que iban pasando a sus manos, ya que hasta ahora no se ha inventado la manera de que las industrias funcionen sin obreros.

¿Por qué sustituyó Trujillo en sus ingenios a los trabajadores haitianos y cocolos con dominicanos? ¿Fue porque Trujillo era nacionalista?

Sí, Trujillo era nacionalista, pero debemos aclarar que nacionalismo no significa patriotismo (cosa que hemos explicado más de una vez), y en lo que se refiere a la sustitución de los sembradores y cortadores de caña haitianos y cocolos por dominicanos, Trujillo no actuó como lo hizo porque fuera nacionalista, sino porque era capitalista y no quería arriesgarse a perder dinero, y tal vez algo más que dinero, si en algún momento tenía que hacer una matanza de cocolos y de haitianos como era posible que sucediera si los trabajadores de los ingenios se levantaban en huelga como habían hecho en 1946, cuando Nando Hernández y Mauricio Báez organizaron una en el central Romana. Trujillo había pasado por una dura experiencia, que fue la de tener que pagarle al Gobierno de Haití 750 mil dólares como indemnización por los haitianos muertos en la masacre de 1937, pero además conocía otra experiencia, la de su amigo Gerardo Machado, el dictador de Cuba, a quien el Gobierno inglés le hizo pagar muy caros unos cocolos, también cortadores de caña, que habían sido ametrallados por un oficial del Ejército cubano. Si Trujillo se veía en el caso de reprimir un movimiento de huelga en sus ingenios y en el curso de la represión morían algunos haitianos y algunos ingleses de las islas antillanas, ¿cuánto podía costarle eso en dinero, y hasta qué punto le perjudicaría políticamente el hecho de verse envuelto en una situación parecida a la de octubre de 1937, cuando en todas partes del mundo, pero sobre todo en América Latina y en los Estados Unidos se le acusó de haber ordenado una matanza de haitianos? Esa posibilidad quedaba soslayada con una medida que podía darle provecho político: la de sacar de sus ingenios a cocolos y

haitianos y darles sus puestos de trabajo a dominicanos. Si lo hacía así, en el caso de verse obligado a liquidar una huelga matando obreros, ningún gobierno extranjero tendría derecho a reclamarle que pagara indemnización a los familiares de los muertos, pero además cuantos más dominicanos ganaran un salario aunque fuera bajo, y hasta muy bajo, más se fortalecería su régimen político.

En cuanto a que Trujillo era a la vez nacionalista y capitalista, eso se explica porque el nacionalismo es una posición que corresponde a la ideología propia del capitalismo. Se puede ser capitalista sin ser nacionalista pero no se puede ser nacionalista sin ser capitalista. Cuando se da el primer caso, el capitalista tiene dinero y medios de producción, pero no tiene todavía conciencia política de clase; en el segundo caso, el capitalista es un burgués con conciencia política burguesa. Lo que no aparece hoy, a menos que se trate de un fósil social, es un nacionalista revolucionario, porque en esta hora del mundo sólo son revolucionarios los internacionalistas.

III

El proceso arrollador de la concentración de capitales que estaba siendo impulsado por la necesidad que tenía Trujillo de afianzar cada vez más su dominio económico del país iba a llevarse por delante a mucha gente porque ese proceso avanzaba como si fuera una máquina poderosa a la que nadie podía oponerse. Personas que habían ocupado durante muchos años un lugar en el mundo de la política o de los negocios eran barridas y echadas a un lado al mismo tiempo que desde el fondo social surgían caras nuevas, desconocidas o casi desconocidas hasta entonces, que ascendían a los puestos de mando del país por la vía de los empleos militares y civiles y también por la de los cargos de dirección o de niveles medios en los monopolios trujillistas; y hubo casos de algunas que alcanzaron preeminencia en los tres campos, como sucedió con Anselmo Paulino, que llegó a ser a la vez una figura de la mayor importancia en la organización civil y militar del Estado y en la administración de varias empresas de Trujillo.

En cierto sentido el movimiento de los que perdían sus antiguas posiciones (y hasta la vida), en contraste con los que llegaban a ocupar otras nuevas, equivalía a los efectos de un terremoto social; eso pudo notarse a simple vista aun durante varios años después de la muerte de Trujillo, cuando todavía se daban ascensos y descensos sociales (más los primeros que los segundos) con tanta rapidez que podían verse tal como se ven, en una botella de Coca-Cola removida, las burbujas que suben y que bajan. Esa remoción fue el efecto inmediato, en el orden social, de la entrada del país, bajo la dirección de Trujillo, en la etapa del capitalismo industrial y financiero nacional, con lo que dejó atrás la del capitalismo mercantil que había mantenido a la sociedad dominicana en una especie de parálisis de más de medio siglo. Para darnos cuenta del significado que tuvo el cambio a que estamos refiriéndonos no hay nada más expresivo que algunos datos numéricos; por ejemplo, estos: En el año 1938 lo que vendimos en el extranjero no llegó a 15 millones de pesos (fueron 14 millones 938 mil) y las importaciones no alcanzaron a ser ni siquiera once millones y medio (fueron 11 millones, 432 mil 495), y si estimamos que para ese año la población era de 1 millón 650 mil, y a lo sumo de 1 millón 700 mil (el censo de 1935 dio 1 millón 480 mil), tenemos que en 1938 exportamos a razón de 6 pesos con 70 centavos por habitante; y en 1951 las exportaciones llegaron a 118 millones 722 mil pesos y las importaciones a 58 millones 595 mil; esto es, de 1938 a 1951 las exportaciones se multiplicaron casi ocho veces y las importaciones casi cinco, y en trece años la población no podía ni siquiera doblarse (el censo de 1950 arrojó 2 millones 136 mil). Ese aumento tan notable en la producción, aún restándole lo que le agregara el proceso inflacionario, sólo tiene una explicación: la entrada del país en la etapa del capitalismo industrial en su aspecto nacional.

Entre las cosas que se llevó el terremoto estuvo la propia vida de Trujillo, que fue víctima de una contradicción, creada por él mismo, entre sus intereses políticos y sus intereses económicos. Podemos explicar esa contradicción con pocas palabras diciendo que si él logró, desde los primeros años de su dictadura, poner el Estado al servicio de

su ambición de convertirse en el hombre más rico de la historia del país (que fue lo que hizo de él el empresario y a la vez el beneficiario del desarrollo del capitalismo industrial y el que echó las bases para el desarrollo financiero nacional), la necesidad de defender sus riquezas lo llevó a enfrentar el Estado dominicano a otros Estados más poderosos, como el de Venezuela y el de Estados Unidos, y esos enfrentamientos condujeron su régimen a crisis severas que, combinadas con una crisis general del sistema político capitalista en la zona del Caribe (provocada por el ascenso al poder de la Revolución Cubana), fueron el punto de partida de los planes que pusieron fin a su vida, única manera de dismantelar su dictadura. En un análisis de lo que califica como período de depresión económica (años 1959-1961) publicado en 1968 por la Oficina Nacional de Planificación de la Secretaría Técnica de la Presidencia de la República se dice que en esos años la inversión pública quedó reducida “en más del 40 por ciento con respecto a los niveles anteriores” y que ese fue un período de fuga de capitales al exterior, y se da la siguiente explicación (pág. 23): “Nunca antes el Gobierno [*esto es, Trujillo*, nota de JB] permitió que los capitales fueran invertidos en el extranjero, sin embargo, a partir de 1959, la salida de capitales fue una política deliberada. Pero es necesario aclarar que esta política sólo beneficia a la familia gobernante y sus más íntimos allegados... Entre 1959 y 1961 muchos millones de dólares salieron del país hacia bancos extranjeros, principalmente europeos. Para financiar un drenaje de dólares de tal magnitud, se utilizaron casi totalmente las reservas internacionales, se estableció un estricto control de importaciones y se paralizó la inversión en empresas a fin de liberar reservas monetarias e invertirlas en dólares”... “La crisis general del Gobierno, arrastró consigo a la empresa privada. La disminución en términos absolutos de las importaciones, como resultado de su estricto control, creó conflictos con el sector de importadores, que veía disminuir sus utilidades. La baja en la inversión pública, provocó una gran depresión en las actividades de la construcción por medio de las cuales se otorgaban beneficios al sector privado. La caída de la inversión,

especialmente en la construcción, llevó a un fuerte agravamiento de la desocupación...”

Ahí están explicadas las causas inmediatas de la muerte de Trujillo, ocurrida a mediados del 1961 (el 30 de mayo), pero en la raíz de ellas están las que mencionamos un poco antes. En ese año podían apreciarse los efectos que estaba provocando en la sociedad la concentración de capitales. Para entonces el número de empleados y obreros industriales había subido a 80 mil, casi nueve veces el de los dominicanos que figuraban como obreros en las estadísticas de 1938, de manera que desde el punto de vista social, en 1961 estaban echadas las bases de un proletariado nacional, y, detalle muy importante, tan pronto como empezaron, a partir del mes de julio, las movilizaciones populares en demanda de libertades democráticas, surgieron líderes obreros, a la cabeza de los cuales estaba Miguel Soto, y se inició una etapa de organización de sindicatos que no pudo llegar lejos porque no se lo permitía el atraso económico, social y político del país. Nada explica mejor ese atraso que el corto número de obreros que teníamos cuando faltaban apenas cuarenta años para terminar el siglo XX.

Muerto Trujillo, el Estado se adueñó de las empresas que él y sus familiares tenían en territorio dominicano. El capital invertido en esas empresas equivalía al 51 por ciento de todas las inversiones industriales que había en 1962; el 7 por ciento correspondía a otras industrias nacionales y 42 por ciento a inversiones extranjeras, cuya mayoría era de norteamericanos.

Veintiún meses después de la muerte de Trujillo nos tocó encabezar el Gobierno nacional. Desde el primer día, ese gobierno pasó a administrar industrias que representaban 156 millones 100 mil pesos de una inversión total en el ramo industrial de 306 millones 83 mil; la inversión del sector privado dominicano era de 21 millones 425 mil y la de firmas extranjeras era de 129 millones 555 mil. Aunque no se dispone de datos oficiales podemos afirmar que en lo que se refiere al número de empleados y obreros, la cantidad mayor estaba en los establecimientos del Estado, que era dueño de 12 de los 16 ingenios del país, entre ellos algunos como el

Río Haina, el Catarey y el Barahona, que emplean mucha mano de obra. Las industrias del Estado eran las mayores empleadoras del país, a mucha distancia de la Casa Vicini, que era la más fuerte empleadora dominicana en el sector privado; y además, como en ese año de 1963 se presentaba un alza en los precios del azúcar, el Gobierno, que antepone el interés político al beneficio económico, podía dar, y así lo hizo, facilidades para que en sus ingenios se les dieran plazas a muchos obreros que no podían conseguir trabajo en otros sitios; pero el Gobierno hizo algo más, que fue concederles a los trabajadores de las industrias del Estado ventajas que no estaban dispuestos a reconocerles los empresarios privados, y al mismo tiempo las que concedía el Gobierno beneficiaban a una cantidad de trabajadores que era mayoritaria, en relación con los 80 mil obreros empleados que había en ese momento en el país y sobre todo en relación con los que empleaban los industriales dominicanos. En cuanto a las industrias extranjeras, las que usaban más mano de obra eran el Central Romana y la Grenada Fruit, pero no debemos ver el Central Romana de 1963, propiedad de la South Porto Rico Sugar Company, como si fuera el Central Romana de la Gulf and Western de 1978. La Gulf and Western produce en 1978 en los terrenos del Central Romana una cantidad de artículos que no producía la South Porto Rico antes de 1966, año en que vendió el ingenio y la fábrica de furfural a la Gulf and Western. Las otras industrias norteamericanas importantes desde el punto de vista del número de personas que emplean eran la Alcoa y la Grenada Fruit, pues la Codetel no tenía entonces el número de empleados y obreros que tiene ahora como podemos ver comparando una guía telefónica de 1962 con la de este año, y la Falconbridge no había empezado aún la explotación de los yacimientos del níquel de Maimón. Pero además, en la situación de debilidad política en que colocó a las empresas extranjeras la desaparición de Trujillo, era difícil que opusieran resistencia a disposiciones del Gobierno favorables a los trabajadores, y a eso hay que sumar factores políticos que no estaban en capacidad de tomar en cuenta los líderes perredeístas que

hicieron la campaña electoral de 1978 creando en los electores la ilusión de que un gobierno del PRD en 1978 podía hacer, en lo que se refiere a libertades sindicales, lo mismo que hizo el de 1963.

IV

Vamos a dedicarle unos minutos al último párrafo del artículo anterior, no vaya a ser que alguien se confunda al leerlo. Dijimos en él, primero, que las empresas extranjeras que había en el país cuando fue muerto Rafael L. Trujillo quedaron en una situación de debilidad política que les impedía hacer resistencia a las decisiones que tomara el Gobierno de 1963 en favor de los trabajadores. Esas palabras pueden entenderse como que las firmas a que aludimos eran o habían sido socias del dictador y al desaparecer éste quedaron sin la protección que él les ofrecía, y no fue eso lo que sucedió; al contrario, como la mayor parte de ellas, o por lo menos las más importantes (Alcoa, Central Romana, la Grenada), eran norteamericanas y por tanto tenían tras sí el apoyo de la Embajada de los Estados Unidos, que a la muerte de Trujillo pasó a tener más poder que el que había tenido mientras él vivió, de hecho esas firmas eran políticamente más fuertes después que antes del 30 de mayo de 1961.

Ahora bien, por muy poderosa que fuera, la Embajada norteamericana no podía oponerse a las medidas que tomara el Gobierno de 1963 a favor de los trabajadores porque las circunstancias políticas del momento no lo favorecía y en los tiempos de Trujillo el Gobierno no podía adoptar medidas beneficiosas para los obreros si esas medidas no les convenían a los negocios de Trujillo porque esos negocios se hacían a base de una explotación salvaje de la fuerza de trabajo nacional.

Trujillo tenía en sus manos el control del Estado más allá de lo que pudiera tenerlo cualquier jefe de gobierno por arbitrario que fuera, ya que además de jefe político él era el jefe militar y el jefe económico del país, lo que le permitía hacer cosas que no podían hacer otros dictadores, por ejemplo, Pérez Jiménez en Venezuela, Batista en Cuba o Rojas Pinilla en Colombia. Con todos esos

poderes a su orden, Trujillo tenía bajo control a los obreros dominicanos, a los cuales organizó en una central sindical que funcionaba a su servicio. Esa central sindical empezó a actuar después de las huelgas de 1946, esto es, cuando ya Trujillo se había adueñado de los ingenios azucareros norteamericanos, y como es natural, las firmas norteamericanas que quedaron actuando en el país se beneficiaban de la política obrera que Trujillo ponía en vigor para mantener en su emporio industrial un régimen de disciplina y explotación sin debilidades. Podemos decir, pues, que lo que le daba provecho a Trujillo en ese aspecto se lo daba también a las firmas extranjeras, pero en cambio la agitación obrera que se levantó desde fines del año 1961 no podía perjudicar ya al emporio trujillista sino a ellas. Por eso dijimos que la muerte de Trujillo dejó a esas empresas en situación de debilidad política ante las medidas que podía tomar el Gobierno de 1963.

Por otra parte, los líderes del PRD que hicieron la campaña electoral de 1978 ofreciéndoles villas y castillas a las masas populares (y entre ellas, naturalmente, a los obreros) no tenían la capacidad necesaria para darse cuenta de las transformaciones sociales que venía desatando el proceso de concentración de capital industrial a que estamos refiriéndonos en estos artículos ni del que se dio, a partir de 1964, en los capitales comerciales. En el 1964 el Triunvirato dispuso que además de pagar los derechos de aduanas, los importadores debían depositar en el Banco Central una cantidad igual a los derechos. Con la alta inmovilización de fondos que requería esa disposición los medianos importadores no podían seguir importando y tuvieron que convertirse en compradores de los mayoristas más fuertes, que por esa razón ampliaron sus negocios e iniciaron con ello la etapa del gran comercio, que hasta entonces no se había conocido en el país. Esa etapa comenzó con el desarrollo, en los años que siguieron al 1964, de las grandes ferreterías y los supermercados; y a su vez la existencia de ese gran comercio iba a reflejarse en un mayor número de establecimientos bancarios, de casas aseguradoras y de compañías de financiamiento de diferentes

tipos que se dedicaron a proporcionarle a ese gran comercio el dinero y las garantías que necesitaba para mantener el flujo de sus operaciones. (En 1947 había en el país 3 bancos comerciales; 2 eran canadienses y uno del Estado; había un banco de desarrollo, el Agrícola, y el Banco Central, ambos también estatales; en 1977 había 13, además de 3 bancos hipotecarios de la construcción, 13 sociedades financieras privadas, 3 instituciones estatales autónomas de ahorro y financiamiento, 1 oficina de ahorros y préstamos y 15 de capital privado así como varias docenas de casas de préstamos de menor cuantía y 56 compañías de seguros y reaseguros. En el año 1966 el total de primas de seguros cobradas fue de 10 millones 174 mil pesos; en 1975 fue de 43 millones, 566 mil 398. En 1947, año de la fundación del Banco Central, el circulante monetario fue de 47 millones, y treinta años después, en 1977, llegó a 560 millones. En los mismos años, el valor del comercio exterior pasó de 137 a 1,628 millones).

¿Qué significado político podían tener, para el futuro inmediato o casi inmediato, los cambios económicos que acabamos de describir?

Primero que nada, que los efectos del poderío comercial que se hallaba en expansión y de la ampliación de las actividades bancarias y financieras iban a reflejarse en una mayor concentración de capitales en el campo industrial, lo que a su vez redundaría en un aumento del número de los obreros industriales; y segundo, que la existencia de capitales relativamente fuertes de un lado y una cantidad relativamente numerosa de obreros del otro tendría como consecuencia natural una profundización de la lucha de clases, que podía ser más profunda en la medida en que se les ofrecieran a los trabajadores cosas que no podrían cumplírseles.

La campaña para asegurarse el voto de los obreros se hizo mediante la argucia de presentar al PRD como el partido socialista de la República Dominicana. En un pueblo con tan escasa cultura política como es el nuestro, la palabra socialista tiene un atractivo fuerte para ciertas capas de la población y ese atractivo se usó en una intensa campaña de publicidad echa sobre la base de la posición destacada que

tenía el PRD en la Internacional Socialista; pero además en el programa del PRD se les dedicaron a los trabajadores seis puntos bajo el subtítulo de Sector Laboral y algunos otros en el de Área de la Distribución de Ingresos. El número 1 del primer sector empezaba diciendo: “4.1 Se modificará el Código de Trabajo, para asimilarle las conquistas consagradas en el proyecto de Constitución. Asimismo, el reconocimiento de los derechos adquiridos por los trabajadores respecto al auxilio de cesantía y otros beneficios, cual que sea la causa de terminación del contrato de trabajo”.

Como puede verse, ése y otros puntos del programa sólo se convertirían en realidad si se aprobaba el proyecto de Constitución del PRD, pero los obreros dominicanos, que no tienen la menor idea de lo que es y de cómo se hace una Constitución, no tomaron en cuenta esa condición y creyeron que el mismo día en que el PRD quedara convertido en gobierno quedaría también modificado el Código de Trabajo.

Ese Código, que es el mismo de los tiempos de Trujillo (y por eso se le conoce con el nombre de Código Trujillo) autoriza al patrono a desahuciar (o cancelar) a cualquiera de sus trabajadores en el momento en que quiera o le convenga hacerlo, y todos los patronos dominicanos usan ese derecho para sacar de sus fábricas, de cualquier establecimiento agrícola, comercial o de otra índole, al trabajador o empleado de quien han sabido o sospechan que quiere organizar un sindicato en la empresa donde trabaja. Naturalmente, que ningún patrono se conforma con eso sino que va más allá, pues de alguna manera todos se las arreglan para que el obrero despedido por uno de ellos no consiga una plaza en ninguna otra empresa.

El obrero que manifiesta su disposición de formar un sindicato tiene madera de líder, pero en la República Dominicana no pueden desarrollarse líderes sindicales porque se quedan sin trabajo. Ahora bien, los que sentían, antes de las elecciones de 1978, la llamada de la lucha en favor de sus compañeros de clase, creyeron que tan pronto el PRD llegara al poder podrían actuar según se lo pedía su vocación de líderes, porque el PRD había estado diciendo durante muchos años

que con un gobierno de hombres suyos habría libertad para organizar sindicatos, y el único gobierno del PRD que había conocido el país garantizó esa libertad y apoyó a los obreros en sus aspiraciones; y además, el programa de ese partido para las elecciones de 1978 fue muy explícito y muy generoso en lo que se refería a los trabajadores.

He aquí algunos de sus puntos: “4.2 Se modificarán todas las leyes de seguridad social, incluyendo la Ley sobre Accidentes del Trabajo; la Ley Orgánica del Instituto de Seguros Sociales, así como la estructura administrativa de dicha institución, de manera a hacer eficientes las prestaciones médicas a los trabajadores y sus familiares. Así mismo, para dejar establecidas las prestaciones por vejez, incapacidad y accidentes en forma más justa, e incluir al trabajador a destajo en la protección que brinda el régimen de seguridad social y las leyes laborales. De igual manera se incluirá el derecho de los trabajadores a ser indemnizados por los riesgos profesionales, exista o no culpa o negligencia por parte de la empresa, o por parte de los obreros y empleados”.

“4.3 Se propiciará la revisión y actualización periódicas de los salarios mínimos de todos los trabajadores”; y además, esta flor:

“4.5 Se elaborará una legislación... para que consagre la inamovilidad de los dirigentes sindicales... En virtud del mismo [*sic*], se exigirá la reposición de los sindicalistas despedidos injustamente por sus patronos como medidas de represión sindical”.

Después de eso, todos los obreros del país esperaron con ansias el 16 de mayo para amanecer votando por el **PRD**; y así lo hicieron*.

V

Esta serie había empezado a publicarse en *Vanguardia* el 13 de septiembre (N° 152) del año pasado** y de ella aparecieron sólo dos artículos (el segundo en el N° 153, correspondiente al 20 de septiembre) porque en el N° 154 comenzó la serie titulada “La Crisis del **PLD**”, de la cual se publicaron ocho artículos, y a partir de esos ocho se nos impuso la necesidad de escribir comentarios de hechos políticos nacionales que ocuparon varias veces esta página, hasta la del N° 168. Sucedió, sin embargo, que desde antes del 20 de septiembre

del año pasado habíamos escrito los artículos 3 y 4 de la serie “Capitalismo y Clase Obrera”, que además de haber sido escritos fueron compuestos, también desde fines de septiembre, y estaban listos para ser incorporados a esta página, y por esa razón salieron en los números 169 y 170 de *Vanguardia*; pero

*Ninguno de los puntos de ese programa del PRD se cumplió en el período gubernamental de 1978-1982.

** Es decir, de 1978 (N. del E.).

al disponernos a escribir los artículos siguientes al 4 hallamos que en el tiempo transcurrido desde los últimos días de septiembre del año pasado hasta el momento en que nos sentamos a organizar datos y notas para escribir el que el lector tiene ahora ante sus ojos, el compañero Felucho Jiménez había dado con una publicación titulada Estadística Industrial de la República Dominicana, N° 23, correspondiente al año editada en mimeógrafo por la Oficina Nacional de Estadísticas no sabemos cuándo, pero seguramente hace poco tiempo porque al final de la página 110 tiene esta fecha. Junio 1978; lo que sabemos es que a principios de agosto, que fue cuando el compañero Jiménez inició la búsqueda de los datos que necesitábamos para desarrollar el tema, no había noticias de que esa publicación estuviera haciéndose.

Los informes anuales acerca de la evolución industrial dominicana empezaron a publicarse en el año 1950, pero según dice el N° 23, con excepción de los de 1968 y 1969, todos, incluyendo el de 1974, estaban agotados. El compañero Jiménez había conseguido datos de 1950, 1961, 1966 y 1974, de ahí que en el primer artículo de esta serie dijéramos que “A partir de 1950 no tenemos datos hasta el 1961”, con lo que quisimos decir que nos veíamos obligados a dar un salto de 1950 a 1961, pero ahora hallamos que en el boletín N° 23 tenemos información desde 1937 año por año hasta 1975, de manera que disponemos de datos suficientes, dentro de las limitaciones que nos impone un medio como el nuestro, para hacer un análisis más amplio del que teníamos pensado llevar a cabo cuando iniciamos la

publicación de esta serie.

De acuerdo con una publicación de la Oficina Nacional de Estadísticas (República Dominicana en Cifras, 1978, Vol. VIII, página 9), la población del país fue estimada en el año 1937 en 1 millón 557 mil personas, y en el boletín N° 23 de Estadística Industrial de la República Dominicana 1975 (página 9), se nos dice que para ese año los empleados, obreros y aprendices censados fueron 31 mil 956, que ganaron salarios por un total de 6 millones 470 mil pesos (o sea, a razón de 220 pesos anuales por cabeza, menos de 19 pesos mensuales cada uno en promedio) y produjeron mercancías que se vendieron en 22 millones 884 mil pesos (en realidad eran dólares porque para ese año no se había establecido todavía el peso oro dominicano). De esa cantidad de empleados, obreros y aprendices, 9 mil 20 trabajaban en industrias no azucareras y cobraron salarios por un millón 564 mil pesos, lo que da un promedio de 174 pesos por persona al año (menos de 15 al mes). De esas llamadas industrias no azucareras, una parte importante eran talleres artesanales que hacían muebles, zapatos, frenos, sillas de montar y artículos parecidos, y otra parte estaba compuesta de empresas no dominicanas, como eran, por ejemplo, las plantas eléctricas de las ciudades más grandes, la compañía telefónica de la Capital, la única fábrica de cerveza que había en el país. En los ingenios de azúcar la mayoría de los empleados y trabajadores eran puertorriqueños o haitianos o cocolos (ingleses de las Antillas británicas); una ínfima parte eran dominicanos, muchos de los cuales trabajaban en los campos acarreado y pesando caña y en otros servicios, de manera que debemos considerar, al bulto, que de los trabajadores del azúcar unos 22 mil eran extranjeros, y podemos considerar también que de los 9 mil 20 que había en la industria no azucarera, la mitad, por lo menos, no eran obreros sino artesanos y aprendices, y de ser así, al pasar balance hallamos que al terminar el año 1937 en la República Dominicana no había más de 5 mil obreros dominicanos, si es que llegaron a ser tantos.

¿Quién puede hablar de clase obrera ante esas cifras en una

población de más de millón y medio de habitantes? El total de salarios cobrados por los obreros dominicanos no debió pasar de un millón 200 mil pesos, y eso es lo que explica que para 1937 Trujillo estuviera dedicado todavía a hacerse, usando los métodos de la acumulación originaria, del dinero que necesitaba para convertirse en el empresario, y por tanto el beneficiario, del desarrollo capitalista del país.

El boletín N° 23 mencionado arriba nos dice que al finalizar el año 1937 el número de establecimientos industriales era 1 mil 342, de los cuales 13 eran ingenios azucareros; sabemos que en la zafra de ese año (1936-1937) trabajaron unas 23 mil personas entre empleados y obreros, y que de ellas, unas 22 mil eran extranjeras, y sabemos además que en los 1 mil 329 establecimientos que no eran ingenios de azúcar trabajaban unos 9 mil hombres; eso significa que en cada uno de esos 1 mil 329 establecimientos había en promedio 7 personas, lo que nos confirma en la idea de que la mayoría de ellos eran talleres artesanales. En cuanto a los azúcares y las mieles producidos en la zafra 1936-1937, su venta dio 10 millones 680 mil pesos (o dólares), lo que indica que para 1937 la industria azucarera, que empleaba 2 de cada 3 personas que trabajaban en establecimientos industriales, generaba casi la mitad del dinero producido por la actividad industrial.

¿Pero son suficientes esos datos para que nos demos cuenta del atraso en que vivía nuestro país desde el punto de vista económico-social?

Puede que no lo sean, y a fin de que nos veamos a nosotros mismos tal como éramos, hagamos una comparación con Cuba. En 1935 en la República Dominicana había 13 ingenios que produjeron 473 mil toneladas largas de azúcar; ocho años antes, en 1927, Cuba fabricó en 177 ingenios 4 millones 508 mil toneladas, y la diferencia es más notable si observamos que en 1927 Cuba vendió su azúcar a 2.64 dólares el quintal y en 1933 nosotros vendimos las 473 mil toneladas de ese año cuatro veces más baratas las cien libras, de manera que en términos de precios de venta tenemos que comparar los 4 millones

508 mil toneladas que produjo Cuba en 1927, con menos de 120 mil toneladas de las que produjimos aquí en 1933.

En septiembre de 1939 comenzó la segunda guerra mundial y en diciembre de 1941 los Estados Unidos entraron a participar en ella. Al finalizar el año 1942, en la República Dominicana, como en toda América, se sentía el impacto económico de esa guerra debido a que los Estados Unidos tuvieron que dedicar sus esfuerzos a la economía militar, lo que llevó a los países como el nuestro a comprar menos artículos industriales y de consumo norteamericanos (y europeos y japoneses, puesto que Europa y Japón tomaban parte en la guerra) y a producir para nuestro consumo y para la exportación.

El año 1941 había terminado con mil 733 establecimientos industriales que empleaban 36 mil 630 personas a las que se les pagaron en salarios 6 millones 100 mil pesos por producir mercancías que se vendieron en 27 millones 440 mil; en 1942 pasamos a tener 2 mil 11 establecimientos en los que había una inversión de 76 millones 140 mil pesos y las mercancías producidas por ellos se vendieron en 43 millones 290 mil. Dos años después (en 1944) el número de establecimientos llegó a 2 mil 919, la inversión industrial subió a 79 millones 435 mil pesos, el número de empleados y trabajadores alcanzó a 44 mil 528, las ventas llegaron a 84 millones 781 mil pesos y los sueldos y salarios pagados sumaron 10 millones 763 mil pesos.

De la misma manera que la guerra había provocado un impulso hacia la industrialización, su final, que en Europa se presentó en abril del 1945 y en Japón en agosto de ese año, provocó una paralización de la actividad industrial que se tradujo en la desaparición de 309 industrias, una baja de 2 mil 525 en el número de empleados y obreros (aunque no en el monto de los salarios, que en comparación con el año 1944 fue 1 millón 62 mil pesos más) y un descenso de 22 millones de pesos en las ventas. A partir de entonces iba a presentarse una situación de altibajos, algunos tan pronunciados que en el año 1947 la venta de productos industriales subió a 120 millones 489 mil pesos, o sea 5 veces y $1/4$ la de 1937, pero el número de empleados y obreros ni siquiera se dobló y los salarios pagados fueron apenas 3

veces más.

En 1950, como dijimos en el artículo N° 2 de esta serie, el número de empleados y obreros industriales llegó a 48 mil 332, lo que significa una baja de 2 mil en comparación con los que había en 1947, pero aun con 2 mil empleados y obreros menos, las mercancías producidas en 1950 se vendieron con una diferencia negativa de sólo 18 mil pesos comparadas con las producidas en 1947. La baja en mano de obra empleada se explica por una baja en el precio del azúcar que se hizo sentir durante tres años (1948-1950), y a pesar de eso el número de establecimientos industriales no azucareros aumentó de 2 mil 989 en 1947 a tres mil 42 en 1950.

En 1950 empezó la guerra de Corea, lo que significa que los Estados Unidos volvieron a la que habían tenido entre 1942 y 1945, si bien con efectos menos intensos en su economía civil porque la guerra de Corea no tuvo el carácter totalitario que la de 1939-1945. En 1951 las inversiones industriales dominicanas subieron a 131 millones 600 mil pesos, y entre ellas estuvo la que correspondió a la instalación de Río Haina, empresa de Trujillo; el número de establecimientos subió a 3 mil 525, el de los empleados y obreros a 60 mil 942 (44 mil 945 de ellos trabajan en los ingenios), los sueldos y salarios llegaron a 24 millones 500 mil pesos y las ventas de las mercancías producidas por esos empleados y obreros subieron a 162 millones 280 mil pesos, de los cuales 69 millones 700 mil fueron de azúcar y mieles.

Puede ser que estas cifras le parezcan a alguien una demostración de que para 1951 en la República Dominicana había una burguesía y en consecuencia había una clase obrera, y si hay quien lo crea, permítasenos llamarle la atención hacia el hecho de que nuestro país, descubierto en el año 1492, empezado a colonizar a fines de 1493, había tardado más de cuatro siglos y medio en conseguir un desarrollo industrial tan débil que para 1951 sólo podía proporcionarles puestos de trabajo en fábricas a 61 mil personas de los 2 millones 216 mil que de acuerdo con las estimaciones estadísticas debía haber ese año. Al año siguiente (1952) íbamos a contar con el mayor número de establecimientos industriales de nuestra historia hasta el día de hoy, lo que nos indica que fue entre 1951 y 1952 cuando cristalizó el proceso de concentración de capitales a que nos referimos en el artículo N° 2 de esta serie y al que nos referimos también en el N° 6.

VI

Al terminar el año 1956 teníamos veinte años corridos de estar recogiendo datos estadísticos sobre las industrias dominicanas y hallamos que desde 1952 el número de fábricas y talleres (y usamos la palabra talleres porque sabemos que hace veinticinco años se pensaba que no había ninguna diferencia entre un establecimiento industrial pequeño o mediano y un taller artesanal) había estado descendiendo y era en ese año (1952) de 2 mil 906, pero la inversión de capital, que había saltado de 166 millones 567 mil pesos en 1954 a 201 millones 49 mil en 1955, subió en 1956 a 204 millones 29 mil, y el número de empleados y obreros que trabajaban en esos establecimientos había pasado de 71 mil en 1955 a 81 mil 579 en 1956; en cuanto a los salarios y sueldos, el total de 30 millones 481 mil pesos que se habían pagado en 1955, pasó a ser de 35 millones 250 mil en 1956, y las mercancías producidas en 1956 se vendieron en 193 millones 795 mil pesos, lo que suponía un aumento de 28 millones 794 mil sobre las ventas de 1955, y 170 millones 895 mil más (o sea, casi 8 veces y media) que los 22 millones 884 mil en que fue vendida la producción

de 1937.

La sola comparación de los datos de 1937 con los de 1956 debería ser suficiente para que todos los dominicanos aceptemos que fue bajo el régimen trujillista cuando el país alcanzó el nivel de desarrollo propio del capitalismo, que sólo se da cuando se llega a la etapa industrial. El hecho de que antes de 1937 no se llevaran registros estadísticos acerca de las industrias que teníamos indica el atraso en que vivíamos en lo que se refiere a ese aspecto de la vida nacional. No podemos poner en duda que antes de Trujillo había capitalismo mercantil, pero aun haciendo abstracción de la participación mayoritaria de comerciantes extranjeros en esa rama de la actividad económica, no hay base para decir que en el siglo pasado las relaciones de producción eran en nuestro país preponderantemente capitalistas. La corta vida que tuvieron los trencitos de Sánchez a La Vega y de Puerto Plata a Santiago (y los calificamos así por el ancho de sus vías, el tamaño de las locomotoras y el de los vagones que ellas arrastraban), y el uso limitado y el corto trayecto que recorrían los muy contados que se establecieron en algunos ingenios del Este para llevar caña a los molinos, nos indica que la producción de tipo capitalista del país no bastaba para sostener funcionando esos medios de transporte terrestre, que eran los únicos con que contábamos porque no había ni siquiera caminos para el uso de vehículos, por rudimentarios que estos fueran, y el que lo ponga en duda que lea el capítulo dedicado a las comunicaciones interiores que figura en *Reseña General Geográfico Estadística* de José Ramón Abad, impreso en la Capital por García Hermanos.

En ese libro de Abad, (página 395) podemos ver que para 1888 vendíamos en el extranjero algunos renglones que no eran fruto de relaciones capitalistas de producción, tales como tabaco, algodón, cera, miel de abejas, cocos, cueros de reses y chivos y cuernos de reses; y aunque Abad no dice nada acerca de la cuantía de esas exportaciones en dinero, sabemos que lo normal es que el quintal de tabaco (del que se exportaron ese año 118 mil 173 quintales) valía varias veces más que el azúcar (cuya exportación fue en 1888 de 388 mil 103 quintales),

y en esos tiempos el azúcar tenía precios bajos. En esa época, y también muchos años después, el tabaco se producía con trabajo familiar, no asalariado, y si es verdad que se convertía en mercancía capitalista, eso sucedía después que pasaba a manos de los comerciantes que lo vendían a las firmas exportadoras establecidas en Puerto Plata y algunas de ellas en Santiago.

Lo mismo pasaba con la cera, la miel de abeja, los cocos, los cueros de reses y de chivos y los cuernos de reses. En cuanto al cacao y el café, las cantidades exportadas en 1888 (15 mil 582 quintales del primero y 13 mil 217 del segundo), debieron ser en su mayor parte productos de cultivos y cosechas también familiares. En lo que se refiere al azúcar, en la siembra y el corte de la caña intervenían los trabajadores cocolos, y aunque se les pagaran salarios muy bajos, eran asalariados, pero eran extranjeros de los cuales la mayoría volvían a sus tierras cuando terminaba la zafra, como eran extranjeros casi todos los dueños de los ingenios, que no invertían sus ganancias en el país si se exceptúan casos muy conocidos como el de Juan Bautista Vicini, de lo que se desprende que los ingenios eran en realidad islas económicas. Por esa razón la industria azucarera no jugó en la economía del país el papel que la cubana jugó en Cuba y el que jugó aquí después que todos los ingenios extranjeros, con la excepción del Romana, pasaron a manos de Trujillo.

En los datos que dimos en la primera parte de este artículo puede apreciarse que el proceso de concentración de capitales, que había empezado entre 1951 y 1952, se había afirmado para 1956 después de haber recibido un impulso que se hizo patente desde 1955. Buscando el origen de ese impulso hallamos que estuvo en el azúcar, pues en 1954, usando 48 mil 273 trabajadores y empleados, habíamos vendido azúcar y mieles por 47 millones 176 mil pesos; en 1955, los empleados y obreros pasaron a ser 51 mil 618 y las ventas alcanzaron a 52 millones 431 mil pesos; en 1956, con el trabajo de 61 mil 504 obreros y empleados se produjeron azúcar y mieles que se vendieron en 70 millones 290 mil pesos, o sea, más de 26 veces y media lo que habíamos importado en el 1905, que fueron 2 millones 737 mil pesos, y si

estimamos que los pesos (o dólares), de 1905 valían 10 de 1956, todavía tenemos por delante el hecho de que sólo en azúcares y mieles el país vendió en 1956 más de dos veces y media de todo lo que importó medio siglo antes.

El impulso de que hemos hablado tuvo su culminación en el año 1957, cuando con el uso de 65 mil 509 empleados y obreros (el número más alto que había conocido la industria azucarera dominicana en toda su historia, a lo que tenemos que agregar la consideración de que se trataba en su gran mayoría de obreros y empleados dominicanos), se fabricaron azúcares y mieles que se vendieron en 104 millones 610 mil pesos, 10 millones 258 mil pesos por encima del doble de las ventas de 1954.

Para ese año estaban en función 16 ingenios, los mismos que tenemos ahora si bien la producción actual es mucho más alta que la de veinte años atrás, de manera que de las 2 mil 883 instalaciones industriales que teníamos entonces (1957), 2 mil 867 eran no azucareras, y en ellas trabajaban 21 mil 302 empleados y obreros que produjeron mercancías cuya venta dio 139 millones 931 mil pesos. En total, las ventas de los productos industriales de ese año llegaron a 244 millones 549 mil pesos, de manera que en veintiún años el producto industrial se había multiplicado por más de once, y más de tres veces y media si calculamos que el peso de 1937 equivalía a 3 de 1957; el número de fábricas era poco más del doble, el de los obreros y empleados no llegaba a tres y el total de los sueldos y salarios que recibieron fue algo más de cinco.

El año 1957 fue el de la llamada “pequeña crisis norteamericana”, que sería pequeña en los Estados Unidos pero fue muy seria en los países del Caribe, especialmente en sus resultados políticos, porque fue ella la que proporcionó la base económica que iba a servir de fondo para los movimientos sociales que al adquirir color político sacaron, de Colombia, a Rojas Pinilla; de Venezuela, a Pérez Jiménez; de Cuba, a Batista, y la Revolución Cubana iba a reflejarse en la República Dominicana con la muerte de Trujillo.

En nuestro país, los 65 mil 509 empleados y trabajadores de 1957

quedaron reducidos en 1959 a 58 mil 712, y los 104 millones 610 mil pesos en que se vendieron los azúcares y las mieles de 1957 bajaron en 1959 a 65 millones 26 mil; el total de 86 mil empleados y obreros industriales de 1957 pasaron en 1959 a ser 83 mil 625 que produjeron 22 millones 100 mil pesos menos que en 1957 en un número de instalaciones sensiblemente parecido (2 mil 855 en 1959 en vez de 2 mil 883 en 1957).

Llama la atención el hecho de que a pesar de la diferencia en el número de los trabajadores y empleados (3 mil 186 menos en 1959 que en 1957), los sueldos y salarios pagados en 1959 fueron en total mayores que los de 1957 en 2 millones 606 mil pesos, pero si observamos el caso particular de la industria azucarera hallamos que en ese campo sucedió lo contrario, pues de 23 millones 695 mil pesos pagados a empleados y obreros en 1957 se bajó en 1959 a 21 millones 775 mil.

¿Cómo se explica eso que parece ser una incongruencia?

La explicación es sencilla: Los empleados y obreros que tenían en 1957 las industrias no azucareras eran 21 mil 302, y en el año 1959 eran 24 mil 913, de manera que en esas industrias hubo un aumento de 3 mil 609 personas que entraron en el mercado de trabajo como resultado inmediato de la creación de industrias sustitutivas de importaciones que llevaba adelante Trujillo. En la lista de esas creaciones figuran la fábrica de cemento, la de textiles, la de harina de trigo, la de astilleros navales. Los obreros de esas industrias tenían entonces, como tienen ahora, mejores salarios que la gran mayoría de los trabajadores de la caña, que son picadores y carreteros, a quienes se les pagan jornales de peones campesinos.

De buenas a primeras, de los 222 millones 466 mil pesos que produjeron las 2 mil 855 instalaciones industriales del país en 1959, se saltó en 1960, con 2 mil 427 fábricas nada más, a producir mercancías que se vendieron en 271 millones 645 mil pesos, con un aumento de unos 6 mil obreros y empleados (en el 1960 llegaron a 89 mil 591), de los cuales 6 mil 161 lo fueron sólo en la industria azucarera; pero es el caso que para los empleados y trabajadores del azúcar no hubo

aumento en el total de los salarios, sino al contrario en el 1960 se pagaron en sueldos y jornales 703 mil pesos menos que en 1959, si bien en el total general hubo un aumento de 28 mil pesos, lo que indica que entre los empleados y obreros de las industrias no azucareras se distribuyeron los 703 mil pesos que se les rebajaron a los del azúcar, y 28 mil pesos más.

VII

¿Qué pasó en el año 1961, que de los 89 mil 591 empleados y obreros que habían estado ocupando puestos en las industrias en 1960 se bajó a 80 mil 54, vale decir, a la alarmante proporción de 11 por ciento menos de un año para otro? Naturalmente, también bajó la cuantía de dinero en que se vendió la producción (de 271 millones 654 mil pesos en 1960 a 253 millones 433 mil en 1961, algo más del 7 por ciento menos) y la de los sueldos y salarios, aunque en este caso la baja fue apenas del 2 por ciento.

De seguro que habrá quien diga que la explicación es sencilla porque ese año 1961 fue el de la muerte de Trujillo, hecho que debió provocar un caos en todas las actividades del país, especialmente en las económicas. Pero la causa de esa especie de salto en el vacío de la economía que tuvo lugar en el año 1961 no fue la muerte de Trujillo, la causa hay que buscarla principalmente en el azúcar, cuya producción es la que emplea más mano de obra en el país. En el 1960 se exportaron 1 millón 163 mil toneladas de azúcar y 64 millones 410 mil galones de melaza (Instituto Azucarero Dominicano, *Estadísticas Azucareras*, 1970, páginas 50 y 52), que se vendieron en 107 millones 166 mil dólares y para cuya producción se usó el trabajo de 64 mil 873 personas que cobraron sueldos y salarios por un total de 21 millones 72 mil pesos; mientras que las exportaciones de 1961 fueron cerca de una cuarta parte más bajas en azúcar y casi el 20 por ciento menos en mieles (864 mil toneladas y 53 millones 395 mil galones respectivamente), con ventas que dieron 77 millones 776 mil dólares (29 millones 390 mil menos que en 1960). En lo que se refiere a mano de obra empleada, en 1961 fueron 55 mil 73 personas, o sea, 9 mil 800 menos que en el 1960,

que recibieron sueldos y salarios por un total de 20 millones 326 mil pesos.

Una venta tan alta de azúcar y mieles como la de 1960 no se había conocido en la historia dominicana. En el 1959 se vendieron 765 mil toneladas de la primera (no tenemos datos de la venta de mieles en 1959); en 1957 se habían vendido 876 mil y antes de 1971, año en que se sobrepasó el millón de toneladas de azúcar (se produjeron 1 millón 98 mil), lo más cerca que estuvimos de la producción de 1960 fue en 1962, cuando las exportaciones del dulce en grano llegaron a 923 mil toneladas y las de mieles a 46 millones 523 mil galones.

No tenemos una explicación para la alta producción azucarera de 1960 y para la baja de 1961, a menos que se trate de que en 1957, cuando el precio promedio del azúcar llegó a 5.6 dólares el quintal (el mejor que se había alcanzado desde 1951) empezaron a prepararse terrenos nuevos y se hicieron siembras de caña que vinieron a ser cosechadas en 1960, y de ser así, la baja de precio de 1961, año en que el azúcar llegó a pagarse a 2.61, debió reflejarse en la baja de la producción de esa zafra.

Hagamos ahora un alto para volver la vista hacia atrás y recordar que en 1948 y 1949, años malos para el azúcar, los empleados y trabajadores de los ingenios fueron menos de los que figuran en las estadísticas de 1937 como empleados, obreros y aprendices de todas las industrias; que en cambio, los usados en 1960 sólo en la producción de azúcar fueron más del doble del total de 1937, y en ese año 1960, con 57 mil empleados y obreros más que los que habíamos tenido en el 1937 (faltaron 6 mil 277 para que fueran el doble) se produjeron mercancías que se vendieron en 271 millones 645 mil dólares, cerca de 11 veces más que las que se habían vendido en 1937.

Los números pueden ocultar muchas cosas, y suelen hacerlo; por ejemplo, comparados con los de 1937, los dólares de 1960 habían perdido mucho poder de compra, pero aun suponiendo que hubieran perdido la mitad, siempre estaríamos ante el hecho de que frente a 22 millones 884 mil dólares de productos industriales vendidos en 1937, cuando teníamos algo más de millón y medio de habitantes, vendimos

en 1961 el equivalente de 135 millones 823 mil de 1937. En el 1961 teníamos el doble de habitantes que en 1937, y si en 1937 se produjeron mercancías que se vendieron a razón de 20 pesos por cada habitante, la producción de 1961 se vendió a razón de 44 pesos con 70 centavos por cada uno de los 3 millones 38 mil que teníamos entonces. En la lengua de los expertos en la materia eso significa que en 23 años la producción industrial vendida pasó de 20 a 44 con 70 por cabeza, lo que equivale a un aumento de más de 120 por ciento.

La muerte de Trujillo no provocó un caos económico, pero el caso es que con ella terminó la época de los salarios de hambre, lo que no significa que los que se pagaron después fueran buenos ni cosa parecida. En 1962 el número de empleados y obreros industriales volvió a estar muy cerca del de 1960, que había sido el más alto de la historia del país. En 1960 habían sido 89 mil 591 y en 1962 fueron 89 mil 300, pero los de 1960 habían ganado sueldos y jornales por un total de 39 millones 68 mil y los de 1962 ganaron 72 millones 941 mil; por otra parte, los de 1960 produjeron mercancías que se vendieron en 271 millones 645 mil y los de 1962 las produjeron que se vendieron en 326 millones 591 mil. En ese aumento de las ventas jugó un papel muy importante la industria azucarera, para la cual en 1962 trabajaron 3 mil 400 empleados y obreros menos que en 1960, pero cuya producción se vendió en 2 millones 532 mil pesos más (109 millones 698 mil, que como dijimos hace poco fue la suma más alta que había recibido el país por ventas de azúcares y mieles), lo que se explica porque en ese año 1960 comenzó una de las periódicas alzas de precios del dulce que iba a durar hasta el 1964.

Los empleados y obreros de los ingenios cobraron en 1962 sueldos y salarios por un total de 45 millones 531 mil pesos que debemos comparar con los 21 millones 72 mil que habían cobrado en 1960 para darnos cuenta de que en 1962 ganaron más del doble de lo que habían ganado dos años antes a pesar de que en vez de las 64 mil 873 personas que trabajaron en la producción de azúcar en el 1960, en el 1962 sólo lo hicieron 61 mil 487.

En 1961 la inversión promedio por unidad industrial fue de 132 mil pesos (ver artículo N° 1 de esta serie) y en 1962 fue de 136 mil 400, cantidad que no es muy diferente a la de 1961, como sucedió también con el promedio de empleados y obreros de cada establecimiento, que de 39 en 1961 pasó a 40 en 1962; pero lo que ganaron los empleados y obreros de 1962 fue otra cosa, pues en vez de los 480 pesos anuales que cobró cada uno en 1961, en 1962 llegó a algo más de 815.

Ese fue el resultado inmediato de las demandas de mejores salarios y condiciones de trabajo que a partir de la muerte de Trujillo empezaron a hacer los trabajadores y los partidos políticos que iban organizándose y difundían prédicas que el Pueblo dominicano no había oído jamás, pues por vez primera se les hablaba a las grandes masas del país de sus problemas, de la injusticia social en que habían estado viviendo durante siglos, de su derecho a ser oídos y atendidos por sus gobernantes y por los patronos o los terratenientes si se trataba de asalariados de las industrias y de los campos.

Cuatro párrafos atrás dijimos que en 1962 había comenzado una subida de precios del azúcar que duraría hasta 1964. En 1962 el quintal se vendió a 2 dólares 97 centavos en promedio, 6 centavos más que en 1961; en 1963 llegó a 8.48, aunque debe tomarse en cuenta que de la bonanza de esa subida no se benefició solamente el Gobierno de 1963; los mayores beneficios entraron en el país después del golpe de Estado de 1963. Pero de todos modos, para mediados de 1963 había precios por encima de 5 dólares el quintal y de 20 centavos el galón de melaza, y aunque el total de las ventas de esos dulces fue inferior en 4 millones 382 mil pesos a las de 1962 (105 millones 316 mil contra 109 millones 698 mil), debido a las entregas de azúcar y mieles vendidos a precios más bajos en 1962 pero también a que se produjeron 190 mil toneladas de azúcar y 1 millón 288 mil galones de melaza menos, el Gobierno de 1963, que esperaba por lo menos dos años de buenos precios para el azúcar, metió en los ingenios del Estado el mayor número posible de trabajadores, pues aunque sobraron brazos, lo que se dejara de ganar por esa razón se ganaría en paz social, y eso es lo que explica que los empleados y trabajadores de los ingenios pasaran, de 61 mil 487 que

eran en 1962, a 89 mil 156 que fueron en 1963 , una diferencia de 27 mil 669. Sería en 1972, año en que se produjeron 1 millón 139 mil toneladas de azúcar, cuando iba a superarse ese número de empleados y trabajadores del dulce. En cuanto a sueldos y salarios, los de 1962 cobraron 45 millones 531 mil y los 89 mil 156 de 1963 recibieron 55 millones 10 mil.

En el total de la industria, incluyendo la del azúcar, los puestos de trabajo llegaron en 1963 a 117 mil 831, que cobraron sueldos y salarios por 88 millones 812 mil pesos y produjeron mercancías que se vendieron en 364 millones 863 mil. El número de empleados y obreros industriales de 1963 vino a ser superado sólo en el 1971, y eso, por 435 nada más; en cambio las mercancías producidas en 1971 se vendieron en 677 millones 271 mil pesos, 312 millones 406 mil más que los 364 millones 863 mil en que habían sido vendidas las producidas en el 1963, esto es, ocho años antes.

A fin de que nos hagamos una idea clara de lo que significan esos números desde el punto de vista de los beneficios que del proceso de la concentración de capitales que venía dándose desde el 1952 sacaron en esos ocho años los capitalistas, comparemos lo que produjo en 1963 cada uno de los 117 mil 831 empleados y obreros de ese año y lo que produjo cada uno de los 118 mil 266 de 1971.

Los de 1963 fabricaron mercancías a razón de 3 mil 97 pesos por cabeza y ganaron sueldos y salarios de 63 pesos mensuales en promedio; los de 1971 produjeron mercancías a razón de 5 mil 727 cada uno, o sea, 2 mil 630 pesos más que los de 1963, y recibieron paga de 78 pesos 50 centavos mensuales en promedio; lo que significa que por el 25 por ciento más del salario produjeron 46 por ciento más de mercancías calculando éstas por su valor de venta.

A partir de 1963 iba a darse un proceso de aumento del número de los establecimientos industriales, de las inversiones y de la producción, que tardaría algunos años en dejarse sentir en lo que se refiere a mano de obra, pero de eso nos ocuparemos después.

VIII

Dijimos que en el año 1971 los empleados y obreros de las industrias fueron sólo 435 más que en 1963, pero debemos aclarar que la población de 1963 había sido estimada en 3 millones 315 mil y la de 1971 lo fue en 4 millones 182 mil, y esos números nos llevan a la conclusión de que si en 1963 hubo un dominicano de cada 28 trabajando en un establecimiento industrial, en 1971 había uno de cada 35, diferencia que nos da pie para decir que si se hubiera mantenido la proporción entre empleados y trabajadores de industrias y habitantes que teníamos en 1963, en 1971 debió haber habido 148 mil 800 personas ocupadas en las fábricas del país, cantidad a la que no habíamos llegado ni siquiera en 1976, último año del que hemos podido conseguir datos estadísticos que a la fecha en que se escribe este artículo no se han hecho públicos puesto que los que se han publicado llegan sólo hasta 1975.

Sería alarmante que en el 1976, o sea, trece años después de 1963, no hubiera ni siquiera 2 mil trabajadores y empleados industriales más que en 1963, y eso, que si comparamos la población estimada de 1963 con la de 1976 veremos que la diferencia fue de millón y medio, y en consecuencia, de haberse mantenido en 1976 la proporción de empleados y obreros que teníamos en 1963, en 1976 debieron ser 177 mil en vez de los 119 mil 377 que figuran en las estadísticas de ese año. La diferencia en números redondos entre los que hubo en 1976 y los que debió haber fue de 59 mil, pero 59 mil personas ocupadas significa no menos de 275 mil cuerpos alimentados si consideramos que por cada una persona que trabaja hay cuatro más que comen, además de ella; y 59 mil desocupados significa que esa cantidad de hombres y mujeres, que debieron ocupar puestos de trabajo en condición de obreros industriales, tuvieron que vivir chiripeando para llevar la comida a sus casas, lo que de ninguna manera quiere decir que ése fuera el número de chiriperos que tuvimos en 1976. Para esos tenaces trabajadores de la baja pequeña burguesía pobre y muy pobre no hay puesto en las estadísticas nacionales. Existen, pero no quedan reflejados en la contabilidad oficial.

(En este artículo hemos estado haciendo cálculos sobre la base de los datos que ofrece la Oficina Nacional de Estadísticas (ONE), y según se nos ha asegurado, ese departamento no toma en cuenta ni el número de establecimientos industriales de las llamadas Zonas Francas ni el de los empleados y obreros que ellos emplean. De acuerdo con nuestras investigaciones, al 31 de diciembre de 1976 en las Zonas Francas del país había 119 industrias con más de 15 mil obreros y empleados. ¿Hay alguien en las esferas gubernamentales que pueda explicar por qué no se centralizan los datos estadísticos?).

En 1963, los haitianos que trabajaban en los ingenios azucareros eran pocos, y eran menos los que lo hacían en los ingenios del Estado; pero no tenemos datos oficiales sobre su número porque las cifras de los trabajadores del azúcar no dominicanos dejaron de figurar en las estadísticas desde hace años. Sin embargo, se sabe que desde 1966 los gobiernos de Haití y nuestro país llegaron a un acuerdo, que se ha venido renovando cada año, para que anualmente entraran 12 mil haitianos destinados a cortar caña, de manera que de los 119 mil 377 empleados y obreros que figuran en las estadísticas de 1976 habría que descontar por lo menos los 12 mil haitianos de ese año, y al hacerlo tendríamos un dato cierto, o cercano a la verdad, el de que los empleados y obreros industriales dominicanos inscritos en las estadísticas de ese año fueron 107 mil 377, o sea, 10 mil 454 menos que en el 1963.

Ahora vamos a ofrecer datos significativos para aquellos que desean conocer a fondo si tenemos o no tenemos una clase obrera dominicana, no en lo que se refiere al punto de vista social, que sin duda la tenemos, sino en lo que se refiere al punto de vista político. Puede discutirse si los trabajadores industriales dominicanos fueron más o menos en el año 1976, pero no podemos dudar de que en el proceso de formación de una conciencia obrera, los de 1963 fueron más allá que los de 1975 pues en 1963, con 2 mil 427 establecimientos industriales, se inscribieron en la Secretaría de Trabajo 512 sindicatos y se firmaron 97 pactos colectivos, y en 1976, con 3 mil 303 establecimientos, los sindicatos activos no llegaban a 300, según

informes recogidos en centros sindicales, y los pactos colectivos llegaron sólo a 31. Es más, de acuerdo con una información obtenida en la Sección de Mediación y Arbitraje de la Secretaría de Trabajo, el año en que se firmaron más pactos colectivos en la historia del país fue el de 1963 (97); y le siguieron 1974 con 52, 1966 con 51, 1972 con 46, 1977 con 43, 1973 con 33, 1975 con 32, 1971 y 1976 cada uno con 31, y los demás años por debajo de 27. Al terminar el año 1978 sólo había 60 pactos colectivos vigentes, número que no significa que 60 empresas de las que emplean más de 20 obreros hayan firmado pactos colectivos con sus trabajadores, pues se conocen casos de una sola empresa que tiene varios pactos con varios sindicatos; por ejemplo, eso sucede en el ingenio Río Haina, del Consejo Estatal del Azúcar (CEA), que en el 1978 había firmado pactos con cinco de los numerosos sindicatos en que están organizados sus trabajadores.

Hace poco dijimos que en el año 1976 había en el país, o por lo menos eso dice la Oficina Nacional de Estadísticas, 3 mil 303 instalaciones industriales, lo que parece indicar que el proceso de reducción del número de fábricas se detuvo en el 1962, año en que bajó a 2 mil 251, y en 1963 empezó a subir (ese año fueron 2 mil 427 y en 1964, 2 mil 687) aunque en 1965 tuvo una baja brusca (a 2 mil 354) que se explica por la Revolución de Abril, y a partir de 1966 (cuando subió a 2 mil 548), y especialmente de 1967 (cuando saltó a mil 855), recuperó el impulso ascendente hasta llegar en a 3 mil 303. Esos aumentos no se reflejaron, sin embargo, en la cantidad de empleados y obreros, que sólo pasará a ser superior a la de 1963 en 1971, y eso, por 435 personas nada más, y a partir de 1971 irá en aumento hasta 1974, año en que llegó a 146 mil 697, para caer en 1975 a 130 mil 100 y en 1976 a los ya mencionados 119 mil 377, una baja de 27 mil 230 comparada con la cantidad que había dos años antes.

Las oscilaciones en el número de establecimientos y en el de trabajadores y empleados que vemos a partir de 1963 no se advierten, sin embargo, antes de 1976 en las ventas de la producción industrial, que de los 403 millones 886 mil pesos que alcanzaron en 1966 van dando saltos de 20, de más de 45, de más de 53, de 81, de 106 millones

de año en año; de más de 232 millones en 1973, de casi 420 millones en 1974 y de 412 millones en 1975, año en que llegaron a 1 mil 890 millones 133 mil pesos, o sea, tan cerca de los 2 mil millones que con menos de 110 millones más habríamos llegado a esa cantidad.

¿Indica acaso el paso de disminución a aumento en el número de instalaciones industriales que en el año 1966 quedó terminado el proceso de concentración de capitales que había empezado en 1962?

De ninguna manera. Lo que sucedió fue que la muerte de Trujillo tuvo como consecuencia inmediata un cambio en el control del aparato del Estado, que hasta mediados de 1961 estuvo manejado por Trujillo, sus familiares y asociados, los cuales lo usaban, en el orden económico, para monopolizar todo lo que pudiera monopolizarse, y a partir de 1962 el cambio iba a reflejarse en nuevas actividades en el campo de la economía que fueron estimuladas por los precios a que subió el azúcar en los años 1963 y 1964, y de ahí en adelante el proceso de concentración de capitales avanzaría acompañado paralelamente por el aumento de los establecimientos industriales.

La estrecha relación que hay entre la economía dominicana y el azúcar se aprecia viendo año tras año la columna de ventas de los productos de la caña. En 1963 esas ventas produjeron millones 316 mil pesos gracias al trabajo de 89 mil 156 personas que ganaron 55 millones 10 mil pesos; en 1964 las ventas bajaron a 103 millones 797 mil pesos y los empleados y obreros a 77 mil 274, que ganaron 70 millones 950 mil; en 1965 las ventas fueron de 76 millones 608 mil pesos y los empleados y obreros 58 mil 622 que cobraron 48 millones 947 mil pesos, y en 1966, año en que se exportaron sólo 37 mil 350 toneladas de azúcar más que en 1965, las ventas subieron a 94 millones 756 mil pesos y los sueldos y salarios a 51 millones 888 mil distribuidos entre 70 mil 945 personas. A partir de ese año las ventas irían subiendo, pero no el total de los sueldos y salarios, que en el 1969, cuando se vendieron azúcares y mieles por 114 millones 370 mil pesos, llegaron a 51 millones 262 mil pesos, menos que en el 1966, año durante el cual las ventas fueron casi 20 millones de pesos menos que en 1969. 1970 marcó el punto de partida hacia totales superiores en el pago de

sueldos y salarios en la industria azucarera.

Los precios del azúcar crudo empezaron a subir en 1969 (3.37 el quintal, en promedio) y a partir de ahí hallamos que fueron así: en 1970, 3.75; en 1971, 4.52; en 1972, 7.41; en 1973, 9-59; en 1974, 29.60. En ese último año el quintal de azúcar llegó a pagarse en 65.50 dólares, algo que no había pasado en la historia del dulce. Para la República Dominicana, los precios de 1974 y la alta producción (1 millón 194 mil toneladas) significaron ventas por 370 millones 944 mil pesos y trabajo para 102 mil 460 empleados y obreros que ganaron sueldos y salarios por un total de 74 millones 733 mil pesos. Pero todavía nos faltaba ver algo que dos años antes hubiera parecido imposible:

En el 1975 las ventas de azúcares y mieles produjeron 592 millones 582 mil pesos con el trabajo de 81 mil 278 empleados y obreros (prácticamente 9 mil menos que los empleados y obreros azucareros de 1963, que fueron 89 mil 156), a quienes se les pagaron sueldos y salarios por 97 millones 365 mil pesos.

Ese fue el año en que añadiendo algo menos de 110 millones a las ventas habríamos alcanzado el nivel de los 2 mil millones. De todos modos, los 1 mil 890 millones 133 mil pesos que vendió el país en 1975 equivalieron a unos 402 pesos por cabeza si la población fue, como se había estimado, de 4 millones 697 mil. En cuanto a empleados y obreros, el total, incluyendo los del azúcar, que había sido 146 mil 697 en 1974, había caído en 1975 a 130 mil 100, pero los sueldos y salarios no bajaron sino que subieron, de 167 millones 790 mil a 205 millones 68 mil, lo que significa que cada uno de esos 130 mil 100 empleados y obreros ganó, en promedio, 1 mil 500 pesos en el año, o sea, 125 pesos al mes.

IX

Las ventas de azúcares y mieles, que habían llegado en el año 1975 a 592 millones 582 mil pesos, bajaron en el 1976 a 299 millones 574 mil, y el número de empleados y trabajadores de los ingenios, que había sido en 1975 de 81 mil 278, cayó en 1976 a 67 mil 333. Como puede verse, en lo que se refiere a las ventas la diferencia fue de más de 293

millones de pesos (prácticamente la mitad), pero en lo que se refiere a mano de obra empleada fue sólo de 13 mil 945 menos, que equivale a menos de la sexta parte. En el total de las industrias, esa caída se reflejó de la siguiente manera: 83 millones 603 mil pesos de ventas y 10 mil 723 empleados y trabajadores menos que en 1975. Sin embargo, los empleados y trabajadores, que en 1975 habían recibido sueldos y salarios promedios de 1 mil 500 pesos anuales, equivalentes a 125 al mes, recibieron en 1976 1 mil 710, lo que significó promedios de 144 pesos mensuales.

¿Cómo se explica que en vez de bajar subieran los sueldos y los salarios de los empleados y obreros industriales?

Se explica por la influencia de la industria azucarera, y podemos demostrarlo recordando que en el año 1963 los empleados y trabajadores azucareros fueron 89 mil 156, cantidad que vino a ser superada sólo en 1972, cuando llegaron a ser 94 mil 497, y sin embargo en 1970 el total de los sueldos y salarios de los ingenios había llegado a 58 millones 670 mil pesos, o sea, a 3 millones 660 mil pesos más que lo que ganaron los de 1963. Hubo una sola excepción, la de 1964, en que con casi 12 mil empleados y trabajadores menos que en 1963, los sueldos y salarios subieron a 70 millones 950 mil pesos, lo que se explica porque en 1964 mantuvieron su vigencia los pactos colectivos firmados en 1963, especialmente los de los trabajadores del azúcar; pero en 1965 lo que pagaron los ingenios a sus empleados y obreros bajó a 48 millones 947 mil pesos distribuidos entre 58 mil 622 personas; en 1966, 70 mil trabajadores y empleados recibieron 51 millones 888 mil; en 1967, 82 mil 839 ganaron 44 millones 402 mil; en 1968, a 75 mil 117 se les pagaron 45 millones 933 mil; en 1969, 73 mil 527 cobraron 51 millones 262 mil; y a partir de entonces empezó a subir la cuantía de los sueldos y los salarios de los empleados y trabajadores del azúcar hasta llegar en 1975 a los 97 millones 365 mil pesos para pagar el trabajo de 81 mil 278 personas y en 1976 a 92 millones 13 mil pesos para 67 mil 333 empleados y trabajadores, lo que equivale a 1 mil 366 pesos anuales por cabeza, o sea, 114 pesos mensuales en promedio para algo más del 56 por ciento de los empleados y obreros de todas las

industrias del país, que era en el año mencionado la proporción que había entre la fuerza de trabajo empleada por los 16 ingenios que tenemos y la que empleaban los restantes 3 mil 287 establecimientos industriales que aparecen en los registros de la Oficina Nacional de Estadísticas.

Ahora nos toca repetir algo que habíamos dicho en uno de los artículos de esta serie: que los informes estadísticos ocultan a menudo aspectos importantes de la realidad. Por ejemplo en el caso del aumento que se ve en el renglón titulado Sueldos y Jornales de la página 3 del Boletín N° 23 (Estadística Industrial de la República Dominicana, 1975), sería muy difícil saber a qué se debió la subida anual del total nacional de los sueldos y salarios, que de 82 millones 611 mil pesos que había sido en 1968 fue ascendiendo hasta llegar en 1976 a 213 millones 3 mil, si no estuviéramos enterados de que en la Ley 7 de 1966 se estableció que el 40 por ciento de los beneficios que tuvieran los ingenios del Estado debía ser repartido entre los trabajadores. Ese 40 por ciento, conocido popularmente como “la bonificación”, debió ser bastante alto hasta 1975, año en que el dulce llegó al mejor precio en toda la historia, y eso es lo que explica que los sueldos y jornales de los ingenios subieran ese año a 97 millones 365 mil pesos, 15 veces más que los 6 millones 471 mil que pagaron en 1937 todas las industrias a pesar de que los que cobraron los sueldos y jornales de 1975 apenas fueron 4 veces más que los 31 mil 956 de 1937. Queremos llamar la atención hacia el hecho de que aun si el peso de 1937 valiera 3 de 1975, los sueldos y jornales de 1975 fueron 5 veces más altos para los empleados y trabajadores del azúcar que lo que habían sido para todos los empleados y trabajadores industriales en 1937.

El que pretenda sacar conclusiones políticas de la existencia de la Ley 7 de 1966 cometería un error si creyera que el 40 por ciento de los beneficios hechos por los ingenios del Estado fueron a dar a manos de los trabajadores. Naturalmente que una parte cayó en ellas, pero sin duda otra parte, quizá la más grande, cogió el camino de las cuentas bancarias de ciertos pejes gordos.

Los altos sueldos y salarios y el número de empleados y trabajadores de esa industria empezaron a bajar en el año 1976, último del que tenemos información estadística. Ese año los ingenios usaron 67 mil 333 personas a las que les pagaron 92 millones 13 mil pesos, o sea, 5 millones 532 mil menos que en 1975, y sin embargo el total de los sueldos y salarios en todas las industrias del país que están registradas en la Oficina Nacional de Estadísticas subió a 213 millones 3 mil pesos, esto, es, 8 millones 65 mil más que en 1975.

¿Cómo se explica eso? ¿Es que de buenas a primeras la influencia que ejercía la industria azucarera en ese terreno pasó a otros productos? ¿Por qué en 1976, año en que los ingenios pagaron 5 millones 532 mil pesos menos a sus empleados y trabajadores, la totalidad de los sueldos y salarios industriales subió cerca de 8 millones de pesos?

Para esas preguntas puede haber más de una respuesta. Es posible que en las cuentas de algunas de las industrias del Estado, entre las cuales hay varias muy importantes por el número de empleados y obreros que usan, figuren como gastos en sueldos y salarios altas cantidades de dinero que salieron hacia otros destinos. Debe recordarse que en *Vanguardia* se publicaron numerosas denuncias de maniobras turbias en la Corporación Dominicana de Electricidad y en la Fábrica Dominicana de Cemento, para mencionar sólo dos de las empresas del Estado.

De todos modos, tenemos que aceptar los números que da la Dirección Nacional de Estadísticas porque no podemos valernos de otros; y esos números dicen que en el año 1976 el país tenía 3 mil 303 establecimientos industriales que invirtieron 181 millones 877 mil pesos para producir mercancías que se vendieron en 1 mil 806 millones 531 mil pesos con el trabajo de 119 mil 377 empleados y obreros a quienes se les pagaron 213 millones 3 mil pesos. Comparadas con las cifras de 1937 las de 1976 significan un aumento, en 39 años, de 1 mil 961 establecimientos industriales (casi el 60 por ciento) y de casi 13 veces la inversión de capitales; de 3 veces y tres cuartos el número de empleados y obreros y de casi 79 veces el valor

de venta de las mercancías producidas.

Si la mercancía producida en 1976 hubiera sido proporcional a la producción de 1937 en cantidad y precios, las ventas de 1976 habrían correspondido al aumento del número de empleados y obreros, que entre 1937 y 1976 se multiplicó por 3 y 3 cuartos (3.75); habrían sido, pues, de unos 86 millones, no de 1 mil 806 millones 531 mil. La diferencia de más de 1 mil 720 millones indica el grado de explotación a que están sometidos los empleados y trabajadores industriales dominicanos y el Pueblo que consume una parte de lo que producen las industrias del país.

Si recordamos que las industrias establecidas en las Zonas Francas no aparecen registradas en los informes de la Dirección Nacional de Estadísticas debemos sumar por lo menos 15 mil y quizá 16 mil empleados y obreros a los 119 mil 377 que figuran en los datos de 1976, pero al mismo tiempo debemos restar entre 12 y 15 mil trabajadores haitianos de la caña que entran en el país como temporeros y vuelven a Haití cuando termina la zafra. El resultado de la suma y la resta nos lleva a la conclusión de que en el 1976 sólo había 120 mil empleados y trabajadores industriales, lo que equivale a menos del 2 y $\frac{1}{2}$ (2.5) por ciento de la población estimada para ese año, que era 4 millones 835 mil. Pero hay algo más que decir. Si analizamos (aunque sea valiéndonos de suposiciones porque no hay datos que nos den pie para hacer un estudio detallado) a esa misma población que se gana la vida vendiéndoles su fuerza de trabajo a las industrias del país, hallaremos, en primer lugar, que no todos los 120 mil obreros son realmente obreros, puesto que los informes hablan de empleados, obreros y aprendices; así pues, pasemos a sacar de los 120 mil por lo menos 6 mil empleados, aunque es muy probable que nos quedemos cortos para que no se diga que exageramos, y después pasemos a restar los que aparecen mezclados con empleados, obreros y aprendices, pero en realidad son dueños de cientos de talleres artesanales que aparecen en las estadísticas con la etiqueta de instalaciones industriales. Ahí están juntos con una fábrica de cemento o con la Alcoa, que emplean cientos de hombres, los talleres de dos o tres oficiales y uno o dos aprendices

de mecánica, de sastrería, de reparación de acumuladores, de zapatería, los de imprentas pequeñas, las panaderías también pequeñas, las talabarterías, las llamadas fábricas de helados y dulces y de chocolate, especialmente las de los pueblos; los talleres de vulcanización y de reparación de radios y máquinas de coser, de escribir y de relojes, y los de hacer ataúdes.

¿Cuántos serán ellos? ¿1 mil, 2 mil, 2 mil 500?

Pongamos 1 mil 500, agreguemos 500 aprendices y restemos los 8 mil que dan la suma de ellos y de los 6 mil empleados y hallaremos que lo que queda son 112 mil trabajadores, de los cuales no todos pueden ser considerados obreros porque los cortadores de caña, que nadie sabe cuántos son, no reúnen las condiciones que se requieren para llamarse obreros industriales.

Esos números, ¿que nos dicen y para qué sirven?

Nos dicen que la clase obrera dominicana es numéricamente muy pequeña, lo que se explica debido a que el desarrollo industrial del país es reciente, si se exceptúa el caso de los ingenios azucareros que hasta muy avanzada la dictadura de Trujillo operaban como islas económicas, a base de capitales, gerencia y mano de obra extranjeros; y sirven para que nos demos cuenta de que precisamente a causa de las razones que explican su limitación numérica, nuestro proletariado tiene escaso desarrollo político y por tanto no ha formado aún conciencia de clase, aunque hay indicios de que está en vías de hacerlo.

X

Al terminar el año 1976 la Oficina Nacional de Estadísticas daba, como número de empleados y obreros que trabajaban en los 3 mil 303 establecimientos industriales del país, el de 119 mil 377. Aceptemos, por el momento, esa cantidad como para sacar de ella algunas conclusiones. Por ejemplo éstas: Cuarenta años antes (en 1937) la cantidad de empleados, obreros y aprendices que había en los 1 mil 342 establecimientos industriales que tenía entonces el país llegaba a 31 mil 956, de manera que en esos cuarenta años las

personas dedicadas a trabajar en las industrias (y en ellas se incluyen los talleres artesanales, que parecen haber sido los más numerosos, y se incluyen en su personal los dueños de esos talleres que sin duda en muchos casos serían los que figuraron en los registros estadísticos como obreros) no llegaron a multiplicarse ni siquiera por cuatro.

En el año 1963, el gran total de empleados, obreros y aprendices fue 117 mil 831, sólo 1 mil 546 menos que en 1976. Esos números podrían llevarnos a la conclusión de que en 13 años el aumento de plazas de trabajo apenas alcanzó a ser 120 por año en promedio, lo cual sería alarmante; pero más alarmante es comprobar que en 1974 trabajaron en las industrias del país 146 mil 697 personas, la cantidad más alta en toda la historia de la República, de manera que en tres años hubo 27 mil 320 personas que perdieron sus empleos, o digámoslo en otros términos: 136 mil 500 personas entre esos trabajadores y sus familiares perdieron su fuente de ingresos. Debemos suponer que los 27 mil 320 desempleados eran dominicanos porque en ningún momento se dio la noticia de que después de 1974 dejaron de entrar en el país los 12 mil haitianos que venían a trabajar en los ingenios amparados por el acuerdo de los dos gobiernos de la Isla (la República Dominicana y Haití) de que hablamos en uno de los artículos de esta serie; antes al contrario, ese acuerdo se renovó después de 1976 aumentando en 3 mil el número de jornaleros haitianos autorizados a venir al país.

La baja de 27 mil 320 empleados, obreros y aprendices en dos años equivale a más de 18 y medio (18.5) por ciento, cantidad que hubiera llenado de alarma al país entero si aquí hubiera habido una clase gobernante o siquiera una clase dominante consciente de lo que significaban esos datos; y de paso diremos que el hecho de que para escribir estos artículos tuviéramos que recurrir a relaciones de amistad para conseguir que se nos dieran a título confidencial, en febrero de 1979, los informes estadísticos correspondientes a 1976 (año en que aparece el dato clave de los 119 mil 377 empleados y obreros industriales) es por sí solo alarmante, puesto que de haberlos pedido en una sociedad organizada en los niveles en que debe estarlo cualquier país industrial, los números de las personas empleadas en las industrias

en el 1976 debieron haber sido de conocimiento público en los primeros meses de 1977, y en la República Dominicana no se habían publicado aun en febrero de 1979.

Para fines de 1978 los empleados civiles, policiales y militares del Gobierno nacional eran unos 105 mil*, y no hay razón para que dos años antes fueran menos. Si a esos 105 mil les agregamos los jornaleros de Obras Públicas y de otros departamentos oficiales y los empleados y jornaleros de los ayuntamientos, que no figuran en ningún informe estadístico, veríamos que los que trabajan para el Estado y los ayuntamientos son tantos como los empleados y obreros industriales de 1976; y si es así (y creemos que lo es), no nos costara mucho esfuerzo llegar a la conclusión de que nos hallamos a distancia del día en que la República Dominicana pueda ser considerado como un país industrial con una clase obrera numéricamente importante. Hoy por hoy no la tiene, y si no la tiene no hemos estado confundidos cuando hemos dicho que la nuestra es una sociedad eminentemente pequeño burguesa, con predominio en esa pequeña burguesía de las capas bajas, baja pobre y baja muy pobre. Las dos últimas son las que componen lo que los sociólogos a la moda norteamericana llaman población marginada, como si fuera científico dividir a las personas en integrados y marginados en vez de hacerlo en clases que se forman de acuerdo con el lugar que cada quien ocupa en las relaciones de producción.

*Debemos explicar, para los lectores no dominicanos, que en nuestro país no hay servicio militar obligatorio y por esa razón los militares, desde el soldado hasta el general, cobran sueldos del Estado.

Los obreros industriales no son los únicos productores del país, pero desde el punto de vista del desarrollo social son los más importantes, y sobre todo son los que dan el tono en lo que se refiere al tipo de sociedad en que vivimos. Una sociedad en la que predomine en número la clase obrera es más avanzada en todos los órdenes que una donde la mayoría de la población sea pequeño burguesa. Los obreros son más numerosos en los países industrializados que en los de economía agrícola, y viven en los centros urbanos, no en los campos, si bien en

los países capitalistas de economía agrícola hay ciudades grandes que deben su tamaño a la presencia de campesinos echados de los campos por los capitalistas terratenientes que se han adueñado de las mejores tierras. No es a esas ciudades a las que nos hemos referido al decir que los obreros industriales dominicanos no se hallan en la Capital, que es la ciudad más poblada del país, sino en los ingenios de azúcar, donde en el 1976 trabajaban 67 mil 333 de las 119 mil 377 personas que tenían ese año empleos industriales.

Por otra parte, cuando hablamos de obreros industriales lo hacemos generalizando, pero conviene aclarar que no todos los obreros industriales tienen las mismas características sociales. No es lo mismo trabajar en una industria pesada que en una liviana, y si aceptamos que el trabajo hace al hombre en la misma medida en que el hombre hace el trabajo, lo que es una verdad que puede demostrarse en cualquier momento, es fácil llegar a la conclusión de que no podemos igualar al obrero de la industria del carbón o de la industria química pesada con el que maneja una máquina que envase líquido detergente en botellas de plástico con el que hace funcionar un telar mecánico en una fábrica de tejidos. En la República Dominicana hay una industria pesada, que es la Falconbridge; algunas medianas (la Alcoa, la Rosario, Astilleros Dominicanos, los ingenios azucareros, las fábricas de cemento), y paremos de contar; todas las demás, o sea, más de 2 mil 900 de las mil 303 que teníamos en 1976, son livianas, y muchas de ellas, como lo hemos dicho más de una vez, no llegan a la categoría de industrias porque se quedan en el grupo de los talleres artesanales.

Es necesario distinguir entre lo que son industrias pesadas, medianas o livianas porque la existencia de unas o de otras es determinante a la hora de analizar el papel que juega, o puede jugar, la clase obrera de cualquier país no sólo en lo que se refiere a la economía sino también a la política. El peso de los obreros en la vida política de la sociedad en que viven es mucho mayor cuando se trata de obreros de la industria pesada que cuando se trata de los de la industria liviana. En los sucesos de Irán, que todavía están ocupando la atención de todo el mundo, la huelga de los trabajadores del

petróleo fue mucho más importante que las movilizaciones de estudiantes y empleados privados y gubernamentales que durante casi un año llenaban las calles de Teherán y de otras ciudades iraníes; y la industria del petróleo es una de las pesadas.

Desde ese punto de vista, la clase obrera dominicana, que trabaja mayoritariamente en industrias medianas y livianas, tiene menos peso específico que los 35 ó 40 mil obreros que emplea la industria petrolera de Venezuela. Una huelga de los obreros venezolanos del petróleo paralizaría no sólo a Venezuela sino también a la República Dominicana, que compra en Venezuela todo el petróleo que consume; a Curazao, que ocupa el mayor número de sus obreros en la refinación y la transformación y el transporte del petróleo que lleva de Venezuela, y provocaría paralizaciones parciales, pero económica y políticamente muy efectivas, en Puerto Rico y en los Estados Unidos, lugares donde se industrializa la mayor parte del petróleo que exporta Venezuela.

Las huelgas son acontecimientos de orígenes y también de resultados económicos, pero pueden serlo, y a menudo lo son, de orígenes y de resultados políticos. Por ejemplo, en Irán la huelga de los trabajadores del petróleo tuvo orígenes y resultados políticos, Los medios de comunicación (agencias de noticias, periódicos, estaciones de radio y de televisión) han destacado en los sucesos de Irán la figura y el papel del Ayatollah Khomeini y dejaron en las sombras el que jugaron los obreros del petróleo de aquel país, y no creemos aventurado decir que muchos de esos medios de comunicación lo dejaron en las sombras para no propagar un mal ejemplo; pero lo cierto es que sin la huelga de los petroleros iraníes el Ayatollah Khomeini no habría ido muy lejos.

Las condiciones de debilidad económica, social y política de la clase obrera dominicana son de tal naturaleza que sería muy difícil que aquí pudiera llevarse a cabo en un momento dado algo parecido a lo que hicieron en Irán los obreros del petróleo. Con la excepción de la Corporación Dominicana de Electricidad, en el país no hay una actividad económica determinante en la vida nacional al extremo de

JUAN BOSCH

que su paralización signifique la paralización de todos los establecimientos industriales o por lo menos de los que tienen un peso decisivo en la economía. Pero además de ese aspecto hay otro, de tipo político, que la hace débil, y es la división de los obreros organizados (que no alcanzan a ser la mayoría de la clase obrera) en varias centrales de las cuales hay algunas que no responden a los intereses de los trabajadores.

Naturalmente, las debilidades de la clase obrera dominicana son el reflejo del atraso del país en todos los terrenos, incluyendo, desde luego, el de los capitalistas, que es a su vez producto del tardío, lento y tambaleante desarrollo histórico de nuestro pueblo.

Una muestra de lo que acabamos de decir es el hecho de que cuatro siglos y medio después de la llegada de Colón fue cuando vino a levantarse en nuestro país el primer censo industrial de su historia, y en ese censo apenas figuraron 32 mil obreros, de los cuales más de las dos terceras partes eran extranjeros, y un alto porcentaje de los restantes eran empleados aprendices, estos últimos de talleres artesanales cuyos dueños no les pagaban salarios en el año 1937 y mucho menos antes de ese año.
25 de febrero de 1979.